

PRIMERA PARTE

EN LA QUE RIGE LA NOCHE

Y entonces lo encontré, Jazmín.

Miserablemente. En la ruta de las putas. Ya te hablaré de aquel recorrido... Yo que temblaba sacudida por el traqueteo de los colectivos, el aire helado, el olor a humo de esos barrios de mierda, el gas de una fábrica, la niebla.

Antes de llegar adonde estaba él, miré alrededor. Vi a aquellos dos travestis, como dos figuras de sombra al costado de la autopista: uno que le daba la espalda a los autos y el otro que venía corriendo de más allá. Se encontraron a pocos metros; yo percibí su agitación, su desconcierto. Hablaron rápido, pero no sé qué dijeron; y se movieron. Bajaron del terraplén de tierra del costado de la autopista y se perdieron en la oscuridad. Llegué en seguida, pero ya no se oía ni se veía nada.

Y más allá estaba él.

De pie, desabrigado e inmóvil; erguido e iluminado tenuemente de blanco y de rojo. Quise correr a su encuentro, pero había dos hombres a su lado.

Sí. Él estaba inmóvil. Los tipos se movían, lo rodeaban, cuchicheaban. Uno estiró el brazo y lo empujó. Yo empecé a correr. El otro levantó el puño para

golpearlo, pero me escuchó llegar. Giró y yo le pude ver los ojos, repentinamente iluminados por un coche a mis espaldas. El gesto del hombre se convirtió en una mueca de sorpresa y de temor, y bajó su mano y retrocedió dos pasos, bruscamente. Luego ambos se retiraron; tres, cuatro pasos más. El coche pasó, con sus luces rojas. Unos segundos después los tipos se habían ido; y no los volví a ver, Jazmín, nunca más.

Él... quedó en el lugar, petrificado. Parecía estar mirando la abertura vacía entre las carreteras; ni siquiera pestañeaba. El frío había sido cruel, y yo lo cubrí con la campera, y rodeé su cuerpo con cuidado. Le tapé la cabeza y la cara con la capucha, y las manos hasta la punta de los dedos. Y regresamos.

Él y yo.

Pero no nosotras, Jazmín. Nosotras dos tenemos que ir más atrás. Tengo que contarte qué ocurrió, y por qué fui a rescatarlo de aquel modo en esa ruta... Pero no sé cómo voy a hacerlo; no tengo todos los datos para la historia y apenas conozco algunas de sus consecuencias. Tal vez termine por dejar demasiados puntos oscuros, sí; vos sabrás disculparme. Es que la historia no ha terminado aún: yo *todavía* estoy aquí, en uso de mis facultades, y ahora vos, Jazmín, estás conmigo. No. El final no llega aún y el tiempo se está estirando... Pero, bueno; durante este tiempo puedo intentarlo. Aunque yo no espere nada, tal vez resulte algo de este relato.

...

Lo fundamental es simple, Jazmín; vos comprenderás: en un punto de mi memoria yo, que no me ocupo de otra cosa, conozco a un hombre. En otro punto, ese mismo hombre descubre que es mirado y es visto por todos como una mujer.

Eso es todo.

Con respecto a cómo él llegó a mí, o cómo yo llegué a él, podría contarte una pequeña historia de amor. Podría; sí. Pero el amor no es importante. Quizá sea mejor hablarte de mí, ¿por qué no? Una sola vez. Y decirte... unas pocas cosas. Muy pocas. Porque aunque a él lo conocí tarde, Jazmín, ya no podría hablarte de mí sin incluirlo.

Es cierto. A veces ni siquiera recuerdo lo que fui antes. Sé que siempre busqué la compañía de los hombres, y sé que no pude encontrarla, en verdad. Nadie me dijo dónde se encuentra esa compañía. No tuve mapas en mi adolescencia, y estuve perdida. Siempre fue, supongo, como un viaje en subterráneo: una ciudad entera que te pasa por encima y vos lo único que hacés es escuchar el ruido de tu propio movimiento. Hubo ciertos nombres, de tanto en tanto, al llegar a alguna estación; como si te prendieran un velador y se iluminara una cara a tu lado: alguien que estuvo durmiendo con vos en la noche oscura, alguien a quien le escuchaste sus ruidos desagradables. Cerraste los ojos o lograste abrirlos, pero siempre era la misma oscuridad. Después... Yo nunca me detuve demasiado a pensar cómo había llegado hasta allí, porque los túneles de los subtes, entre estación y estación, velador tras velador, son todos iguales — huelen del mismo modo, asfixian, no se distinguen—. Pienso que, si hubiera podido detenerme en el camino, en la oscuridad entre las lámparas que se encienden, entre las estaciones, apenas habría sabido dónde me encontraba. Bajo la luz, habría leído nombres destinados a pasar: Scalabrini Ortiz, Mariano Moreno, Miguel Ángel, Agustín. Y tal vez habría creído estar llegando, de ese modo, a un destino. Pero las vías de mis subterráneos siempre se movieron junto con el subte —las mismas vías, en secreto; rotando y confundiéndose unas con otras—. Yo simplemente subí, viaje tras viaje, en otro lugar, en cualquier lugar, creyendo llegar al sitio justo, prefijado. Sí, Jazmín; llegué a confundirme con varios hombres, a decorar algunos de sus departamentos, a herir, y a olvidar.

Pero en mi historia no interesan esos episodios, y se han perdido.

Mi historia registra apenas la llegada de su verdadero protagonista, y sólo a partir de entonces cobra sentido. Vos vas a oírla ahora, tal como yo la pueda contar. Pero antes me gustaría decirte —antes de olvidarlo— que yo sé que fui

otra y que milagrosamente bajo este manto alguna vez me recuerdo de aquel modo, como en una sensación. Sí. Alguna vez ocurre.

Pero mi vigilia es ahora casi permanente, y en ella ya ningún movimiento me es posible. Sé que no puedo volver. He buscado la compañía de los hombres, Jazmín del Cielo, y no la he encontrado. Lo cierto es que nunca me pregunté por qué buscaba esa compañía. Pero si la hubiera encontrado de verdad en aquel entonces, me habría quedado detenida igual, más joven aún, antes de tiempo. Y habría estado sola. Sí. Puedo verme... con un helado en la mano, un helado que se derrite y se derrite y se pegotea, y una dice: "¿Qué estoy haciendo?" Pero mientras tanto antes —a dos cuadras de alguna heladería, en el infierno del asfalto— me estuve muriendo de sed, muriendo de hambre, muriendo de calor.

Tan cierto aquello, ¿no? La sed, el hambre, la cercanía de la muerte. Pero al fin él llega. Y con él no hay comienzo. No. Las primeras veces juntos no vienen a cuento. Fueron un poco lo de siempre, porque no había ocurrido nada aún, nada *entre* nosotros. Sí ocurrió, desde luego, lo de tocarnos y estimarnos, y acercarnos; esas cosas. Pasarnos las manos, y yo los pechos y él la espalda, y descender. Sí ocurrió, desde el principio, la sucesión de confirmaciones y descubrimientos, la elaboración de dos o tres quehaceres complacientes que luego una busca y reconstruye para ver si todo sigue igual y si hoy me gusta como ayer y como antes. Porque él y yo tuvimos una relación. Bueno; eso es como decir que ocurrió lo habitual, y que las primeras visiones sorprendentes fueron recubiertas por la costumbre, por el tono tranquilizador del reconocimiento. De ahí en más las cosas se hacen fáciles: una puede decir "él es así", e ilusionarse, y fijarse a través de su mirada, y decir con su voz "yo soy así", y reconocerse. Así fue, podría decir, que llegamos a estar juntos.

Mi hombre.

¿No es que te gusta —le decía— que yo guíe tu mano con la mía, como

corrigiendo tu improvisación hacia el punto que más me excita entre estos labios? Mi hombre... Tu correcta presión, el ritmo, el balanceo. Si gimo como cantando es porque estoy tierna y aún no me olvido de conservar la elegancia. Pero cuando paso al jadeo, mi cuerpo se desata y necesito, necesito, necesito. Ah: si todo se moviera —y se mueve al fin— según suena ese aire... Como un tambor en las películas, como un urso pelado y aceitoso bajo el sol que bate tambores, para los remeros de la galera romana, todos al unísono, todos sincronizados, en el agua, en el sudor, en el brillo, en la fuerza de los brazos, en los rostros deformados y gimientes, *en surcando* las grandes aguas, *en penetrándolas*, en colorvisión, bum, bum, ah, ah, bum, bum.

Mi hombre.

No hay ningún milagro en eso, ¿no es cierto, Jazmín? Hay un mero ritual; repeticiones, a cada vez más conocidas y más buscadas. Su cara perdida en mi pecho; yo mirando el cielo oscuro. Fuera de los pantalones, la piel. Fuera de mí, él. El olor, la ansiedad y el aliento. Sus dedos hundiéndose; yo moviendo las caderas. Sus dientes cortando el plástico fundido de la envoltura de un forro, con tres intentos y tres escupiditas. El intervalo del frío, los ojos abiertos. El olor del lubricante. El reinicio forrado. La piel de gallina. Cómo atraparlo con aductores. Cómo hacerlo apretar y restregar. Cómo correrme de costado y sacarlo de la baba. Cómo forzarlo a forzarme una posición. Cómo estremecerme tanto; cómo el shock cuando penetra, ay, cómo el chuip, chup, chup. Las voces mezcladas mal, descompasadas. Su cara mal dispuesta entre mi pelo, su fuerza de tríceps hinchados y el forro invisible que se estira, saca espuma y deja un rastro alrededor: en la punta, esa bolsa arrugada y aromática que oscila como la papada de un viejo, ocre envoltura de semen blanco. Todo esto es lo que ya reconocemos como nuestro, y sabemos qué se hace y cómo se hace, y a través de todo ello, te decía, él y yo nos reconocemos. No me digas nada. Depende mucho de si alguna vez probaste a un tipo así, o te probó a vos, de esa manera, y quedaron hijos.

El semen embutido, y el principio del amor. Yo fluida de placer, y la retirada de un hombre. Lo de siempre. Pero de todos modos suele ser tan bueno, tan rico. Lo que quiero decirte es que ya nos reconocíamos *con* él entonces, pero aún no había ocurrido algo *entre* nosotros. Eso a lo que me refiero quizá suceda pocas veces, y podría compararse con un corte. Se me hace difícil recrearlo con palabras y supongo que es así porque se trata de una interrupción... ¿Cómo se construye un agujero; cómo se elabora una puerta? Con un muro alrededor. Con un cuerpo previamente entero. Con una relación reconocible en la totalidad. Es entonces cuando quedamos a disposición y puede suceder. Sucede. Sucedió.

Antes de que él huyera por la carretera de las putas, sí; justo antes de eso, Jazmín, nos ocurrió algo.

Si fui yo quien le produjo la herida, ya no podré saberlo. Quizá sólo colaboré para que se abriera, para que no se secara. Pero el hecho toma la forma de un juego, con límites imprecisos, y en él se hiere una sensibilidad y se desencadena la fuga. El nuestro empezó bajo la ducha reconocible: ambos con los cabellos aplastados y los besos que suenan como sorbitos de leche tibia. Allí tuve la primera impresión de que avanzábamos hacia el desgarró. Luego sucede la angustia. Pero aún no.

Una vez secos y desnudos, nos miramos lentamente en la penumbra. Y luego comienza: yo pongo la música de otra ocasión mía, música de aquéllas que avivan el rescoldo en una zona muerta, y así lo hago vestir jugando ciertas ropas, casi sin emitir palabra, y así me arropo yo también de épocas lejanas, y cubro mi cabeza con un paño con el que luego envolvería mi cuello, y así hago de mi figura una especie de objeto en representación y comienza el juego de los anteojos oscuros, a partir del cual, tiempo después, yo habría de concebir un significado.

Me puse los anteojos, en silencio. En silencio y con la música me desplazé de aquí para allá. Y lo que había sido íntimo y compartido empezó a serle ajeno y personal; privado, mío. Yo hubiera querido que él interpretara igual mis movimientos, mi imagen de misterio; pero él sólo estaba buscando mis ojos para

poder saber de qué iba la cosa, y yo se los había velado a su mirada. Así, por un instante que luego se extendió más de la cuenta, quedamos separados.

¿Por qué estas cosas avanzarán sin remedio?

Percibí el inicio de su desconcierto y la conversión al dolor. Estaba en sus ojos. Yo podía verlos; él no: "oh, no sabe qué hacer, no sabe qué ritmo seguir, no sabe qué conceder, no sabe qué persigo". Y termina por perderse. Se detiene. Se sienta. Se mantiene en calma, pero no puede mantener su primera sonrisa. Éste es un principio de resentimiento.

Lo invito a acercarse. Él cede; pero es tan fácil derribarlo. Ahora es muy fácil. Ahora él no es firme. Un hombre que observa tu danza ajena y no sabe qué estás mirando es siempre débil. Es una masa, bella pero blanda, de desconcierto y de deseo confundido. Realmente: un empujoncito y pum, está sentado de nuevo, apoyándose en los brazos hacia atrás, también para conservar la compostura y no desfallecer.

Y yo diría que en un momento me aburro, o que ya no, no, no es con él la cosa, pero es a causa de él, tan necesario, y me quedo quieta, y todo parece detenerse, sin compás, como si se hubiera quebrado. Ahora me quitaría los anteojos y le preguntaría qué le sucede, pero sé que yo soy la causa y no puedo hacerlo, no me viene la gana; me lleno de tensión hasta que realmente todo es molesto, y cuando sé a ciencia cierta que será para peor, le hablo y le pregunto qué carajo es lo que tiene, y hago silencio.

Y allí fue.

Aunque no haya sido exactamente ése el momento en que hablé del tema, una cosa viene ligada a la otra en mi recuerdo. Porque ya te dije que a este juego de los anteojos, tiempo después, le otorgué sentido. Y el principio del sentido estaba en la mirada impenetrable que yo le había impuesto —anteojitos de sol en plena noche—, de modo que él no pudiera saber de qué manera estaba siendo visto.

Yo me habría muerto de vergüenza develando semejante intimidad. Él no. No tuvo vergüenza, para nada, cuando se refirió a su sospecha, en un momento tan poco propicio, vos vieras, pero qué va.

Dijo: "Me pasaron cosas. Estoy asustado".

Y a mí, sinceramente, no me importó.

—¿Qué te ocurre?—le digo—.

—Sacate por favor esos anteojos.

Me los saco y ya. ¿Qué tiene? No me vas a creer. No, más vale que no. Pero hay algo tan raro. Algo que pasa, dice. Algo que tengo, algo que parece que se nota. La gente; no, cierta gente; bueno, un par de tipos, un negro hijo de puta, bizco y baboso, la otra tarde, me guiñó un ojo, me miró el culo. Negro puto, la concha de la lora; yo estaba entrando a una entrevista, en una casa vieja que tenía un pasillo largo. Y el tipo estaba en la puerta, al pedo, como cuidándola; grasoso y sucio. Me miró con los labios mojados, me vio pasar; se hizo a un costado, pero poco, no del todo, y yo tuve la sensación de que me seguía mirando. Me sentí mal. Me sentí... humillado; es decir: ése no era un puto que se quiere hacer notar, porque eso es otra cosa. No, no; era diferente. Yo no le habría dado importancia... si no fuera por otros detalles —me dice— un poco confusos. Porque ahora...

Y guardó silencio, así, en mi memoria.

Aquellos detalles no conservan del todo su voz, de la que ya te voy a hablar; pero bueno, Jazmín, en esto casi no nos va a costar entendernos:

Un señor mayor le había abierto cortesmente una puerta; después, algún otro caballero le cedió un asiento, de repente, como si hasta entonces no se hubiera percatado de su presencia. Y detalles, otros tantos, hasta que por último

sucede un pequeño incidente, un leve error en la frase de un vendedor de una mueblería, algo que podría haber pasado por una confusión tonta y bastante inverosímil. Porque el tipo, muy empalagoso, se acercó a él y, sin mover ni una pestaña, le dijo:

“Sí, dígame: ¿en qué puedo ayudarla?”

Así fue, Jazmín. Estoy estremecida.

...

Contado de este modo puede resultarte confuso, pero el problema es mío. A veces las palabras me vienen urgentes, una tras otra, dictadas por una necesidad muy fuerte; y otras veces se demoran, como esperando otra oportunidad, y entonces me parecen muy pobres, y siento que no voy a poder decirte nada. Quizás, sí; quizás haya algo que lo explique mejor. Aquí cerquita, al alcance de mi mano tengo algo que proviene del principio.

Este trozo de papel que tengo guardado. Aquí.

Le perteneció a él.

Yo se lo arranqué mucho después, una tardía noche de pasión, particularmente furiosa, en la que logré destruirle casi todas sus pertenencias. Es verdad que eso sucedió luego, muy avanzada ya la historia, pero se refiere curiosamente a aquel principio. Le arranqué esto de un lugar cualquiera de su agenda, junto con muchas otras cosas, cuando en realidad quería arrasar con todo. No fui tan violenta, llegado el momento. Lo poco que hice, sin embargo, le dolió; no pude ir más lejos. Fue una lástima. Sólo le rompí unas hojas. Cuanto más furia, más páginas y más dificultades. Pero quiso el destino, digámoslo así, que yo conservara hasta hoy este fragmento. Aquí él solía anotar citas, y compromisos, y horarios. Y parece que también escribía, a veces, otras cosas insignificantes, sin mucha ilación ni sentido; excepto algunas. Excepto algunas.

Fijate. Se supone que algunas de estas palabras, signos obscenos, garabatos, se refieren aquella noche temprana, en el pasillo del negro bizco del que me habló, donde aún no habían encendido las luces. Parece que quedó desconcertado y vagando, y que hacía frío. Se supone que en algún lugar, al salir de aquella casa con zaguán, quiso anotar, quiso dejar registro, y garabateó obscenidades, palabras, insultos, terror. Yo puedo reconstruirlo. No te asustes si imagino de más; todo lo que digo de él está también en nuestra experiencia, Jazmín.

Él se refería a aquella entrada, la puerta, la silla en el pasillo, el tipo, su mirada. Que estén llenos de violencia —esa gente de mierda— no lo sorprendía; pero que un tipo de ojos bizcos fuera lascivo con él, que se mojara los labios asquerosos con la lengua, que le hiciera a él un guiño con su ojo doblado... Lo sentí clavado en sus espaldas cuando entró por el zaguán, y tuvo un miedo terrible de que lo siguiera. No importaba qué le podía hacer; el tipo podía seguirlo. ¿Miedo? No; era algo más anormal, algo distinto. Era humillación. Era, Jazmín... como ser mujer, con un tipo a sus espaldas. Correr, gritar; no habría podido. Se habría paralizado. Se odió, Jazmín, yo puedo reconstruirlo. Se dijo que a la salida se iba a detener y lo iba a mirar fijo: si llegaba a hacer la más mínima insinuación, le partiría la cara. Un puto más, un puto menos, con la piel brillante y blanca, el culo chico, la panza hinchada, la voz melosa, podía ser; pero un puto así, un negro puto, linyera puto, cabeza puto, no. Lo habían mirado como a una mujer. Y tuvo miedo.

El resto está roto. “Como si yo fuera una mujer”, dice. Y “tengo miedo”. Son sus palabras, Jazmín, no hace falta verlas; yo las conservé. Las conservé como fruto de nuestra pasión y nuestra furia; durante aquella pelea, ni siquiera reparé en lo que decía. Claro; yo ya estaba al tanto. Pero ese enfrentamiento; ah... Aquella lucha fue como una última escena, adelantada. Sí, Jazmín. Peleamos hasta...

No importa. No nos adelantemos tanto. Yo creo que fuimos muy felices, sin pensarlo. Es bien extraño. Pero así son las cosas del deseo.

...

Volvamos a su huida, a la carretera travesti.

Me pidió que me quitara los anteojos. Y yo lo hice. Y luego me dijo esas cosas, eso tan extraño, las miradas, la baba, el torcimiento.

Y yo lo escuché.

Hubiera preferido no darle importancia a semejante disparate. Elegí pensar que él tenía un miedo tonto, que se había puesto idiota. Creí que me decía aquello para atacarme, para ganar el juego, para ponerme a prueba. Es que hay etapas en las relaciones durante las que todo parece aludirnos: creemos ser el destino directo y final de cada acto u omisión que el otro pueda cometer. Sí. Todo nos refiere: si calla porque calla, si dice porque dice, me lo hiciste a mí, no me lo hiciste. Y yo, finalmente, creo que eso es lo más representativo de las relaciones humanas; concebimos nuestros vínculos de ese modo, y bajo tal concepto los deseamos, los configuramos y actuamos. Sus palabras me referían a mí... ¿Quién tenía un "miedo tonto" entonces, Jazmín?

Me sentí insultada por sus tonterías y le arrojé una terrible carcajada. Fui feroz. Me burlé de él. "¡Señorita, qué labios más grandes tiene! ¡Qué hombros, qué nuez, que vello en las axilas!" —Por favor, no jodas, no te rías— "Pero mi amor, linda, dejame mirarte, dejame decirte cosas. Es cierto que tenés bonita cola, y que tus pechos son chatos y tus piernas gordas, pero me gustás, y estás hermosa". —basta— "Como quieras. Yo también soy una diosa, ¿querés ver quién gana? Mirame vos a mí".

Y me puse los lentes, y lo desafié.

Le dije: Yo soy la diosa, y no hay lugar para los dos si no estás a mis pies. ¿Te confundieron? ¿Así que te miraron el orto unos tipos? Qué cosas que decís. Pero me tenés que mirar a mí. Mirame; mirame bailar. Mirame a mí confundirte a vos de otra manera. Mirame cómo te oculto la mirada y no sabés si te estoy

mirando, yo también, y si estoy comparando tu cuerpo con el mío. Pero qué maravilla. ¿Sentís mi sensación, o la tuya es mucho más profunda y humillante? Así que un negro inmundo, un negro baboso, un negro de mierda; pero perfecto, ¡como todas las noches de mi vida! ¡Vení conmigo! ¡Movamos las caderas! Vos también, vos también me miraste alguna vez a mí —de espaldas— y estuviste por seguirme. Dejalos que nos sigan; vení conmigo y sumate a la manifestación. ¡Qué es lo que me querés decir con esas lagrimitas! No tenés nada que envidiarme. ¿Por qué te me acercás? ¡El juego es *no* tocarse, no tocarse, no tocarse! Vos no podés conmigo. ¿Qué me estás contando? ¡Que bajaste de un taxi y el tipo no se iba! Bailemos. Bailemos. No me hables más. El juego es *no* hablarse, no hablarse. Eso le dije. ¡Eso es realmente pelotudo: un pase gratis a un boliche y un chiflido imbécil! ¿Me vas a pegar? Sí, sí, el juego *sí* es pegarse. ¿Con cuál de tus dos manitos me vas a pegar ahora? ¿En el colectivo se te separan? Yo pensé que te apoyaban. Ya no entiendo a los hombres. Yo te veo a vos, te veo, te veo —le decía—, y vos no me ves a mí. ¡Y no me llores, chico puto!; no me llores. ¿No pegás? ¿Se te ablandó la mano? Oh, oh. Me hacés pensar que por ahí tienen razón. Si yo fuera un tipo ahora, también te miraría. Cuidate las espaldas en los ascensores. ¡Y no te vayas! Estúpido. —Se estaba yendo—. Si yo fuera jodida —alcancé a gritarle— de verdad te miraría ahora. Te clavaría la mirada en el pecho, te clavaría la mirada entre las piernas. No te vayas, idiota. No tenés salida y hace frío. ¿No me hablabas a mí del miedo a la gente? Fijate que es de noche. ¿Por qué me contaste estas cosas? Si te vas, voy a gritar en el pasillo. Si te vas, no voy a perseguirte. ¡Escuchame! No me vengas a mí con ninguna historia. Te cierro la puerta. ¡Defendete! No me importa nada. ¡Nada! Es todo una tontería. Te enojás porque perdés el juego; te enojás porque no tenés palabras; te ponés histérico porque te miran el culo, ¡y yo te toco! —Y lo toqué—. Otra vez. ¡Pegá! Sacudime así, ¡no ves! ¿No ves? ¡Mirá! Te muerdo, imbécil. Te escupo. Pum, tu cabeza contra la pared; es fantástico —crash, no vale y no me importa—, tu remera crrrrrrr, me caigo yo... Y no estoy loca. Tu madre, —le gritaba—. Forro de mierda. Si te vas, perdés para siempre. Te lo digo una sola vez, una sola vez: si te vas, perdés para siempre. ¡La puerta!! Te vas. Te vas. Te vas.

Si te vas... me voy a sentir mal.

Sí, Jazmín, mal. Se fue, como una ráfaga llorosa, como una explosión. Yo lo había perseguido por el cuarto y por el living. Y él se había puesto pálido; le había temido a mis gritos. Al principio, había tenido miedo de que yo no creyera en sus temores, en esa historia de que lo miraban como a una mina. Luego tuvo miedo de que en verdad me lo tomara en serio. Después tuvo terror, terror de que yo intentara explicárselo, o bien de que lo tranquilizara. Pero cuando entramos en el paroxismo temió, seguramente, que yo pudiera volverme loca — no por lo que me había dicho, sino por el juego que estábamos desatando—. Pero yo no podía parar. No podía, no podía. Que una minita a la que él miró lo miró fijo, como si no entendiera que él quería seducirla, como si no entendiera su mirada erotizada... y lo que dijo. ¡Contarme a mí si mira minas; o si lo miran a él! ¡Pero qué imbécil pensar que yo podía hacer algo...! Y sin embargo, yo sí podía: buscar su furia, buscar su irritación y su violencia. Pero me perdí, y él prácticamente arrancó la puerta, y luego...

¿A vos te parece? Porque no es locura ni confusión; son estas otras cosas nuestras. Lo que hice, en lugar de enfurecerme más ante su huida, fue agarrar su campera, rápida y consciente, y preocuparme por si se podía resfriar...

Es todo tan sencillo en mi recuerdo.

Sí, Jazmín, es muy sencillo allí.

...

Pero no.

El deseo no es un juego; es más bien una broma miserable. Ni siquiera. Es una pelea de mierda, nunca un *combate* —con estilo, con elegancia—. Es una pelea baja donde vale todo y no vale nada; carece de valor y, en el último instante, nos impulsa. La pelea. Y el amor es solamente su remordimiento. Es la lástima, la pena de los rasguños y los dientes caídos (mirá lo que me hizo, mirá

lo que me hiciste); es una culpa atenuada (vení que te pongo hielo), eso es amor. Pero yo quise pelear.

Quise la lucha. Quise la resurrección y la vida. Lo quise a él de un modo bajo; quería quererlo y luego lo quise. Eso me parece importante. La violencia y el amor, y en todos el castigo. Sí. En aquellos golpes, los primeros, se recuesta mi memoria, porque en la perspectiva de la transformación posterior aquellos golpes no me duelen. Él sería pronto una mujer *para todos*, y con cuánta violencia... No lo fue para mí. Pero no quiero seguir, Jazmín. Yo quiero recostarme un rato. Los golpes son ahora una espuma. Dejame sumergirme. Y respirar. Es un instante.

Ya vamos. Hacia allí vamos.

Salí a buscarlo.

Agarré mi tapado, su campera, salí tras él. Y la noche se interpuso brevemente entre nosotros.

...

No pensé, en todo mi recorrido, ni una vez siquiera en lo que había escuchado. No; no pensaba en eso. Pensaba sólo en que él me había ganado la partida. Vaya joda. Había querido joderlo y me jodió a mí. Mi juego perdido. No era para escaparse así; eso pensaba. Y qué carajo hacía yo en la calle, vaya a saber a qué horas, y buscándolo no sé adónde ni para qué. Bueno, Jazmín. ¿Qué habría pasado entonces si no lo encontraba? Ah, soñar... Soñar. Soñé luego tantas veces una vida en la que nunca más lo encontraba, y entonces, entonces...

Dios. Todavía intento —ahora mismo acaso— verme a mí sin él. Verme sin esta memoria dañada, verme quizás hablando con vos como hasta ahora, pero de otra manera. Una dulce manera. Podríamos intentarlo, al menos, con falsedad y con respiro. Hablar entre nosotras de otras cosas; cosas de las que hablan las chicas. Dios, las chicas. Jazmín, ¿con qué puedo confundir este llanto ahora?

Ayúdame. Hagamos de cuenta que viniste... a tomar unos mates conmigo, y que en realidad nos tomamos el licor guardado, y que nos divertimos y hablamos de hombres. Si nos acostáramos juntas, como amigas, como las amigas un día por semana... Podríamos decir: "Boluda, no te puedo creer que el tipo salió corriendo, ¿cómo hiciste?"

Como ves, Jazmín, yo no puedo escapar. No puedo salir de esto. Gracias igual. Fue lindo que sonrieras. No digas nada. Ya está pasando.

...

Lo encontré.

Miserablemente. En la ruta de las putas. Y no fue fácil para mí, verdad que no. Yo seguía concentrada en mí misma; al principio furiosa y luego ya temblando, ya sacudida por el traqueteo de los colectivos y el aire helado; el olor a humo de esos barrios de mierda, la ausencia, el gas de una fábrica, el alumbrado amarillo, y toda la niebla. Sí. Hacía un frío del demonio, y yo con el tapado negro y su campera, también puesta y cerrada hasta el cuello (lo que no estuvo de más). Tenía el pelo mucho más claro y abundante entonces, y me gustaba llamar la atención sobre él en ciertos gestos —casuales por supuesto, como todo—. Pero mi cabello aquella noche quedó enterrado en el abrigo, con la capucha de su campera en la cabeza y la forma entera de mi cuerpo disimulada bajo las ropas. El temblor y la ansiedad, en mis pasos largos. Pienso ahora lo que no pensé mientras recorría aquella periferia de inmundicias, y es que a los ojos de cualquiera que pasara o esperara alrededor yo no era una mujer sola en plena noche, y *no ser una mujer sola en la noche* es casi lo mejor que a una le puede pasar. Pensaba en realidad en mí, como ya te dije, y en mis esfuerzos absurdos; y también en los extraños pasos míos que iba dejando atrás. ¿Qué fuerza me estaba haciendo abandonar la luz, las luces, la gente, el calor, la protección y las veredas? Pero algo de lo incomprensible de la hora y del lugar terminó por sacarme de mí, y miré alrededor. A cincuenta metros, te dije, había una figura sombría, de pie al costado del carril de la autopista, de tobillos muy delgados y

tapado de piel, en una posición extraña. Pasó un coche con las luces altas; yo vi que la figura le daba la espalda. No quise preguntarme nada. De más allá, y a pocos pasos, venía corriendo la otra. Se encontraron pronto. La recién llegada le agarró la manga, sacudiéndola, agitada. Luego soltaron al aire bocanadas de aliento y movieron rápidas sus cabezas; se pusieron de costado y de pronto bajaron del terraplén que elevaba la autopista y se perdieron en la oscuridad. Yo llegué poco después.

Ya no se oía ni se veía nada. Pasaron unos autos más, todos hacia el lugar donde el carril de ida se separaba del de vuelta, allí donde terminaba todo. Un cruce a doscientos metros; un espacio divergente y abierto como dos piernas larguísimas que se separan. Allí se encendían, más fuertes por un momento, las luces traseras de los coches, y parecían hacer señas hacia atrás. El efecto no dejaba de ser sobrecogedor: una advertencia, un arrepentimiento, una desaceleración.

Y bien, Jazmín; ya sabemos. En el cruce estaba él. De pie, su silueta desabrigada e inmóvil, erguida e iluminada tenuemente de blanco y de rojo. Quise correr a su encuentro. Aceleré el paso y me bajé el cierre de la campera, pero con el cierre se me abrió el tapado. Un impacto de aire y de frío me hizo acurrucar un poco, cerrar la abertura con las manos y detenerme. No sé por qué no los había visto, no sé. Pero fue terrible... Los dos hombres pateando el suelo, inclinando el torso y humeando. ¿Miedo? Sí, alguien se preguntaría si tuve miedo. No, no fue miedo, sino asombro. Porque la escena estaba descompuesta. Él permanecía inmóvil, como te dije, con la cabeza fija y los brazos cruzados y tal vez —a la distancia— los ojos abiertos y vacíos. Los otros dos, en cambio, lo contradecían todo: movedizos, inquietos, y hasta te diría que inseguros. Lo rodeaban cuchicheando; uno moviéndose a sus espaldas y el otro de frente. El primero estiró el brazo y le empujó el hombro, apenas; yo empecé a correr. Los veía claramente ahora: el segundo levantó su mano, ostentándola y acercándola a su cabeza para golpearlo. Pero debe haberme escuchado el tipo aquel, porque giró y yo le vi los ojos repentinamente iluminados por un coche a mis espaldas; una explosión de sombra extendiéndose desde mi cuerpo hacia él. Su gesto que

se trastoca en mueca de sorpresa y de temor, y el tipo que baja su mano y retrocede dos pasos, bruscamente, sin darme la espalda, con el otro a su lado, sin decir nada, y ambos retrocediendo, en cuestión de segundos; te dije: tres, cuatro pasos más, y luego pasó el auto con sus luces rojas, con su sombra compasiva, e instantes después ellos se habían ido, y ya no volvería a verlos nunca más. Nunca más.

Lo que dije de él... Que allí quedó. En el lugar. Y no dio el más mínimo indicio de conmoción. No hizo movimientos, no emitió sonidos. Sólo silbaba su respiración sufrida, y parecía quemarle la tráquea y los pulmones. Sus fosas nasales tenían una aureola alrededor de rojo seco e irritado, y cascaritas blancas de secreción. Sus labios también secos, pero morados y rígidos, y su pobre cuerpo erizado. Miraba hacia la abertura vacía de las carreteras, y ya no pestañeaba casi, y mantenía los ojos abiertos, pero nada más movía. El frío había sido cruel; yo lo cubrí con la campera y rodeé su cuerpo con cuidado, y temí hacerle un daño más allá de los que tal vez ya hubiera recibido, si quedaba algún daño aquella noche que pudiera ser. Tapé su cabeza y su cara con la capucha, sus manos hasta la punta de los dedos; y sólo al quedar plenamente cubierto, se le aflojó el cuerpo y abandonó su forma y así lo sostuve yo por las extensiones de un tiempo y de una noche que al fin pudo avanzar, y regresamos.

...

Figuras mutantes habremos sido él y yo aquella noche, Jazmín del Cielo, o dos luces alternadas. Aquel cabello mío que volviera a resplandecer al quitarme la capucha —mientras apagaba el fulgor de mi chico quieto y lo cubría— debió ser sorprendente. Me hubiera encantado poder verme a mí misma con los ojos de otro, desde afuera; ver aquella imagen mía corriendo hacia él (que ojos ajenos verían como *ella*), y luego ver cómo yo me despojaba, y verme brillar. Mis piernas ágiles (de las que también te hablaré, llegado el momento) y el vapor infectado que sube por esas rutas de mierda, las rutas que son piernas con venas atraviesan para arriba el continente, desde los pies, y van llevando todo el horror

como una gangrena... Ojalá no se demoren. Y nosotras tampoco; te agradezco la paciencia.

Travestis fugando disparados (uno le sacude la manga al otro y desaparecen en las sombras); eso sí lo podés entender sin más. Él, por su parte, apenas si llevaba cubierto el cuerpo con los retazos de su remera, rota por mí — como un manto caído— llegando a la encrucijada. Debió haber un revuelo de miradas y de voces. Él atravesando sectores privados en su huida, invadiéndolos. ¿No te dije nunca que mi hombre era muy bello?

Bueno, sí; era hermoso. Más aún cuando era mío, y tanto más aún después. Tanto más para mí. Pero no, Jazmín; ésta también puede ser la historia de las otras miradas, como en mi fantasía. Poco sabía yo de ellas entonces; pero podemos imaginarlas ahora, como si fueran nuestras. Las miradas de esa noche.

Nosotras somos los travestis, y vemos aquella aparición femenina que sube corriendo por la cuneta, y que no podemos interceptar. Yo estoy a veinte metros y vos estás más allá, deteniendo un auto que al verse acosado huye. Quedás detenida entre los chillidos de sus ruedas. Querés insultar muy fuerte y me mirás a mí, pero la figura ya se me acerca. ¿Me corro? ¿La detengo? ¿Caigo? ¿Me atraviesa el rayo? ¿Me esquiva apenas un camión que viene pegado a la línea y me salva de la muerte? ¿O veo venir a dos tipos embalados que me gritan? Me gritan “¡parala!”; me gritan “¡salí, puto, correte!”, y tal vez me empujan, y tal vez amago a pegarles con la cartera cargada de plomos y quizás recibo un codazo en la sien, y un “¡travesti de mierda!” y una patada al vuelo que no llega a darme. La figura femenina ya casi se pierde y ellos no pueden detenerse, y vos estás petrificada y muy estúpida. ¿Metiste tus deditos en el bolso? ¿Buscaste algo, aunque sea por reflejo? Nada, tal vez. Yo te hago señas. Quedate donde estás. Nos encontramos. Celebramos nuestro breve parlamento, y sin ver más, descendemos por el terraplén a la oscuridad y volvemos a desaparecer de esta historia —una vez más, probablemente para siempre—.

Ahora somos los dos hombres, aquellos, y perseguimos a la minita perdida que al promediar la noche nos meneó el culo y se paró a mirarnos y no quiso decir nada; la hija de mil putas medio desnuda que ni siquiera se movió cuando

fuiste a hacer algo por ella, pero te portaste bien; y si estaba loquita y perdida había que tratarla como corresponde, y la concha de la lora. Demasiado mina para vos —te digo—; dejame tratarla a mí. ¿Qué carajo te pasa? Se van todos a la mierda; la agarro y me la llevo, digo, a ver si se enferma. Yo no iba a hacerle nada, y vos, forro, vos la asustaste, y cuando entró a pegar parecía... parecía, qué sé yo. Casi te quiebra, boludo. Y salió corriendo. Pero a mí nadie me hace eso. Ya van a ver; vos y ella. Dejámela, corre la por allá. Vos por acá; en el cruce se pierde, mandate por arriba. Ahí la tenemos, iguarda que paró! Paró. Paró. ¿Qué tiene? Cuidado. Demasiado mina; viene de algún lado, y está loca. Pero los travestis no nos van a joder. Está perdida. Saquémosla de acá, saquémosla ahora...

No, Jazmín. Dando esas voces —con esos ojos— no tendríamos nada que contar. “Apareció una loca, la otra noche, en el cruce de garcha. Estaba bárbara, pero la vinieron a buscar”. Mejor que se hayan retirado. Mejor así. Mejor tapar aquellos ojos de oscuridad. Sólo basta con los suyos —los de él—, abiertos y secos. Es lo que tenemos hasta aquí.

Al regresar a casa, él ya hervía de fiebre.

Pero sobre esas cuestiones siempre supe muy bien qué hacer.

...

Un hombre que yace en tu cama enfermo. Ah, sí. Tiene los ojos cerrados, el pecho elevado y el rostro sereno y amargo, más allá de la conciencia. En sus sueños aparecen sus amenazas. Pero no le quedan marcas. Ya le lavaste el cuerpo con agua caliente y despacio. Lo desnudaste. Te conmoviste. Besaste su fiebre, fuiste un poco su madre, y él un hijo muy grande, muy fuerte y totalmente entregado. Mh, sí; nuestra imagen recorrida de ida y de vuelta: cuidar otro cuerpo, cuidar de alguien. Yo pienso que así, como madres —aunque más no sea en la imaginación—, nos vamos empequeñeciendo. Qué condición y qué hermosura. De la teta enorme y repleta en su boquita, al pedazo de bestia que

un día te envuelve por completo entre sus brazos, con una voz gruesa que te estremece tanto y una fuerza inmensa que extrañamente tomó de vos y la transformó en “hombre”. Animal de tu cuerpo. Parece completarte y devolverte a tu lugar de débil cuerpito que le dio a él todo y aún quisiera seguirle dando. Pero hay algo seco ahora, en lo más femenino, y sin embargo... las lágrimas nos salvan. ¿Nos salvan? Al menos nos humedecen. Me gustaría, si pudiera, llorar alguna vez a esas madres, Jazmín. No sé. Dicen las proclamas que nuestro sitio en el mundo es una condena. Yo, si puedo, quisiera llorar y humedecer —pero con algo de erotismo— esta parte de la historia. Calentar un poquito la virtud, ¿me explico? Porque está haciendo frío y estamos demasiado quietas. ¿Viste el Cristo varón que muere en *La Piedad*? Está con su madre. Setenta veces siete me calenté con esos dos. Bueno, me gustan. Me excitan, tanto la madre como el hijo, perramente. No me pongas esa cara, porque son hermosos. Ella es tan liviana, tan bonita, tan manito en la piel perfecta y sobre el torso desnudo. La piel de Él —con mayúsculas—. Maravilloso. ¿Y viste que ella es jovencita? Ése es el karma de las vírgenes bellas; ningún tipo las concibe si no son jóvenes, aunque *la virgen* debería tener al menos 47 años. Mierda. Y su hijo es Dios, encima. (Y encima muere). Pero bueno, Jazmín. Todo es de mentira. En realidad, son dos cuerpos de mármol, uno sobre el otro; él casi desnudo y ella cubierta hasta las muñecas, o sólo hasta las muñecas. Él tiene los ojos cerrados y el cuerpo dispuesto sobre una mujer dispuesta a acogerlo. En treinta y cinco de mis “setenta veces”, ella se inclina sobre sus labios. En las otras treinta y cinco no te cuento lo que pasa, y no me insistas. Pero en algunas de esas fantasías intervengo yo... Sí. ¿El pito de Dios se escribe con mayúsculas? Boluda, boluda-boluda. Callate la boca; *sharap*. Esto es serio. Mirá qué historia: tenés un hijo sin que te cojan, a los catorce, y según un Papa frígido no te cogieron nunca, y nunca más. Para colmo vos estás refuerte, y tu hijo es un dios, un potro, y dice cada cosa. De chiquito, el nene se te escapa y se va por ahí al Templo y se hace el genio, con apenas siete años. Pero después te dice: “Mami, no jodas; los asuntos de Papá me competen. Ya está bien, vamos a casa a tomar la leche” (y nunca hasta lo último olvidará tus blinzes con crema y tu kipe jamda). ¿No es el colmo del orgullo? Después, de grande, en las bodas de Caná, te hace quedar

rebién, y de ahí en más viene la joda, la convocatoria, las adhesiones, los repudios; los viajes y el camino del mundo, los milagros y los ramos sobre el burro frente a los muros de la Ciudad Grande; Dios y el César que disputan su moneda, y hasta un par de putas —que no son como vos, pero Él las quiere—. Bla, bla, bla. ¿Y bajo la Cruz, quién cuerno se queda? *Sólo una madre*, ¿o no? “Mujeres, no lloren por mí. Lloren por sus hijos, y los hijos de sus hijos.” ¿Y eso, qué significa? Joder. Vamos, Jazmín. Dios no es ningún boludo. Se fue al Cielo, y a los cuarenta días se la llevó a ella; la ascendió como corresponde: en *cuerpo* y alma, y a cagar. Nosotras les rezamos a todos y a ella misma, y la Virgencita se les aparece a los pequeños pecadores y les llora sangre, y eso está perfecto (si es que se fue *en cuerpo* y si era virgen y si era siempre joven). Gotas de sangre menstrual por los ojos es la señal irrefutable de que el Cielo es doble y diferente, y nos corresponde como le corresponde a Dios, que es el Macho y nosotras las Minas. Los hombres... Los hombres son tan sólo una imagen.

Una imagen, una semejanza.

...

Lo amaba. Tanto, tanto. Él tendido en mi cama, sufriendo. Yo cuidándolo, deseándolo, esperándolo. Despertaba a veces; pasó el tiempo; se puso bien. Es un decir. Nos pusimos bien, sin embargo, juntos bajo el mismo techo. Y lo que había ocurrido, el juego, el misterio de las miradas, la huida y el rescate —creo—, fue todo charlado, aunque no sabría decirte si fue dejado en claro. Tampoco me importó. Bajo el manto y las cobijas lo miré noches enteras, y por un tiempo dejé de pensar en “aquello que había sucedido”; es decir, ya no me preocupaba por lo que el mundo pudiera ver y pensar, porque el mundo no estaba entrando en mi habitación. Y él y yo éramos suficiente “mundo” por el momento, y logramos llevarnos bien. Lo primero que hice antes de hablar de nada, cuando apenas si estaba lo bastante bien como para que se le parara la pija, fue cogérmelo un poquito, sensiblemente, con sonrisas complacidas. Era lindo. Era lindo también verlo relajarse. Una puede comprender que ciertas cosas atenten contra la idea

de “potencia”, que en principio a ellos tanto les preocupa. Pero bueno, Jazmín, su erección siempre fue envidiable —“envidiable” para otros; yo sólo puedo suponer—. Riquísimo porongo en esa época, y disculpame lo sensible del término, pero ¿cómo se puede decir, si no? Pene. Demasiado técnico, más bien escolar. Pasemos de inmediato a otra cosa. El erotismo es algo privado, muy privado, incluso cuando te digo las cosas que te digo. De todos modos, aunque nada se compare con lo que sucede de verdad, es lindo decirlo como se pueda de vez en cuando; y decírselo a una misma también. Basta. Ok, basta. Finalmente hablamos de lo que había sucedido, y en parte fue fatal, y en parte seguimos viviendo (como casi siempre, hasta el momento). Fijate que la sucesión de los acontecimientos y su posible significado eran horrorosos en verdad. Oh, sí. Mi chico era visto por la gente como mujer —horror, horror, ¿no es cierto, Jazmín?—. Ponete en su lugar. Un tipo con todas las de la ley sale a la calle y lo ven como a una mina, lo tratan como a una mina, y lo... ¿Qué es lo que nos hacen a nosotras? Bueno. Todo eso, pero justamente a él.

Traté de hacerlo no pensar. Eso fue todo un trabajo en tales circunstancias. Me jugaron en contra la inacción de la convalecencia y también mis propios pensamientos, que se alejaban tanto de la idea. Pero bueno, lo tenía conmigo y al menos no había nadie más y no necesitábamos demasiado. Yo, mientras él estaba débil aún, intentaba distraerlo contándole pequeñas cosas sin importancia. Es cierto que no me costaba mucho ser banal, pero la cuestión de ese horror que pendía sobre nosotros, sobre él, parecía teñir todo comentario con un tono amenazante. En fin, cosas de la perplejidad y del miedo. Sí puedo decir que lo cuidé. Noches y noches. Llegué a escribirle cartas y leérselas mientras dormía, como dicen que se hace con los pacientes graves; pequeñeces que me inspiraba su imagen tierna, su cuerpo detenido a mi disposición. Aquí en esta caja, junto con los fragmentos de agendas y souvenirs, hay también unos apuntes de mi prosa poética. No dicen nada, de todos modos. Hablan de amor, siempre en términos banales, es decir, en términos muy sentidos. Estos apuntes pertenecen a mi “colección de recuerdos”; sí; el viejo truco, entenderás (no podría contarte

una historia sin una cajita de recuerdos). Aquí guardé otras cosas más, cuando, en fin, todavía no estaban marcadas en mi cuerpo. Ya te las iré mostrando. Pero hay algo distinto. Ahora que miro de nuevo me doy cuenta de lo más obvio: algunos de estos recuerdos los puse (o los hice) después, en memoria de los otros. Son sumamente fieles, claro. Están hechos con nostalgia. Bueno, esta nostalgia es profundamente fiel. Destaca la verdadera importancia, en el presente, de lo que ha sido, en él, en mí, y en la imaginación; lo proyecta, lo continúa, lo hace ganas y dolor, y eso es fidelidad. No importa. Te muestro esta escrito aunque apenas nos fijemos en lo que dice. La idea general de mis lecturas frente al hombre dormido es bien conocida: yo quise que él advirtiera que lo amaba antes de emitir una opinión sobre su breve historia, y si lo logré, me doy por satisfecha. La revisión, la consideración sobre su realidad, eso llegó finalmente, y aquí estamos pues, Jazmín. Veamos entonces en qué demonios se configuró la cosa.

"No puedo soportar la idea y a la vez no creo en ella", dijo al final.

"Deberías recuperarte del todo, amor, y eso empieza por la cabeza. Antes de que caiga totalmente la noche deberíamos despertar de este mal sueño, o nos vamos a quedar aquí atrapados. ¿Qué es, en definitiva, lo que tanto te horroriza, que yo no lo puedo ver, amor de amor? Decime."

"La concha de la lora".

Buena introducción.

Ya estaba físicamente repuesto, a excepción de cierta debilidad que sinceramente yo no le notaba, pero que él aseguraba sentir. Luego, la primera conclusión resultó muy clara: el peligro mayor se encontraba afuera, y él le tenía miedo.

...

Se quedó en casa todo el tiempo. Al principio, sólo en el cuarto. Luego extendió su territorio al living, a la cocina y a la otra habitación. Sé que no llegó

al palier, al pequeño corredor que conduce a la puerta, y que sentía una especie de temor reverencial ante ese conducto. Ni siquiera miraba con agrado su abertura, y entre otras particularidades de comportamiento, noté una especial adecuación física, angular, respecto de aquel sitio. No le daba la espalda, nunca o casi nunca, pero tampoco permanecía de frente. Una sola vez antes del espanto lo vi perder su mirada allí. Estábamos cerca, él sentado de tal modo que su hombro derecho daba al pasillo. No sé si hablábamos de un programa absurdo que repetían a las tres de la mañana o del teléfono, pero era un tema muy comunicativo. Yo le decía que el sistema *hands-free* nos hacía, estéticamente hablando, mucho más mediocres que un buen tubo encajado entre el hombro y la oreja, apretado tipo tortícolis. Sin ir más lejos, recordemos esa imagen tan atractiva de los actores americanos en su *Wall Street District*, oficina de estilo clásico en madera y gran ventanal de fondo; el muchacho está en penumbras y, mientras toma una carpeta con ambas manos, un teléfono de tono exacto reverbera en cuadro contra su cuello. Ahora venite a la Reina del Plata, canal privado, animador varón-idiota con bracitos a ambos lados que dice “sí, sí, ¿quién es? ¡Hola, Paola!” y le estalla una cortina de aplausos en su sonrisa tarada y pecosa. A los animadores de llamadas hay que ponerles “tubo”; ¿no es gracioso que los repitan a las tres de la mañana, y que siga teniendo el formato de concurso en vivo? ¿Estás sonriendo? Tenés cara de congelado al corte. ¿Te está cagando el director de cámaras? Clap, clap, te tildaste. Clap, clap. Su cara mutó. Es un decir. Se hizo amarga y dolida. Y entonces caigo: a mis espaldas había quedado el hueco del palier a oscuras. La luz de la tele rebotando en la pared y dibujando dos líneas, pero sin entrar más allá. Cambia de colores, arrítmica. Pero la oscuridad no. Era...—la oscuridad bajo una falda recortada, la luz sobre las medias, el láser de la pista sobre un bafle, el ángulo, y más allá la nada—. ¿Qué estás mirando? ¿Qué mierda te horroriza? —y no puedo atravesar—.

Quedó petrificado mirando la abertura que estaba allí, te dije, a mis espaldas. Yo no había visto aún la capacidad que atesoraba en sus ojos (porque la noche de la ruta habían permanecido muy secos), pero esta vez lloraba, plenamente, y me ofendí. Me enojé. Le arrojé palabras feas. *No, man, no cry*. No

llores ahora, no. Ahora no llores. ¡No llores más! No hagas melodrama. Estoy yo acá, atrás; ahí voy, movete, ¿me mirás? Voy a prender la luz, fijate; con las manos, voy y prendo la luz, ¡no grites! Flash. No grites. No te tapes, no te vayas. Es la luz. ¡Es el palier, nada más! Pedazo de...

De nada. No estaba.

Había hecho blum con la puerta del baño. Entonces intenté calmarme.

Lo bueno del baño es que no hay apuro. Podía tomarme un respiro para la calma. Crucé pues los brazos y di algunas zancadas por el living, contando los latidos del corazón y conjugándolos, en lo posible, con las respiraciones. Números, bits, soplido, paso, paso. Después hice silencio. Nueva nada, ningún sonido. Me acerqué y le pregunté si estaba bien. Toqué la madera pintada y me fijé en mis dedos sobre el verde: mis uñas perfectas, curvas y brillo, y mis dedos mate. El calor de mi nariz, el aliento sobre la mano; di unos golpecitos con la oreja pegada a la puerta y se expandieron opacos; así me pareció lindo, después de todo, que él no estuviera solo. "Podemos hablar", le dije, "y si querés lo hacemos ahí adentro, y no salimos en toda la noche, por más larga que sea. Yo estoy acá". Pero no me contestó. Sonó el agua por las cañerías y también desde algún grifo; un chorro grande que al principio era agudo y luego se hizo grave y así supe que era la bañera. El rumor del calefón arrancó de pronto, como sorprendido, y yo aún contra la puerta, la mano sobre la madera y el oído lleno de murmullos. Sí, también era lindo, y allí me quedé todo el tiempo, contemplativa. Mi nariz formaba aureolas sobre el esmalte y a mí no me importaba nada más, ni el chapoteo, ni la cortina, ni el fin del rumor, ni el otro silencio, breve y profundo, ni mi rigidez. Pero al tiempo caí en la cuenta — extraña cuenta— de que el baño no tenía llave y nunca la tuvo. De todos modos, ni aún al entenderlo abrí esa puerta.

Permanecí unos segundos y disfruté la felicidad de lo que había descubierto. Aún ahora, al recordarlo, puedo comprobar que esa felicidad era genuina, y hasta puedo sonreír un poco y volver a disfrutar. Porque... Lo considerado fue el cierre de algo que había sido prefigurado para mí, o para

nosotros, y que estaba siempre en las películas y los lamentos, y es que ciertos episodios especiales de nuestra vida tienen formato de escena y respetan, por lo tanto, sus reglas básicas: si una mujer en crisis se encierra en un baño, el hombre tira la puerta abajo; y si un hombre se encierra en un baño, la mujer desespera y grita desde afuera. Pero lo nuestro era feliz entre las reglas, porque, como dije, el mundo las considera pero a nuestro hogar no entraba el mundo, y yo sin gritar lo había considerado, y él sin resignar su crisis estaba adentro, y así y todo la puerta podía abrirse, y de tal modo fue abierta con mi bella sonrisa y mi meneo de caderas, y fui abrasada por el vapor y recibida por su mirada, y así me acerqué a él, muy coqueta.

“Estoy con vos”, le dije. Y él me contestó.

Jazmín, yo te había prometido hablarte de su voz, pero ¿qué puedo decir? A veces te hacía vibrar esta parte del pecho, abajo del cuello, justo acá; pero sólo a veces. Él tenía una silla grande que yo casi no usaba, y me gustaba verlo sentado en ella algunas tardes, y sobre todo algunas noches, cuando los dos sabíamos que hablábamos de paso. Ahora creo que en aquellas conversaciones nos dijimos cosas fundamentales, pero no podría recordarlas; y bueno, si esto es así, si todo lo que hablé con él se ha perdido, a mi historia no le va a faltar nada fundamental. (Habría una historia mejor, eso puede ser. Una que retomara esas conversaciones. Sí, sí. Te la contaría él, Jazmín. Y a vos te vibraría acá. Qué bonito. Dame la mano. Ya; ya está bien). Su voz no era grave, él no era un locutor; no estaba amplificadora, no pronunciaba encantamientos. Pero era suya en un sentido único y doble. Mirá: esta mano es mía y no soy yo, pero es mía y me indica a mí, y con ella yo indico cosas, y así. Ahora bien; si la hago independiente por un rato, a vos te parece que es una mano rara y que te la estoy mostrando con algún propósito, ¿ves?, y que hace figuras, y que la mano sabe o nosotras sabemos que estamos hablando de ella. Es mi decisión y la hago nuestra. Bueno. Su voz siempre fue así. Muy suya y a la vez no-él, hablando-lo, le, nos, me. A su voz le encantaba rebotar contra las cosas: la pared de la cocina, el suelo, el cuello, los zapatos. Y recuerdo que en aquella silla su voz era feliz como una

niña: jugaba a subirse arriba tuyo desde los pies y te hacía cosquillas y todo, y desde allí también te hablaba. Vos te querías quedar, siempre un rato más, tocada por dos, y ya ves por qué no te puedo decir sobre qué cosas me hablaba “en contenido”; pero de ninguna manera es como dicen —que cuando nos agarra la sensibilidad no entendemos de razones—. No, no; nosotras vemos más allá, y en el fondo, ellos lo saben. Para hablar de su voz me pongo la mano aquí y trato de tocarme; es una voz que estimula el tacto. Si pudiera hacerlo ahora, Jazmín, voz, vos, vos, voz, ¿de qué te estoy hablando? Ah, del baño en vapores y de su cuerpo en el agua y yo a su lado, y su voz que invade y respira el blanco, y yo cierro la puerta y meto mi mano allí, sin agregar sonidos, y su voz me dice, por ejemplo: amor, amor, no te muevas por un tiempo, no hagas nada, ni siquiera escuches, ni me mires, ni cierres los ojos y además, no imagines mi cuerpo, amor, amor, no hagamos nada, estoy en el agua, no hagamos nada, estoy con vos y respiramos y me siento; a vos te siento. Mujer, me siento a mí, mujer a vos te digo, te digo mujer a vos. Debería dejarte ir, para desear que estuvieras aquí, como en las canciones. Pero ésta es tu casa, en donde ninguna cosa puede ser dicha como en esos temas, y sin ir más lejos, nadie habla de vos y yo, y el agua se escurre entre las rodillas y hace una especie de ballenita del pito que apenas emerge y flota, mirá cómo te hablo; hablo como vos. ¿Y a vos te parece que nos podríamos confundir? Porque yo tengo tanto miedo. De no ser por vos que estás acá, ¿qué haría yo de mí, chiquita? Son tan raras las palabras, por no hablar de otras cosas. El miedo y el agua caliente no tienen nada que ver. Debe ser por eso que vinimos acá. Y los dos no entramos en la bañera. Todas las veces que pienso en vos, te quiero y te amo. Esto que te digo mirándote a los ojos es para que lo recuerdes siempre, pase lo que pase, y vos sabés muy bien que no son cosas que yo diga todo el tiempo, porque nunca me escuchaste hablar así. Tengo la sensación del hueco de las rutas en un cruce que parece que nunca he visto, y sin embargo vos decís que yo vengo de allí, y yo diría que todo el mundo viene de allí, y sin embargo eso no nos hace iguales; linda, hermosa, ojitos de actriz, ¿te gusta que te hable de este modo? No te creas: es el vapor y el miedo, y la noche que es tan fría. Pero tu bañera es un lugar bonito. Porque es tuya. ¿Te vas a quedar conmigo? Sí, sí. Estoy en tu misma casa, y vos no tenés por qué

renunciá; mi tema es mío. Te hablaba la otra vez de lo cómoda que sos para recostarse encima; sos un colchón. Yo ya hundí mi cara en el agua caliente, y no se nota nada. Pero vos llorás como si disfrutaras del don de las mujeres al que hemos renunciado. No entiendo por qué. No; no es que no entienda por qué llorás. Llorar está más allá, y lo mío es más que una nostalgia; es, como diría un póster: "añoranza". Alguna vez, alguna vez. Bueno, ya lo viste. A mí llorando algo. Pero no era emoción; era más bien pánico. "El horror susurra", best-seller de Dean Koontz; mi pánico hace lágrimas en el living y se refugia en tu bañera. Vos sos tan hermosa. ¿Qué es realmente lo que pensás de mí? ¿Qué hay allí, tan lejos y tan adentro? ¿Es lo que parece asomar? Alguna vez voy a tener que comprender este tipo de cosas si todo lo que sucede continúa. Porque no sería indicado renunciar a la existencia, y vos, que me estás mirando, lo sabés mejor que yo. Te deseo, te quiero, te adoro entre vapores. Sin palabras; voy a decírtelo con un puro sonido. ----- Y además: -----, y esto: -----

----- Vení; acercá tu cara al agua y hacé burbujas, pero ahí no, acá, aquicito. Vos no hacés todo lo que yo te digo, ¿no? Pero no vale preguntar. ¿No es el secreto lo que indica que sin duda alguna hay una diferencia? Si no callaras, no podría amarte tanto. Bueno; hablemos, entonces. Pero usemos el tiempo que queda antes de que el agua se enfríe y sea inhóspita. Después podés hacer por mí lo que alguna vez yo hice por vos, en otra ducha en este mismo invierno: arroparte. No. Eso es lo que vos decís que hiciste conmigo. Me arropaste en la noche fría. Pero, princesa; la gente me ve como si yo fuera una mujer. Vos sos una mujer, no yo. ¿Por qué me miran como a vos? ¿Seré hermosa para ellos? ¿Me verán como yo las veo? Porque a pesar de todo lo que pueda decirte, ¿qué es lo que realmente sabés vos de cómo un hombre mira a una mujer? El silencio indica que habría una diferencia. Cantémosle a la vida. Cantemos un tema de un muchacho andrógino. «♥Could you be the most beautiful girl in the world?» ¿Podrías, podríamos? El muchacho no es así; el muchacho es negro. Lo que hago es horrorizarme, porque no sé a qué tipo de pérdidas me veo sometido. Así que resolvamos, ahora, hermosa, qué es lo que hay que hacer. Se enfría el agua. Tenés el flequillo mojado. ¿Mejor me callo? Es tarde. Deberíamos dormir. Arropame vos a mí, pero en silencio. Yo voy a seguir hablando hasta dormirmos.

Salgo del agua. Me extiendo hacia arriba y vos estás sentada en el piso de tu propio baño viendo... ¿a un hombre? Sin ninguna duda; me estás mirando "lo de hombre" desde abajo, ¿se ve muy loco? Está mojado. Levantándote. Me secás el cuerpo, el pelo, las axilas, ay, qué cosa. No puedo. Voy a... Ajá. Vomitar. Me lavás... ¿Y por qué estás tan callada? La noche es así. Otra... vez. Perdón. A veces pasa. Me da lástima de... Perdón. Ya pasó. Llévame a la cama. Despacito. Da vueltas todo. Es un gusto feo. Me das vuelta. Vos, sí; y el mundo. Mi camiseta es de hombre, la tuya también. Boca arriba, por favor. Se me pasa todo, acá, en tu cama que es mía. Qué belleza de oscuridad. Te hago cucharita, vos no digas nada. Ya es así, la noche se nos cae. Entonces no importa. Te tengo envuelta yo a vos. Y vamos ahora a terminar el juego de las palabras para dormirnos tranquilos... tranquila. Yo las voy diciendo una por una, y las imaginamos. Así se pueden entretrejer de a poco con las otras hebras del pensamiento —que se duerme y ya no vigila—. Las palabras se hacen imagen, a su tiempo... luna en Palermo... un chocolate caliente... un árbol sin hojas... la sombra del árbol sin hojas... la sombra de luz de la luna del árbol sin hojas... un pequeño fogón encendido a lo lejos... siluetas humanas en las sombras a lo lejos de la noche... dos nubes pálidas contra el cielo negro... el piso helado, oscuro y embarrado, que se extingue entre las sombras... sobre el barro negro, un pañuelo de seda... nota de color vivo envuelta en oscuridad... la seda leve, apenas apoyada... la seda limpia... el sueño...

...

Al despertar tomamos la decisión. Diría incluso que despertarnos en el momento de tomarla, y apenas si arreglamos algún detalle. Pero entendíamos bien. En un principio, todo resultó más simple de lo que habíamos temido. Nos preparamos. Él se vistió con sencillez, tratando de no forzar ningún detalle; los pantalones de siempre, la ropa de abrigo pegada al cuerpo y la bufanda de colores abierta. Solamente resignó su bonito tapado negro porque podía ocultar demasiado la forma de su cuerpo, y se puso una campera corta y forrada. El tapado me lo puse yo, cubierta de oscuro lo más posible, tapando el pelo con un

gorro gordo, ajustado hasta las orejas y una bufanda negra en la nariz, y borceguíes grandes. Me sentía extraña y protegida, y esbelta sólo por dentro, y preparada. Así, a una hora precisa y fría, salimos a la calle.

Sólo un leve estremecimiento percibí en él cuando atravesó el palier e ingresó en la oscuridad del pasillo, detenido un instante entre el eco de mis borcegos. Pero bajo la rápida luz del interruptor me hizo una sonrisa muy clara y muy bella, también, en mi recuerdo. Particularmente bonito lo veía esa noche, ¿sabés? Yo creo que el miedo y su propio desafío le habían dado el aspecto exacto de mis sueños: un hombre fuerte que conoce el temor y la dimensión de su debilidad y de su peligro; un hombre que sin embargo les hace frente. En un hombre así, siempre —hasta el final, Jazmín— yo puedo confiar.

Salimos. Yo lo habría abrazado; me habría colgado de él, pequeña y dulce, y habría mirado al mundo como desde un balcón. Pero ya no era tiempo para eso. Una se pregunta después por qué desperdició tantos momentos; en qué estaría pensando cuando lo tenía junto a mí en noches perdidas; cuál sería el objeto real de mi atención. Y una no se contesta nada. Ya no importa. La nostalgia, las pérdidas, pueden convertir incluso estos momentos en recuerdos gratos; yo podría mezclar las cosas a la distancia y verlas de distintas maneras y elegir la mejor, y luego podría contarte que nos paseamos ante la gente como ante las cámaras, pero no serviría de mucho. En esta historia habíamos tomado una decisión y todavía hoy, al contarla y a veces al recordarla, me atengo a ella. Íbamos a hacer una breve salida nocturna y yo me iba a ocultar lo más posible para que él se acercara a algunas miradas, y pudiéramos ver —yo desde las sombras, él ante los ojos— qué acontecía. Eso sí, un recorrido simple, de fácil retorno; un itinerario donde mi observación no contara para el mundo. Veamos: una parada, un paseo en colectivo, unas pocas cuadras, y el regreso. Eso era todo para comenzar, y parece simple, y así fue. Pero como casi todas las decisiones que una cuenta en una historia, también ésta nos condujo por su propio camino y descartó los demás. Si te digo que era simple, te fijo unas coordenadas: no podía pasar nada extraordinario, pero lo poco que ocurriera tenía por destino la

intensidad. Fue como un shock. Seguirlo a la distancia, oculta en la sombra, y registrar ahora sí, sin excusas, las miradas atentas y repentinas y espesas de los hombres que pasaban. Observé todo. Algo me hizo sonreír mientras continuábamos: descubrir las diferencias; situación excitante, creo, la de llevar encima una observación oculta. Es como esconder algo prohibido entre las ropas, algo peligroso y euforizante. Además, yo no era el objeto de aquellas miradas; era él, tan distinto a mí ante mis propios ojos. Pero él me representaba a mí con la misma consistencia con la que una palabra representa a una cosa; tontamente, porque no hace falta que la palabra "perro" tenga cuatro patas. Pero, qué cosa más loca, el cuerpo de mi bello amor parecía tener dos tetas y un muy buen culo para todos los extraños. Bárbaros, extranjeros. Algunos no querían mirar. Y otros miraban muy a su pesar. Y otros lo hacían a conciencia. Y él no reaccionaba muy distinto a como lo hiciera una misma las primeras veces, ¿las recordás? Cuando aún no habíamos aprendido las nuevas normas de conducta. Sí, él se ponía rígido, los ojos caídos, la conciencia enajenada metida en un cuerpo que apenas nos pertenece; un cuerpo sometido a la violencia de las formas que avanzan hacia una belleza nueva, resistida y deseada. Ser mujer repentinamente. Con un cuerpo que conquista espacios y forma recovecos, y se hace algo más que una misma, y es tan difícil agregarlo a lo que hemos sido... Y así nos miran. Pero él iba firme, mi amor, tan firme. Y me conmovía tanto que habría corrido a explicarle todo. Pero no me estaba permitido, y me consolé pensando en sus manos, en una de ellas entre las mías. Hubiera querido llevar a mis labios y a mi pecho una de sus manos, como esos tristes pósters de Retiro que muestran, sobre un fondo de efectos luminosos, a una madre de blanco tomando la mano de su hija, adolescente y bella, vestida de quince bajo el sol. Las palomitas vuelan alrededor y la vida, que promete dolores, se consuela a sí misma con nosotras, y nos dice: *"Tú que pronto has de ser una mujer, prepara tu corazón..."*, prepara tu corazón, ahá, prepáralo. Esta historia es también así; ¿por qué reírnos de sus imágenes? Yo ya no me río. Lo cierto, Jazmín, es que las palomas verdaderas duermen por las noches, y las madres de las niñas se despiertan preocupadas, y nuestro Retiro se torna peligroso, un barrio degradado donde, de noche, nosotras no estamos, o pasamos desapercibidas en las

pequeñas historias obscenas de los baños, baños que las mujeres aún no hemos considerado en nuestra reivindicación.

Llegó a la parada del colectivo y se detuvo. No estaba vacía; había un tipo que se hizo a un lado, dio unas pitadas a un pucho y lo arrojó al cordón; luego se fue desplazando hacia atrás y quedó apoyado contra una cortina de metal, mirando de a ratos las luces distantes y el palo del colectivo. Sí, miraba también hacia la parada porque había llegado una chica: nerviosa, con una bufanda de colores puesta como al pasar y con descuido. Yo también me acerqué; me acerqué lo suficiente como para ofrecerme a la atención del tipo. Pero ni se fijó — formalmente— en mí. ¿Habrá recordado después, aquel hombre, algo particular de esa noche? Lo dudo. Aunque debió sentir, seguramente, un singular atractivo por “la chica del palo”, digo yo, porque... Bueno, nada. Yo me animé a acercarme más. Vi entonces que el hombre en cuestión era muchacho; un estudiante tal vez, con una expresión cálida y un par de carpetas bajo el brazo. No podía ocultar cierto agotamiento mental, a esas horas de la noche, y yo me dije: esta visión es un pequeño solaz para su cabecita; un respiro fantástico, soñador, al finalizar su jornada... Esta chica tan linda, y sola, esperando un colectivo, ¿no podría haber sido la respuesta a sus anhelos? No lo sabemos. Porque nuestro colectivo (el de esa chica y yo) no era el que esperaba él; y, además, no intentó otra cosa que mirarla fijo una sola vez, mientras el colectivo al que subíamos —la chica del palo y yo— lo dejaba en la parada. Luego, supongo, habrá suspirado y regresado con sus ojos a las luces distantes donde esperaba percibir algo no menos necesario pero más inmediato que una chica hermosa: un número, un carro grande, un viaje por la ciudad de noche. Un lugar seguro.

El colectivo estaba apenas iluminado, y no había mucha gente. El chofer lo espió por el espejito, con detenimiento, y yo me sentí complacida. Me puse muy cerca de mi chico, junto a la máquina, y tuve que contener mis impulsos de tocarlo cuando me llegó el vaho de su perfume, tan propio de nuestras noches. Eso no viene a cuento. El colectivo sólo confirmó nuestras impresiones y la noche ya estuvo ganada. Yo sentí el cansancio y quise terminar por esa vez; faltaba poco, podíamos interrumpir hasta la próxima. Me decidí a voltearme y decirle

algo, pero al hacerlo me choqué con una expresión muy dura y se me perdieron las palabras. Él me miró sólo un instante y yo sentí la distancia. Quizás por segunda vez me sentí ajena a su historia, y sospeché que bastaba con que me bajara del colectivo y regresara sola a mi casa para que nada más ocurriera en ella que me pudiera incumbir; él se perdería luego en una galería de curiosidades, ésas de “una vez conocí a un tipo muy extraño”. Pero no fue así; no me bajé. Y además, yo ya no construyo ese tipo de sueños, porque la verdadera oportunidad de quedar al margen —pienso— se había perdido en la carretera travesti de hacía tiempo y, aunque yo no lo supiera con certeza, hacía tiempo también que mi historia sólo tenía sentido en relación con la suya. No obstante, me ganaron la curiosidad y el anhelo, y apresuramos el regreso. En la última cuadra a pie me le arrimé, muy pronta y muy cubierta, y amoldé mis pasos a los suyos, y le crucé una mano para tomarlo. Él casi no titubeó; bajó su rostro y trató de acomodarse a mí también, y yo pude adelantar mi mano y agarrar la suya de adelante, mi brazo recto, mi cabeza erguida. Eso ocurrió justo en el momento en que el último tipo hacía ademán de fijarse en nosotras, pero no. Se contentó apenas con intuir unas formas, indescifrables, y olvidar.

...

Aquí están los boletos, el mío y el de él. Y aquí... la bufanda de colores. Ahá. Pero no. No conserva nada de su perfume. Apenas una mezcla de olores de las otras cosas con las que estuvo guardada. Sí; la tengo yo, porque como a mí también me quedaba bien, cuando él la desechó yo la seguí usando. Pero bueno; eso ocurrió mucho después de esta primera salida, y al sobrevenir las demás dificultades la olvidé sin querer. Está recuperada. También en la caja. Supongo que es lo que le corresponde. Por aquí además había un dibujo. No; hay tres. Tres dibujos. Los hizo, los tres, la misma noche. ¿Qué es esto?, dirás. Bueno, Jazmín, hay momentos para todo. En algunos el silencio es abrumador. Te atormenta. Son en realidad silencios de los dos, que se cargan mutuamente, y no les viene bien ninguna palabra. Son como una sensación de avanzar y avanzar hacia un estado interno diferente, un estado que sabés que va a llegar a ser

funesto. Justamente al entrar aquella noche en casa y soltarle la mano, apareció el síntoma, la sensación y el silencio, y se hizo grande y casi visible. Pronto me desprendí de mis abrigos, mis borcegos y pantalones; me fui sola a la habitación, y no sé por qué se me ocurrió ponerme un camisón, que nunca usaba, con una bata encima, y lavarme los dientes. Él, en cambio, permaneció en el living y yo hice todo el tiempo que pude, porque no se me ocurría ninguna manera de sostener una conversación en semejante silencio, ni tan sólo un “buenas noches”. Lo que dijera, cualquier cosa, podría sonar como un latigazo, como un cuchillo afilado. Pero tuve que salir, de todos modos, a enfrentarlo, y al hacerlo noté que él ya había resuelto el problema: estaba de rodillas, en su silla, arrojado sobre la mesa con un marcador negro en la mano y un pilón de hojas. Con sólo mirarlo dibujar un segundo entendí que él había aprovechado su tiempo.

¿Me enternecí? No, no exactamente. Tuve una imagen, como un destello, de su inteligencia, y por un momento me llené de asombro. Yo, que me había cepillado los dientes frenética frente al espejo, que había estado mirando mi imagen, que la había modificado, y que aún así seguía mirándome a mí misma y buscando alguna cosa vaga en mis pensamientos y mis gestos, yo me asombré. Pero bueno; frente a aquel placer suyo de componer dibujitos, mis cepillos y mis reflejos quedaban un poco vacíos y no decían nada. Me le acerqué por fin. Él chupaba el capuchón y se revolvía los cabellos.

Es éste, el dibujo en negro. Hay tres en total, pero ahora recuerdo bien. Dos son de él y uno es mío. Estos otros están en color, porque yo saqué unas pinturitas. Después me senté en el piso, y al rato estaba también muy despatarrada y absolutamente sumergida en mis dificultades, a todo color y en perspectiva. Adiviné cuál es el mío. Obvio. Me causa gracia porque está bueno, pero a pesar del esmero no se parece mucho a nada. Los de él son más extraños, sí; pero al final una los entiende. El mío es sólo simpático. Yo...

Lo miré medio mal cuando él me habló —fue el primero en terminar—. Se reclinó de nuevo en su silla y me dijo: “Ya terminé”. ¿A vos te parece?

— Bueno, pará, que éste es muy difícil.

— Pero yo hice dos —me contestó.

— Está bien; hacé un tecito.

Se fue a la cocina. Y eso es todo, Jazmín. Después estamos juntos en la cama, con los veladores prendidos, comentando las obras. Me hizo lindos comentarios, o al menos así sonaban. Ninguno de los dos teníamos la menor idea plástica, pero igual hablamos y nos reímos. Se refirió también al recorrido, inventándolo un poco y señalando cosas en los dibujos que yo creo que no estaban: a veces los convertía en mapas, o a veces cobraban forma de paisaje, o de cuerpo; y después destacó en ellos unos ojos, unas piernas e incluso una cintura. Me dijo cosas sobre una “intensidad” fascinante y algo terrorífica. Dijo haber estado muy consciente esta vez, en la salida, y también admitió haber sentido el *golpe* de las miradas, al principio. Lo había sentido en las piernas, donde no lo hubiera imaginado. Algo del chico de la parada; la percepción de una diferencia, la intensidad de saber que el pibe estaba mirando algo más allá de lo que había en realidad. Eso que él no tenía y que el chico le otorgaba, ¿cómo explicarlo? Se lo ponía. Raro. Intenso. Comenzó en las piernas cubiertas, que aquel pibe consideraba esencialmente distintas de las suyas y deseables. Y luego en las manos, que él se animó a sacar de los bolsillos para provocarle un destello. ¿Qué estaría viendo el chico aquel? Nosotras no lo sabemos, Jazmín. En cambio él sí lo sabía, por su propia experiencia; pero no me lo dijo. Me dijo otras cosas más cercanas que además había dibujado. Me habló, por ejemplo, de su pecho: saber que era su emblema, como sus hombros, y que en el momento de ser mirado fueron plurales, dos, dobles. Pero no hizo falta que me dijera nada nuevo —y no hace falta que yo te lo explique a vos—. También me habló de su cintura, y eso sí me pareció curioso. Al hacerlo abandonó un instante los garabatos y me pasó la mano, como modelando mi propia cintura, desnuda, en barro; creo que por un instante yo misma la sentí extraña a mí y también me pregunté por sus secretos. Una curva de barro bajo la mano del alfarero, húmeda en arcilla, hecha a su imagen. Me destacó su importancia, pero no tanto por el contraste, por las ganas de que la forma de la cola se haga armónica con el torso, sino por la cintura en sí. “Es hermosa...”, me dijo, “...por lo que no hay en ella, más que por

lo que abunda...es hermosa como ustedes, por lo que falta”, me dijo. Hermosas por lo que no hay, por lo que no se encuentra. Hecha hermosa por lo que las cubre; depósito de las miradas y las caricias de lo otros. Me habló así de las miradas que había recibido; me dijo esa cosa insultante desde la intensidad de su deambular por la noche, dispuesto a ser visto como somos vistas por los hombres, no sé... eso me dijo. No me importa. Lo había sacudido. Lo había impactado más allá de la comprensión. Pero ahora estaba conmigo en mi cama; ya había guardado silencio, ya había dibujado fantasmas, ya había hablado. La luz de los veladores se mezclaba sobre él; estaba bajo las cobijas en contacto conmigo y podía empezar a analizarlo. Se había sentido intimidado, inseguro y en peligro. Entendía que llevaba consigo para el mundo una ilusión visible que el mundo deseaba, sin sustento material pero justamente eso: sin sustento material, como el mundo quería. Entonces imaginó que podría llegar a ser... bellísima, encantadora, inconcebible. Y se echó a reír de sus pensamientos. Pero los había pronunciado, Jazmín, y yo no puedo evitar recordarlo. Él ya tenía entonces para mí un encanto superior, pero cercano, sostenido por un dulce contacto bajo las mantas. Lo que estaba diciendo en cambio era siniestro, vergonzoso diría tal vez; sí, tal vez vergonzoso para mí, porque yo lo reconocía. Ser inconcebiblemente hermosa... poder lograrlo.

Lo miré sin que me viera. Yo también soy fuerte, o lo fui. Lo miré sólo un segundo. Me levanté a buscar unas medias, fingiendo un malestar remoto, un frío en los pies, y para hallarlas le dejé a la vista por un instante su remera rasgada de la noche de los travestis. Sí; yo la había lavado, planchado y guardado, sin ningún motivo. Ahora se la mostré. En seguida la volví a acomodar en los cajones, pero fue suficiente. Él no descubrió ninguna intención en mi acto —me da ternura—. Sólo se ocultó un poco más bajo la frazada, y después seguimos hablando de las mismas cosas, pero en otros términos. Fue un alivio. Aún así, algo sabíamos ahora y algo comenzaba a despertarse. No le dimos importancia; fuimos dejando el tema en manos del sueño. Pero antes de dormir consideré durante un rato lo que habíamos dicho, y pensé en sus posibilidades: tarde o

temprano él comprendería algo. Quizás con el tiempo. Entonces llegaría a jugar mejor que nadie —y sin intimidarse— el juego de las miradas, pensé. Porque comprendería en esas miradas la pretensión de otorgarle algo, algo a su carencia, una ofrenda, algo que sin embargo él ya tenía y por ende no necesitaba. Así fue mi pensamiento. Sería tan sencillo entonces levantarse muy por encima del mundo... Porque no tendría que hacer ningún esfuerzo por convencerse, por construirse: él había sido formado *en* (y *por*) la certeza de tener aquello que ahora los ojos ajenos querían ofrecerle. Y además, dicho sea de paso, quedaba exento de las condiciones —de las imposiciones— del deseo. Así pensé. Pero Jazmín, dios mío; eso no era humano.

...

Lo que sigue debería precipitarse hacia la vorágine. He permanecido muy quieta y por mucho tiempo, y estos recuerdos están afectados por ello. Pero si realmente me pongo a considerar mi situación, ya no debería tener miedo. El dolor es casi una costumbre, y lo es incluso en mi memoria: recordar dolores pasados y compararlos con los de ahora ha sido mi última ocupación. Paradójicamente, también ha sido un alivio, un alivio para el tiempo. Necesito de todas maneras ponerme esta inyección, aunque más no sea para seguir hablando. ¿Te hicieron el cuento de “la picadura de un mosquito” alguna vez? Te comparan los pinchazos con un mosquito, para que te hagas otra imagen y los soportes mejor. Intramusculares. Sosteneme de acá, así. Pero no hay nada que soportar, excepto a una misma. Creeme, porque es verdad; habla la voz de la experiencia. El olor del alcohol por un lado, picante, refrescante, desesperante. Las famosas palmadas en la cola, paf-paf-ipaf! Y la presión y el ardor de esa cosa aguda que te invade el músculo hacia abajo. No es nada, Jazmín. Paf, paf. ¿Te impresiona? Se aprende de todo. A veces es lento; otras veces no. Pero ya está. Gracias. Lo que digo es que existen otros dolores, y aunque no sean tan gráficos, yo creo que son terribles. Están un poco hechos a nuestra medida, pero siempre un poquito por encima de lo soportable; ésa es la joda. Van un poco más allá, te

fuerzan, y así te van rompiendo. Sí, claro; todavía les temo. Pero hay un valor que reivindico en mí después de todo: no soy cobarde. Y no lo digo por los pinchazos; eso es sólo un pequeño truco. Lo digo por el regreso, el regreso del horror. Yo, al menos, lo intento; hacia allí vamos. Pero no me culpes demasiado por el retraso y por la fuga, porque no tienen intención y no van hacia ninguna parte. Ya estoy dispuesta. Sólo que...verte aquí, poder hablarte, me provoca la ilusión momentánea de que podría cambiar, decir otras cosas. Pero no puedo.

Volvimos a salir, muchas noches, muchas; noches sin cuenta y sin medida. Yo salía oculta, como la primera vez, al abrigo de las sombras y de la oscuridad, y lo seguía a él de cerca y observaba todo lo que podía, todo lo que había para ver. Empezamos con recorridos breves, a pie las más de las veces, por calles lo suficientemente abiertas como para justificar nuestra presencia y encontrar gente. Cada vez un poco más lejos, cada vez un poco más tarde o más tiempo. Tal vez para él aquellas salidas fueron más racionales, más preparadas; no puedo saberlo, pero lo cierto es que no volví a verlo dibujar. En cambio para mí eran muy sentidas. Sentía sobre todo mi ocultamiento, que no significaba nada en cuestiones de seguridad porque yo no era un ángel de la guarda que te sigue secretamente y te cuida y te salva, o bien, sí lo era, porque los ángeles reales parecen seguirnos por todas partes y saberlo todo, pero nunca hacen nada. Lo mío también era sólo estar y observar y tratar de comprender, sin influir. Y bien. Las noches a la intemperie te fortalecen el ánimo, y yo creo que te agudizan la percepción; entonces una ve mucho y ve bien, y termina por percibir otras cosas que lentamente se van diferenciando de la imaginación y que están allí, y no tienen nombre. Es cierto también en cuanto al oído; a medida que nos alejábamos de las zonas más concurridas los sonidos iban cobrando más importancia. Entonces escuchábamos nuestros pasos, los combinábamos y nos esforzábamos por separarlos de los rumores menos intensos: soplos, bufidos, pequeños golpes, plásticos, alguna puerta. Llegué a escuchar la succión de un cigarrillo a mucha distancia, e incluso el cambio de ritmo en las respiraciones de los tipos cuando alcanzaban a distinguir aquella silueta femenina acercándose en

la calle. Alguna vez lo siguieron —dos, tres cuerdas— y yo no hice nada; ni siquiera delaté mi presencia. Alguna vez cruzaron de vereda para pasarle cerca. Alguna vez se detuvieron. Y también llegaron a hablarle. Pero a pesar de mis impulsos, dejé que esas cosas ocurrieran. Entonces él pudo mirarlos de cerca, a los ojos, e intentar discernir en ellos la forma de su propia imagen. No le hizo falta hablar, ni llamarme, ni escapar. Su actitud parecía imprevista para los que intentaban algo; se iban diluyendo, agotando, y tal vez terminaban por dejar de mirar lo que pretendían ver, y se alejaban confundidos y pensando sólo en sí mismos e intentando olvidar. Esto ocurría sobre todo en las zonas más obvias, en las calles interiores de algún barrio residencial, o alrededor de las casas de familia, o de los departamentos donde la buena gente pretende dormir en paz. Pero no era tan así en el centro, abandonado por las noches; allí parece no quedar nadie y, sin embargo, hay una especie de incesante vigilia de personajes que se apropian del vacío y lo pueblan de tensión. Allí hay otra resonancia. Allí cualquier presencia parece una invasora, y nadie es indiferente. En ese territorio hay un peligro más sólido pero también más general, un peligro de todos con todos y para todos.

Sí. Fue allí que le hablaron y esperaron y miraron. Allí, incluso, tuvo que eludir a algunos que venían acompañados y mal dispuestos. No me preocupé. Ya te dije que en aquel lugar el peligro era general, y por eso incluía al adversario. No tuve necesidad, por lo tanto, de hacerme notar; de todas maneras ellos sabían que también eran observados y puestos en jaque. Todos estábamos en el mismo tablero, en la misma partida. A lo sumo, cerca del final, seríamos puestos fuera, hasta el último de nosotros, excepto el grande, el más protegido, el que muere sin ser tocado y sin caer y junto con quien morimos todos. Pero pronto abandonamos esa zona, porque nada más podíamos esperar de ella y muy rápidamente nos resultó previsible. De allí fuimos por fuerza hacia la periferia, y una noche cualquiera nos acercamos a unas vías, y cruzamos un alambre perimetral, y una vez adentro, la oscuridad nos pareció total.

Todo estaba en silencio. No recordaba yo un silencio igual a ese en otras noches. De un sitio así no sabíamos casi nada. Él iba cubierto, como de

costumbre, hasta las muñecas y hasta el cuello, dejando su campera abierta y los ojos despejados, y llevaba esta vez un gorro con el que se protegía las orejas del viento, porque últimamente las noches habían sido frías. Yo permanecí junto a un tapial invisible; él se adentró en las vías. Había un vagón más o menos cerca, y alrededor, una extensión indefinida. Realmente costaba mucho distinguir alguna forma, pero supuse por el sonido que él se había detenido, y luego no escuché más. Pasó el tiempo; no sé cuánto. De pronto, sin el más leve chasquido, dos rayos de luz lo impactaron desde ambos lados. Quedó detenido con su cara aún en las sombras. Entonces los oí. Vinieron uno por la derecha y otro por la izquierda, y al llegar a pocos metros apagaron la luz. No hablaban, y no puedo saber qué hicieron. Parecían no moverse. Creí escuchar alguna cosa y contuve la respiración. Al rato volvió a aparecer un haz de luz a la izquierda y dio vueltas todo alrededor. Luego se alejó hasta casi perderse, regresó al centro y se extinguió. Con la reaparición de la otra luz a la derecha pude comprender al fin lo que ocurría, y sentí temor: se habían relevado. Uno se había quedado vigilando mientras el otro revisaba mi sector. Pero yo no me moví; prácticamente no pensé. Si me descubrían ya veríamos. Lo cierto es que resultó curioso, porque la luz pasó muy cerca, demasiado como para no verme, y sin embargo se desvió, regresó al centro y volvió a apagarse. Entonces resolví acercarme yo, pero no lo hice; ni siquiera moví un dedo. Pasó el tiempo. De pronto sopló una ráfaga que quebró el silencio y yo temblé de frío como en una convulsión. Estallaron las dos luces y lo apuntaron velozmente de arriba a abajo, y así pude ver que él se estaba cubriendo la cara y el cuerpo con los brazos. Las luces lo recorrieron rápidas, y yo alcancé a distinguir las sombras de los dos tipos con linternas, sus manos extendidas, y el cuerpo de él acorralado en el medio, que tenía ahora una forma apenas comprensible. Pero dos golpes violentos lo desplazaron y lo ocultaron entre las sombras, y entonces yo salté hacia adelante y tomé aire para gritar. Pero me ahogué. Porque las luces lo habían vuelto a encontrar, súbitamente, y allí estaba otra vez; sin embargo, ya no era el bulto acurrucado y dolido de un instante atrás, sino una esbelta figura abriéndose la campera, que cayó al suelo con un susurro. Las luces subieron a su cara, oculta hasta el momento, y yo también lo pude ver con claridad cuando abrió los ojos y de un

brusco tirón se quitó el gorro y sacudió la cabeza. Y entonces, por fin, escuché las voces de los tipos dando un gemido prolongado, incierto —entre el asombro y el pánico; sus luces petrificadas—, y me acerqué a ellos, sigilosa, por la espalda. Allí estaban, pasmados, fascinados. Escuché muy nítida la agitación de sus respiraciones, y vi brillante la sonrisa de él, iluminada, y me reí plenamente para adentro, y en una especie de éxtasis, celestial, como el ángel de la guarda a quien se le concede un único contacto carnal, les toqué a los dos tipos obnubilados el hombro con el dedo. Al borde del espanto, en un inmenso grito agudo, huyeron corriendo y revolearon sus luces hasta desaparecer.

Ésa es nuestra pequeña historia de las vías. Es un encanto. Lo abracé tan efusivamente que casi nos caemos. Y aquella noche en casa cantamos victoria. Sí; literalmente. Puse música y nos despojamos de todo, danzando desnudos y bastante borrachos durante varias horas. Fumamos. Cogimos. Miramos tele locamente, hablándole a la pantalla hasta que el tonto se tropezó con el cable y rompió el enchufe. Tomamos las dos últimas botellas y luego decidimos los pasos a seguir: a partir de entonces saldríamos juntos y nos dejaríamos ver los dos; cada vez más lejos y más hondo y más profundo. Yo no sabía aún qué quería decir aquello, y tampoco puedo hablarte mucho de lo que recuerdo, porque no tuve tiempo de pensarlo. Casi de inmediato, al terminar de hablar y de beber, caí retorcida de dolor al piso.

Un dolor extraño aquí en este costado, por arriba de la cintura, que me dejó casi inconsciente. Él me habrá llevado a la cama. Me habrá tranquilizado, me habrá ayudado a respirar y se habrá quedado dormido en el intento, porque en mi memoria queda sólo el rastro de sus ojos cerrados y su sonrisa. Mientras él dormía recuperaré la conciencia. Extrañamente. Me pregunto ahora —porque sí— qué estaría soñando.

...

Éramos dos amigas volviendo de alguna fiesta, de alguna reunión, tarde y sin dinero para un taxi. Éramos jóvenes y llenas de vida; éramos muy divertidas. Mi amiga, debo reconocerlo, era muy hermosa. Cualquier gesto, hasta el descuido más tonto, tenía gracia y frescura. Frescura de carefree y de rosas. Supongo que sus cabellos tenían cuerpo y movimiento, y que su piel lucía tersa y humectada, y su perfume inspiraba a los hombres a correr y regalarle flores. Por mi parte, no puedo negarme cierto encanto. Éramos dos diosas. Les sonreíamos a la vida y a los kioskeros cuando comprábamos chocolate, e incluso éramos inocentes, y además ella era virgen. No sonreímos tanto, sin embargo, al estallar la violencia. Pero mi amiga sabía ser sorprendente, y al primer tipo que la agredió físicamente le rompió la cara en pedazos. De verdad, creo que le vi al hombre un pedazo de algo que no estaba en su lugar, pero lo más impresionante fueron sus ojos desencajados. Yo no hice nada aquella vez, excepto recibir un par de golpes. Grité, sí; eso sí lo pude hacer. Pataleé también, y me sacudí un poco. Y lloré de bronca. Pero mi amiga se comportó asombrosamente.

Al principio me pareció que se iba a quedar impávida, como de costumbre, callada, mirando las cosas como si no fueran posibles, como si todo le ocurriera a otra persona. Ellos —unos tipos, una noche— nos habían disputado como presas, y se ve que yo no salí ganando. Me adelanté, sacando pecho, pero no sé para qué; no fue muy inteligente de mi parte. Yo les molestaba. Incluso me interpose entre ellos, con la mala suerte de caer justo al lado del que había perdido la disputa, el reparto del botín (y que lo había tomado a mal). Él tipo, para demostrar su fastidio, me golpeó. Creo que escuché risas y también aprobaciones, pero no era gracioso. Lo insulté; me puse loca y le grité cosas. Demasiado cerca, demasiado: quedé colgando aferrada por la cintura y totalmente indefensa. Entiendo que ahora todos me prestaban atención a mí y que habían perdido de vista a mi acompañante, o la habían desestimado. Yo también, claro. Porque la última imagen que tuve de él, ya en el aire, seguía teniendo esa pasividad absurda, y no me da vergüenza decir que tuve tiempo de imaginar, por un segundo, su misma cara incrédula mientras lo atravesaban, y él aún pasivo, sorprendido.

Sin embargo, fue demoledor.

Nadie logró entender lo que había pasado, ni siquiera yo. Se tomó un tiempo, eso sí, para fracturarle la cara al tipo después de derribarlo, cuando yo aún estaba en el piso. Simplemente le clavó la mirada, se dejó mirar, y apenas se sacudió, apenas movió el brazo; pero el “crac” de la nariz y la mandíbula se oyó limpio, seco y definitivo. Me levanté. Miré al tipo mudo, que aún se sostenía sobre los codos como si nada hubiera pasado, y vi lo que te dije antes: sus ojos fuera de órbita. Abajo de ellos, cada parte del rostro conservaba su forma pero ya no estaba en su lugar.

Las ceremonias masculinas tienen esas reglas tan cuidadas. Si no pareciera un contrasentido te diría que son como un ballet, con sus desplazamientos, su bailarín central, su partenaire. Ellos tal vez ni se dan cuenta, pero a una, que a menudo es tan desenfrenada y tan confusa, no deja de extrañarle. Cuando verdaderamente vale la pena —y eso ocurre la mayoría de las veces— se impone el estilo. Importa ofrecer la cara limpia, las manos bajas, el plexo adelante. También importa que sea “de a uno”, aunque haya tres o diez en contra; que vengan todos, pero uno por vez. Importa la actitud, la interpretación de las figuras. Importa el tono. El espacio. El ritmo. Así, aquella imagen ante mis ojos fue imponente como los son los grandes finales: el antagonista vencido; los demás, dispuestos como un coro; la reverencia y el respeto —más allá del horror y del dolor— del protagonista frente al destino. El semicírculo de aquel final coreográfico quedó abierto y por ahí pasamos, yo sintiéndome un agregado algo decorativo, el arbitrario motivo de disputa que no es sino un pretexto para el verdadero despliegue. Sé que no es así. Sé que hay mucha falsedad en esas puestas en escena. Pero no dejan de ser bellas. De todas maneras no fue la perfección lo que nos permitió salir, sino lo inesperado. Pero eso es algo que me excede, Jazmín, porque no soy yo quien te va a contar qué significa o qué se siente que una mina se apropie del rito masculino y lo haga suyo tan legítimamente y lo culmine. Supongo que una gran perplejidad, casi religiosa.

Sentí un orgullo muy contradictorio; el germen, supongo, de tantos otros. Se me superponían las imágenes y las fantasías. Yo había sido defendida por un

tipo, uno contra todos, cuando ya no quedaba esperanza. Él me había defendido, él había hecho uso de sus facultades; él era grande, lindo y bueno. También habíamos sido agredidas, nos habían intentado someter, como les corresponde, pero esta vez una de nosotras dos zafó, una de nosotras transgredió las normas, una de nosotras no le dio al agresor un rodillazo en los huevos sino un golpe perfecto y estilizado en pleno rostro. Sin embargo yo no había visto a “una de nosotras”, y la transgresora no había sido yo, sino él. Ni siquiera les dirigió la mirada, y me tomó de la mano, y me sacó despacio. También comprendo el enorme desconcierto que les habrá producido ver a la bella, a la deseada, protegerme y consolarme con dos gestos, llenos de ternura aunque sin ninguna concesión a la sensibilidad; ni maternal, ni compasiva, ni emocionada. No digo con esto que él fuera insensible a lo que había pasado; estaba furioso, pero contenido. No tenía ni un rasguño; sólo que al llegar a casa vio que yo sí tenía varias marcas. Y no dijo nada. Le pegó unos golpes terribles a la pared del baño hasta romper los azulejos y cortarse los dedos, y luego se miró un instante en el espejo y metió la cabeza bajo la ducha, aún vestido, y después me llamó y me ayudó a aliviar las heridas como pudo y yo también a él.

Pasada ya la conmoción, nos miramos. Yo sé que él vio algo nuevo en mí, algo que no había visto hasta entonces y que no lograba explicarse, y cuando con la más maravillosa ternura me tomó la cara y me acercó la suya, y lento y tembloroso me besó en la boca, el dolor de mis golpes creció de pronto y aquel otro dolor que yo había sentido en el costado regresó también y me rodeó la cintura y yo me apreté a él, y le clavé las uñas, y pensé que estos dolores mezclados eran apenas el recuerdo de lo que me había atormentado, y él se separó un tanto para mirarme de nuevo y bajó una mano por mi panza y entre las piernas y me tocó la concha y se apoyó en mis pechos y yo sentí su erección en mi muslo y mis dolores se difundieron por todo el cuerpo hasta que ya no los distinguí unos de otros, y dejé de pensar en ellos mientras él me apartaba la bombacha de costado y yo, como podía, le liberaba la pija y después, yo ya estaba muy confundida con el placer, y él me estaba penetrando mientras yo le tironeaba tan fuerte de los cabellos que llegué a arrancarle lágrimas, y no hubo

más dolor, no más dolor, y entonces era todo lo mismo y más que coger parecía que nos estábamos fundiendo.

...

Él me dijo, por esa época, que le parecía que “su chica” tenía pancita. ¿Viste Marilyn? Bueno, así, al viejo estilo. Una pancita redonda que acentuaba seguramente la cuenca de su vientre y lo hacía muy sugestivo. A veces se deleitaba solito con eso, con la imagen. Entiendo que se le aparecía ante él, distinta de sí mismo, y que tal vez eran momentos de mucho placer, no un placer *de sí*, feote y onanista, sino más bien el placer de su imagen, de espejo. Se tocaba los abdominales inferiores, que a la sazón eran perfectos, muy *David* de Miguel Ángel. Hacía tensión y relajaba, y ponía cara de asombro, e incluso sonreía y me miraba a mí, me miraba el vientre y descendía, y quedaba un poco conmovido. Entonces me decía palabritas bobas, esas de los enamorados, cucú, bubú, cosita, con lo que quería expresar que yo le gustaba mucho y lo entusiasmaba. Pero mi panza no era redonda, lamentablemente, sino más bien un plato chato muy al gusto de nuestra época, con su admirable pupo en el lugar indicado y envuelto por la piel de tono justo y calorías indicadas; los huesitos de mi cadera se me insinuaban, móviles, como una preciosura de vidriera y movimientos en la disco, con todo el aspecto de textura de felpa, panza para ver e imaginar. Pero no sé mucho de otras perspectivas; las traigo desde sus ojos. Es que, en general, he disfrutado de mí misma con la ropa puesta, y si no, he dejado que *mí misma* disfrute sola de todo lo demás. Lo cierto es que sé por sus miradas —él de rodillas, cuando yo llevaba puesta sólo una bombachita blanca, y me detenía— que desde allí abajo yo era conmovedora. Se embelesaba. Sentía intriga, y hasta creo que me amaba. Pero no era un hombre capaz de soportar un amor así, no; no era capaz de sostenerlo mucho tiempo, aunque habría muerto por hacerlo, aunque lo deseara infinitamente. Me tocaba por el borde del elástico, y se aplastaba contra mí, y me soplaba el vientre hasta sacarme algún sonido. Eran extraños momentos de adoración y no estaban mal, nada mal. Lo hacía bien, lo de adorar. Hace falta para eso una noción genuina de que el ser adorado

está más allá de uno mismo; así lo creo yo y así he comprendido siempre su otra angustia, la de sus otros momentos, aquellos momentos en los que se habría arrancado ese ser que le sobraba con tal de no perder la capacidad de relación con algo más, con otra... cosa. No puedo explicarlo, Jazmín. Creí haberlo entendido, pero no sé cómo es. Sólo sé lo que vi. Sé que lo vi a él sentado en el inodoro, cerrando los ojos y levantando la cabeza, y luego abriendo los ojos y bajando la mirada... un tiempo prolongado. ¿Horas? ¿Días? ¿Aún está allí? Ver o no ver. Ser o no ser. Pis o no pis. ¿De qué va la cosa? Yo lo miraba. Y lo vi adoptar posiciones no convencionales en la cama, en la cocina, bajo la ducha. Se quedaba quieto y las probaba *en sí* (mismo, seguro; esas veces era sí, sí mismo, o como quieras). Recostado boca abajo, la cabeza clavada en la almohada, la espalda como una rampa, una hipotenusa; las piernas enroscadas en el asiento, las piernas abiertas apoyadas en la mesa; o desnudo y de pie juntando las rodillas, el agua lloviéndole sobre la nuca, escoliosis y curvas en el torso. Él no decía nada y yo tampoco. Pero a mí me pareció desde un principio que la búsqueda no pasaba por ahí, ridícula fórmula pero cierta: "No hay ninguna búsqueda, chiquito", pensaba, "dejemos de retorcer y retorcer, y no demos más vueltas". Se le agriaba el carácter cuando se lo insinuaba, sobre todo si lo estaba haciendo, y entonces cometía actos de verdadera furia que, bueno, no importan porque eran errores. Bastante mediocres. Yo siempre opté por ignorar los errores aunque me arruinaran la comida, las plantas, la instalación eléctrica. Paciencia. Las furias pasan.

Otra cosa, en cambio, era su debilidad, y otra distinta su horror. Sin embargo, la debilidad daba paso a ese horror con un lógica extraña. Tenían algo de "imagen" también, respecto de una parte del cuerpo de la que aún no hemos hablado. La debilidad y el horror: en sus brazos.

Siempre tuvo, desde que lo conocí, una manera particular de disfrutar de los movimientos que involucraran sus brazos, extensiones de sus manos al desplazarse, al agarrar cosas, al manipularlas y trasladarlas. Aquello era tanto un despliegue estético de habilidad como de fuerza, y al observarse a sí mismo en esos movimientos, te hacía prestar atención.

A mí me daba esa piadosa simpatía que casi siempre nos inspira el género opuesto cuando se satisface en cosas así, pero él sentiría que estaba desplegando sus dotes de seducción, sostenidos —claro está— en la supuesta diferencia. Él diría: “Mis brazos pueden resolver tus problemas con la bombita de la cocina, mis brazos pueden levantar en vilo la cama de algarrobo, o pueden hacer del mundo de la gravedad un juego casi erótico”. Y bien. Será cierto, como dije, que al sentirnos livianas en sus brazos les devolvemos el encanto de sí mismos, pero ya está bien, ¿no te parece? El universo de las cosas prácticas puede ser bonito cuando se matiza con diferencias, pero en cierto momento aburre. Cargarse de críos en los brazos, y levantar baldes, y sacudir colchones no basta para hacernos a nosotras un encanto, pero está bien, algo sabemos: con una pila de catorce platos, las minas hacemos dos viajes al lavabo y ellos uno solo, y al arremangarse para lavarlos no aparece en nosotras más que un objetivo; en cambio en ellos, quiéranlo o no, aparece el *gesto*.

Lo curioso es que en cierta ocasión me pidió ayuda. Me sorprendió; dijo que no podía correr aquel mueble solo. Entonces fui y lo levanté de mi lado por el apoyabrazos, pero él ni siquiera lo movió. Lo corrí un poco más y me quedé esperando, pero él no hizo nada; tenía sus manos debajo y me miraba con cara de estúpido. Le pregunté qué estaba esperando y me volvió a pedir ayuda. Moví el mueble yo sola 90° y él quedó atrapado, pero ni siquiera se resistió; me siguió pidiendo que lo ayudara y entonces le pregunté para qué, si ni aún así se molestaba en hacer algo; y además, yo no le veía sentido al movimiento. A la cuarta vez que repitió lo mismo empujé el sillón hacia él y lo dejé aprisionado contra la pared. Como oís. Me pidió que se lo corriera, que no podía mover las piernas. Yo me debo haber reído y lo debo haber tratado de idiota, pero él nada: allí estaba. Me agaché, ya cansada, y le moví el respaldo un poco, y después se lo moví más, pero cuando me di cuenta de que seguía estúpido y clavado al piso, me harté y lo volví a encerrar —basta ya— con energía. Lo aplasté. Él me miraba. Arrastré la mesa y las sillas, se las apilé; al final hice un espacio, jadeando por el esfuerzo, y me tiré yo misma arriba del montón de cosas y le pregunté si necesitaba más ayuda. Me dijo que ya no, que se había sentido débil —débil

como nunca—, que tenía la extraña sensación de no tener ninguna fuerza en los brazos y que lo único que quería era correr un poquito el sillón, pero que ahora sí le iba a resultar difícil. De todas maneras, no podía contar ya con mi ayuda, y estaba pensando qué otra cosa podría hacer. “Joderse”, le dije yo. “Sí, joderse”, me dijo él, y siguió hablando un rato más con la voz quebrada, pero yo ni lo veía ni lo escuchaba porque lo tenía a mis espaldas. Igual me dijo que no iba a poder usar los brazos, que todavía se sentía así, y que le dolían las piernas porque las tenía apretadas, y que además sentía que si yo llegaba a quitar la pila de muebles se daría cuenta de que ya no estaba sostenido por ellas y se caería, y yo estaba tan cansada, Jazmín, tan cansada que le pedí que se callara un poco la boca, que al fin y al cabo era mejor para los dos así; que yo podía descansar en el sofá y él podía estar tranquilo allí, apretado y sin caerse, pero que por favor se callara de una vez y no me rompiera más las pelotas... Y él se quedó callado y yo me quedé dormida.

No sé cuánto habré dormido ni qué sueños tuve; de pronto sentí que volaba, y que junto conmigo se caía el mundo. No era el mundo, obviamente; éramos las sillas y yo. Volamos bastante, o fue la impresión de despertarse en el aire. Después de la sorpresa, me recompuse y lo miré. Estaba en el piso, en un espacio abierto. El sofá había quedado en la otra punta, de espaldas contra la pared como en penitencia, y él, tiradito. Me levanté.

“Qué tenés”, le dije. “Nada. Quería saber si mis piernas eran tan débiles como mis brazos”, me dijo, “y sí, efectivamente: no me sostienen”. Bueno. Me causó gracia. Traje unas mantas, me acosté junto a él y nos quedamos abrazados y dormidos, y al despertar la debilidad se le había pasado.

Es cierto que a veces su debilidad parecía volver, pero él ya no hacía ninguna prueba y simplemente me miraba con tristeza, y me decía algo buscando reconfortarse; pero yo lo dejaba ir cada vez un poquito más lejos hasta que me parecía que ya no aguantaba más y que vivía el horror. No, nunca era para tanto: era sólo un poco más. Más temblor, más palidez, más baba en la boca

o más dificultad en la respiración. Nunca el límite, y siempre después, la calma. Yo podría creer que era cierto, que realmente se le iban las fuerzas por momentos, y que no había remedio. Pero no era así. Todavía tengo estas marcas de acá, estas marcas que no se fueron, a lado del cuello sobre las clavículas. Es casi un milagro, porque pensé que al final desaparecerían; y además creo que mi cuerpo tiene bastantes cosas de qué ocuparse como para seguir conservándolas. Pero se las habrá olvidado. Sí. Me quedaron de aquella vez cuando lo vi vestido con mis ropas, una noche en la que nos preparábamos para salir de nuevo. Ya hacía mucho que salíamos en pareja, pero las salidas tenían aún ese aire de rutina que te alivia, que te hace reconocerte en algo y como algo. No interesa. Se había puesto ridículamente mis ropas, y me cayó para la mierda. Estaba espantoso y además, cuando lo increpé, se asustó y trató de cubrirse. Peor. Me dio algo más que odio: me dio desprecio. Le exigí que se quitara inmediatamente todo eso. Era horrible. Se miraba en el espejo de cuerpo entero y me decía que la ropa le quedaba chica. Le arranqué el pañuelo de un tirón y él se tomó el cuello. Volví a increparlo, y entonces me detuvo. Ya se sacaba todo, me decía, las medias y el corpiño, y la blusa de seda y el ridículo *tailleur*; me pedía que lo perdonara, que no le hiciera nada, que le estaba volviendo la debilidad... Empezó a temblar. Se apoyó contra el placard, las piernas doblándose, los brazos cayéndole a los costados; levantó la cara contra el techo y trató de respirar y de volver a mirarme. Pero yo me planté frente a él: con un leve toque de mi mano se iría al piso; con un leve soplido lo tendría una vez más sobre el suelo, jadeando, horrorizado, buscando apoyo, diciendo o pensando o dando a entender que nada podría hacer. Sin embargo me detuve: no era lo mismo. Lo tenía de nuevo a mi disposición; pero esta vez vestido de mina, travesti de mierda, infeliz y asqueroso; me puso loca. Al fin le empujé la cabeza para abajo, y él se desplomó, y le volví a agarrar la cara clavándole las uñas y le tapé con violencia la boca y la nariz, y le tironeé mi blusa y se la rompí. Pero de pronto me apretó del cuello.

Muy fuerte. Si hubiese sido *exactamente* el cuello, me mataba: no fue exacto; me aferró de acá, de más abajo, donde tengo las marcas. Me apretó de golpe, con una presión tan terrible que me durmió bruscamente los brazos y el

dolor me estalló en la punta de los dedos. Luego se encaramó sobre mí y presionó hacia abajo y esta vez fueron mis piernas las que ya no me sostuvieron más, ni a mí ni a él arriba mío, enmudecidos los dos, rojos y a punto de estallar. Pero él se puso de pie sin soltarme, y me levantó como si fuera yo una muñeca articulada hasta que quedé colgando a diez centímetros del piso. Un segundo. Me paró; y ahí quedé.

Se cambió las ropas, se puso lindo como siempre y me invitó a salir. Esa noche, dijo, tenía ganas de revelarse contra su condena.

Sí. Eso dijo.

Y yo supongo ahora que fue eso mismo lo que le dio algún sentido, circunstancial y efímero, a la primera sangre.

...

Conservo aquí dos billetes viejos que pertenecieron a la primera víctima, fuera de circulación desde hace tiempo. El resto lo habremos gastado movidos por la necesidad, o por el gusto. Nunca me animé a usar todo el dinero, aunque al principio nos otorgaba, en cierto sentido, una justificación. Yo sabía que no era así. No me interesaba esa justificación de papel de intercambio, pero creo que tampoco quise formularme otra. Simplemente conservé estos billetes que fueron de aquel que encabezara la lista. Aún no habíamos diseñado ningún dispositivo de precisión, no habíamos optimizado el proceso, y el hecho podría haberse confundido con un incidente inesperado. Pero ante la visión oscura de la primera sangre —una mancha sobre una tela blanca— no pude dejar de sentir que era el inicio regular de muchas otras sangres; y por desagradable que pareciera, me hice cargo de ella con naturalidad.

Las situaciones ahora eran, me atrevería a decir, una búsqueda; pero una búsqueda externa, y, tal vez, más que una búsqueda una persecución, porque

sabíamos qué era lo que estábamos persiguiendo y dónde podía encontrarse, oculto o desprevenido, pero certero. Teníamos ya a esa altura un conocimiento muy efectivo de las zonas, de sus habitantes y de sus peligros, y nos movíamos con habilidad entre las sombras, sombras supuestamente hostiles que habíamos venido conquistando en secreto desde el primer recorrido. Sabíamos entonces qué podíamos hallar y dónde hallarlo; y sabíamos, para mejor, qué podía esperarse a simple vista de nosotros. Aún me divierte pensarlo, y me divierte también decir “a simple vista” en esta historia, ¿por qué no? No hubo engaño en todo aquello (hasta que la perturbación me ganó a mí); todavía era un juego limpio. La víctima indefensa y acorralada de pronto se vuelve contra el agresor que se ve sorprendido, pero es la ceguera de este último lo que lo pierde y no el infortunio ni la impiedad. Si no había piedad en nosotros en el momento de la victoria, tampoco la había habido en ellos al iniciar la agresión. Los conocíamos; ésa es una ventaja. Pero ellos creían conocernos, y ésa es una ventaja aún mayor.

Con el correr del tiempo descubrimos en la acción formas repetidas. No me sorprendió tanto, porque de algún modo tenían que ver con quiénes éramos. Empezábamos por perdernos, aparentemente, en el interior del laberinto hasta quedar a merced de las miradas ocultas que creerían que no había salida posible para nosotras. Luego nos sumergíamos en la imagen de la debilidad, sí, de aquella misma debilidad de la que te hablaba antes, pero que yo sentía real en mí. Atravesar por ella no dejaba de producirme, cada vez y por un momento, un profundo terror, una especie de pánico abismal, parecido a esas pesadillas en las que querés correr y las piernas no te obedecen, o se mueven en un tiempo insoportablemente lento. El terror previsto me ayudaba. Era un enorme placer trascenderlo, un enorme placer: la cuerda del miedo tensada al máximo se rompe como un látigo, y por más precavido que alguien sea, el movimiento es demasiado repentino y brusco, y se vuelve básicamente impredecible. Y mortal.

He mirado a esos hombres a la cara. He pensado mucho en ellos. No sé si tengo autoridad para sacar conclusiones; tal vez sólo hablo a partir de lo que a mí me llamó la atención en su momento, y las causas y las razones solamente

las imagino. Es una obviedad decir que se veían sorprendidos. Los dejábamos llegar bastante lejos, yo siempre un poco más que mi compañera, a quien le costaba mucho menos despertarlos. Pero a la hora final, cuando yo me agachaba sobre sus rostros y ella quedaba de pie a mis espaldas, el asombro se les despejaba de los ojos y aparecía una expresión casi pura de injusticia, de confianza traicionada, como si hubieran perdido la partida por respetar un reglamento que el rival violaba. O mejor dicho, como si el adversario hubiera abusado deslealmente de algo permitido pero poco habitual e inesperado. Es curioso sentir que en el juego de la violencia extrema, que quiéranlo o no implica la muerte, los hombres siguen creyendo que hay un código de caballeros. Y en esto sí me justifico, porque sólo como perdedoras se nos considera "caballeros", o ni siquiera. A menudo no llegamos a ser consideradas más que como una presa rebelde, que no entiende de reglas y por lo tanto no puede protagonizar el juego; les arrancamos con alguna treta sólo una sonrisa irónica y condescendiente, y a lo sumo, un impulso más de urgencia por acabar del todo. Acabar del todo. Sus intentos frustrados. En la imaginación, un síntoma de impotencia que puede deshacerles la virilidad.

Nunca en aquel tiempo los sometimos a tortura. Tal vez sentíamos más tristeza que entusiasmo en nuestras prácticas. Pero puede ser que esté hablando sólo por mí y no por él, y que lo que en mí se transformó luego, él ya lo tuviera. Una vez más el ritual se tornó previsible, y cuando nos descubrimos repitiendo exactamente un movimiento, y luego unas palabras, y cuando una aureola de sangre en una tela pareció dibujar la misma figura que la vez anterior, nos tomamos un descanso. Vacaciones nocturnas en mi casa, disfrutando de la intimidad que por un tiempo volvía a ser nueva; mirándonos, acariciándonos, hablándonos. Tengo el recuerdo de haber percibido una suerte de desarrollo en la armonía de sus formas; estaba más bello, si eso es posible, o quizás más misterioso, más inquietante. Me mimaba, me cuidaba. Yo había vuelto a sentir dolores en la cintura y en la espalda, dolores que no podía ni quería ocultar, y él se hacía cargo por entonces de mí. Porque aunque el contacto de sus manos en los masajes fuera aún más punzante que el dolor mismo, al retirarlas finalmente

yo podía descansar, y todo se desvanecía, y un poco entre sueños le terminaba de agradecer sus atenciones.

...

El frío menguaba junto con el año, y las noches se hicieron más dulces. Podíamos abrir las ventanas y salir al balcón y observar desde allí la extensión de la ciudad nocturna, con sus brillos, sus nieblas y sus pozos de oscuridad. Creo que le teníamos mucho cariño; tal vez la sentíamos propia y también distinta, y en constante desarrollo. Sí, Jazmín; es posible que la miráramos juntos como se mira a los hijos, desde arriba y sin que nos entiendan. ¿Nostalgia de algo que no he tenido? Nostalgia de hija mujer, nostalgia de heredar y dar en herencia. No, no lo creo. He resignado hace tiempo esa contemplación, pero por otros motivos, y quizás si amo ese recuerdo es porque él estaba allí, simplemente. Estaba en el balcón, ya casi sin abrigo y ya casi sin oscuridad. Yo quise muchas cosas. Quise sobre todo volver a sentir algo en común, algo de los dos, y aquella noche hermosa me le presenté disfrazada de hombre.

No estaba mal, para nada. Sin embargo su mirada fue un impacto. Una mirada de desagrado, pero también de inteligencia. Nos comprendimos inmediatamente y él se acercó a mí, y no me tocó, y no me dijo nada, y estirándose como para desentumecerse después de un viaje largo, se preparó para volver a salir.

Fue una noche gloriosa en la que inventamos el juego perfecto. Yo podía cubrir mis formas por completo, y a fuerza de observar a los hombres había aprendido ciertamente sus actitudes, y sabía entonces muy bien cómo camina un tipo que lleva del brazo a una mujer hermosa. Sabía también que yo no era grande, que no era firme, y que podía lucir equivocado. Podía no corresponder a semejante imagen, a semejante compañía, y podía estimular el deseo de otros hombres de corregir la situación, el deseo de competencia añadido al objeto. Nada de esto es tan difícil, a la larga, como puede parecer; creo que la provocación fue, desde el principio, mi primera habilidad; y además sabía usarlo

a él, que a esta altura apenas si podía mantener oculto su brillo deslumbrante. Pero él lo hacía, y superando el mejor de los estilos, dejaba entrever solamente una mínima insinuación, un pliegue, una desesperante e involuntaria promesa. Fue mágico. Todo. En esta variante del juego yo tenía que soportar en verdad una agresión física concreta, directa, y a veces muy poderosa; y sostenerme en combate todo el tiempo que me fuera posible. Debía jugar las cartas de manera tal que el malentendido se desarrollara por completo, y creo que en ninguna otra acción demostré mayor talento. No. No me importaban los daños, esos daños. Porque desplegué siempre las mejores actitudes de un varón, valiente pero débil, que hasta último momento resiste en defensa de su dama y obliga a los agresores a ocuparse sólo de él. Sí; se ocupaban sólo de mí entonces, con desdén, pero exclusivamente. Y así, en el límite, hallaban la sorpresa; porque al llegar a lo más profundo de mí descubrían otro cuerpo, inesperado y tal vez terrible. ¿Cómo explicarte el sentido de maravillosa realización que esto tenía para mí, Jazmín? Tenés que comprenderme. Nunca en otra circunstancia dos tetas —no importa de qué modo, no importa si son grandes, si son bellas, si lucen erguidas, no importa si invitan a la satisfacción o al desprecio, nada importa—, nunca dos tetas reveladas como tales tuvieron tanto poder, o eso creía yo, y aún me satisface. Lo mío era una infamia peor (y más desacostumbrada) que esa otra infamia tan boluda de encontrar una pija bajo las bragas de un travesti que algún tipo tomó por mina. Con esa imagen fantasean todos, y no es casual, y no me importa. Pero yo era la revelación de la diferencia donde sólo esperaban confirmarse a sí mismos, y desde allí hasta sus últimos momentos no podían entender, no les era posible imaginar una razón de este mundo que les permitiera saber qué estaban viviendo y en virtud de qué carajo vivían eso como el final y la muerte.

Pero allí no termina todo. No tuvimos concesiones para con ellos. Aún les habría sido posible huir de semejante prueba, por instinto o por casualidad. Pero en el momento de mayor asombro frente a mi cuerpo develado, la joven hermosa por la que el falso otro (yo) un segundo antes estaba entregándolo todo, la bella, la deseada, explotaba en una manifestación de extremo dominio de la violencia y los abatía limpiamente, como siempre, dando muestras de un extraño, legítimo y

perfecto conocimiento de las reglas. Allí quedaban, jadeando, boquiabiertos pero enmudecidos. Porque ya no les quedaba ningún recurso posible para expresar la última instancia de conmoción ante esta ceremonia sorprendente. En el final, la sublime mujer que –según se dice– los habría incitado a consumir sus actos, se despojaba por completo y en un instante de sus ropas, y yo podía ver en los ojos de los tipos un destello tremendo, la señal de una última herida excesiva que probablemente los quemara. Los quemaba. Las víctimas subían en mi imaginación al cielo, como el humo del sacrificio de sus propios cuerpos. Al calor de ese incienso imaginario yo, a pesar del dolor de mis heridas, me abrazaba y me fundía con la diosa, con el más maravilloso de los hombres, y tal vez ese abrazo y ese beso fueran la imagen final que se llevaban nuestros pobres de espíritu. Pero para describir o tan sólo concebir esa última imagen amorosa yo no tengo palabras, y si alguien las tiene se las ha llevado, y ya no se encuentra, obviamente, entre nosotros.

...

A menudo me lastimaban mal, pero es extraña la capacidad de recuperación que yo tenía ante aquellas lesiones. No me perturbaban; su dolor se diluía y sanaban casi de inmediato. Te puede parecer paradójico, dada mi situación, pero yo no me pregunto nada. Ya hemos hablado de las características de lo que duele, y por eso lo menciono. Porque había ocasiones en las que los agresores no completaban muy bien su trabajo; es decir, no me despojaban totalmente de mi disfraz, y mi imagen no se resolvía. Yo no me habría dado cuenta, pero comprendí que él lo notaba. En el abrazo final. A veces había una pequeña demora, él interrumpía un instante mis impulsos y terminaba de quitarme alguna prenda que aún podía estar cubriéndome las formas. No, no me desnudaba del todo, pero creo que no toleraba en mí ningún detalle masculino que se mantuviera en su lugar, intacto y desafectado. Alguna vez me dio bronca, sólo por el retraso; pero otras veces me afectó de verdad e hirió mi orgullo. Tal vez pueda comprenderlo como repugnancia al travestismo; yo misma lo agredí cuando él vistió mis ropas. Pero no es igual, porque yo jamás busqué nada *para*

mí en relación con mi propia imagen, y si la modificaba, siempre era para los otros. Estaba todo bien, por decirlo de algún modo, pero una vez más me veía cuestionada en mi legitimidad. Él me hacía sentir que mi parte en este juego era solamente *tolerada*, y con esfuerzo, y que debía desecharse de inmediato. Sí, me hacía sentir mal, muy mal, repulsiva y maloliente en tanto conservara para él — un hombre tan puro— algo de lo que yo usaba para los demás hombres. Esa sensación se instaló en mí, y me creció adentro, y la soporté todo lo que pude y todo el tiempo que me fue posible, hasta que me colmó. No tenía y no tengo muchos términos para definir esos pensamientos. Pero yo nunca me había considerado a mí misma como un agregado en lo que estábamos haciendo, ni como algo falso puesto como señuelo ante las presas. Yo hacía uso de una capacidad que me parecía, comparándola con su situación, al menos decorosa. No importa. No se trata de discutir a la distancia lo que él pensara, equivocado o no. Se trata de explicarte, como puedo, los componentes arbitrarios del espanto. En el espanto, yo aparezco vestida de hombre, sí, como tantas otras noches, pero adentro de mi casa y sin ningún motivo.

Me había irritado tanto esa sensación de ilegitimidad que una vez más me le acerqué al balcón disfrazada. Él no ocultó demasiado su desprecio, pero sólo creyó oportuno recordarme que esa noche no saldríamos. Le sonreí amablemente y me apoyé en la baranda dispuesta a mirar, junto a él, las luces de la ciudad. Fastidiado, se limitó a entrar. Entré yo. Entonces entendió. Nos enfurecimos, claro está, como en las buenas épocas; alimentamos las caldera entre los dos y eso podría haber sido, tiempo atrás, el preludio de una escena de pasión memorable. Sí, por supuesto que podría haber sido así. Sé que él no perdió nunca la calidad de su deseo; sé que en mí ponía todo lo mejor y lo peor, que deliraba de amor y me buscaba, y me encontraba, y nos sofocábamos y alimentábamos, y todo lo que suele decirse sobre estas relaciones. Y sé que yo moría por él, locamente o enternecida, y aún más en aquella época de dudas porque sentía que las dudas no estaban allí, que tal vez estuvieran sólo en mi fantasía, aunque no lo creo. Con la confianza de habernos entregado tantas veces a la furia lo hicimos de nuevo, y si se había infiltrado algún componente imprevisible, no nos dimos cuenta. Fue muy terrible. Pero no abandoné la lucha.

Huir por un momento también era parte de ella. Antes, me las ingeníé para romperle todo lo que pude. De allí tantos fragmentos que apenas si reconozco en esta caja. Te hablé al principio de aquellas notas y detalles tan preciados que él tenía, versiones garabateadas de esa otra versión previa de sí mismo, que había dejado olvidadas por un tiempo. Te hablé de la destrucción. También te hablé de su tristeza. Tal vez te haya mentido. No lo sé. No puedo concebir aquel momento como un pleno arrebató, aunque lo haya sido. Quizás la tristeza fuera mía entonces, o la tristeza sea mía ahora, pero bueno, hemos hecho tantas cosas que no sería imposible que todo se haya mezclado y que hayamos tenido tanta furia como desconsuelo, y odio y deseo, y amor y desprecio, y euforia y dolor, y hasta cierto alivio y mucho desgarró.

Cuando en la escena se destrozaron muebles, y hubo fragmentos filosos por el piso, y oscuridad en todo el living y desconcierto, opté por huir y salí corriendo por el palier hacia la calle; aún allí pensé que podía seguirme, aún allí vestida de hombre, y ¿quién me iba a detener, Jazmín? ¿Quién? Me había conmocionado mucho. Era muy potente su última imagen. Yo corría. Ni yo misma habría reconocido, en aquellas piernas veloces, estas piernas mías. Era tan rápida... Y él, ¿cómo me iba a alcanzar? Él ni siquiera había salido. Tengo sin embargo en la memoria su imagen en mi nuca. Tan precisa como la imagen misma de mi cuerpo, tal como era entonces, una imagen que lo conserva cerca de mí, la imagen de mí misma con aquel cuerpo mío así, para él, a su alcance. Pero yo corría, con mis largas piernas extendidas. Huyendo, pero de un modo rítmico y entregado, y con él en mi nuca, y estas piernas compitiendo con las tuyas, que eran tanto más gruesas y más fuertes y mucho menos ligeras, y en eso yo no había pensado hasta el momento. Bueno. Si ahora me detengo en mis piernas es porque creo haberlas tenido siempre dispuestas para él, desde aquella vez que corrí por la carretera de las putas para darle abrigo, y aún antes también, para que las tocara y para darle apoyo. Pero, ¿dónde podría hallar mi imaginación alguna cosa de mí que no le correspondiera? No en aquella imagen de fantasma a mis espaldas. Tal vez en alguna ocasión perdida, sentada yo en el borde de la bañera, cruzando las mismas piernas por debajo de la bata que se corre. Una

mano mía sobre ellas, arriba y abajo, viéndolas hermosas, claro, y sin embargo... ya pienso una vez más en qué pensaría él cuando las veía así, y aquí me invade de nuevo, y entonces vuelvo a esa noche y corro, ¿y quién me va a detener, Jazmín del Cielo? Lo pregunto con tristeza, todavía queriendo que me alcance. Pero soy en mi recuerdo como una gacela. Lo tengo siempre detrás. Y nunca me alcanza; sus piernas anchas no corren como corro yo, y al final me detengo, y luego emprendo un regreso y no sé lo que me espera. Pero digo ahora que haber corrido es un recuerdo feliz, y vos y yo sabemos bien por qué.

Regreso

Han pasado unas horas. Camino algo encorvada, tal vez por el cansancio y también por la costumbre de mis ropas masculinas. Es hermosa la luna cuando llega y cuando se marcha. Estaba enorme en pleno cielo, baja y cercana. Yo venía por la calle lateral, muy vacía y silenciosa, y habría silbado y tarareado una canción para acompañar mis pasos. Pero me quedé callada. Alguien estaba a mitad de cuadra, detenido. Me acerqué sin darle demasiada importancia hasta que me di cuenta de que estaba fijo, demasiado estático, y miraba para arriba. Me detuve muy cerca, junto a él, y también miré. Allí estaba la luna y sobre ella estaba el balcón, y en el balcón había una figura, y en el silencio comprendí qué era lo que estábamos mirando. Dos personas desconocidas creen ver a un tiempo la misma imagen, y yo creo además —equivocada— que teníamos distintas razones para permanecer estáticos y contemplarla. Sobre el balcón estaba él, posado; y sí, era un dios cercano mimado por la luna, de pie en el peldaño más bajo del cielo, observando al mundo. Imaginé inocentemente qué vería él con aquellos ojos altos: secretos que los demás sentíamos guardados, y multitud de pequeñas acciones y pequeños gestos que nos son del todo naturales, pero que se tornan desaforados y sin sentido vistos desde allí, tal como nosotros consideramos imposible la razón de unas hormigas perturbadas cuando rompen fila y crece el desconcierto. Yo estaba, en cambio, ante una visión completa de mi hombre, ahora entero, ahora tan lejano, y hubiera deseado quedarme ahí y conservarlo todo como estaba, distanciados, separados, cada cual en su

respectivo orden. Pero nada es así, Jazmín; estamos confundidos en la mezcla. El balcón era mío, yo estaba en su historia, mi propia imagen estaba intercambiada y además había alguien, y lo que ese alguien veía tenía tanto sentido como todo lo otro, y también nos pertenecía.

Era un hombre. Yo no lo miré demasiado. Él tampoco a mí; yo apenas le interesaba. Sólo resopló un poco cuando entendió que tenía compañía, y creo que le vino bien. Sintió esa satisfacción tan repetida, tan burda — “mirá qué mina”— en la que los hombres se reconocen. Pero no dijo casi nada. No quería comunicarme la imagen que estaba contemplando porque la consideraba compartida. Quería sencillamente confirmarla conmigo; yo también era un tipo en mi disfraz, y eso que estábamos viendo era demasiado. Sólo dijo: “No puede ser...”, y guardó silencio. Sentí una punzada de frío en la columna. Sentí dolor. Sentí odio. Soporté, gracias al odio, aquel dolor intenso. Dibujé una imagen precisa en mi cabeza, una imagen en la que yo le trasladaba al tipo mi dolor y se lo clavaba. Imaginé detalladamente su cintura, todo alrededor hasta su espalda, y el preciso lugar donde le infringía el tormento. Era un lugar feo, un lugar horrible en el cuerpo de ese tipo, absolutamente desagradable. También era un alivio. Pensé que podía tener algo en mis bolsillos con qué hacerlo, pero estaban vacíos. Apreté los puños. Hice un esfuerzo más por definir ese pedazo de grasa espantosa que se desbordaba sobre su cinturón hasta que, con un espasmo, di un paso y cerré los ojos y los dientes, y me alejé de él. Extraña ocasión, me digo ahora, porque fue también como salvarle la vida. No lo sé. Lo habría hecho, lo habría herido. Pero aquélla no era una noche de fiesta sino de espanto, y así volví a mi casa, donde me estaban esperando.

Me demoré antes de entrar. Me demoré mucho. Habría pasado más de una hora desde que salí; no recuerdo nada. Sí recuerdo que dominé mi dolor, que al entrar ya estaba aliviada, y que recibí lo que él tenía para darme con total pasividad.

Fue veloz como un relámpago. Me tironeó del tapado y me llevó al centro de la escena, al espacio abierto en la desolación del living. Mi tapado cayó al piso pero yo quedé en pie, casi flotando, y me sentí liviana; y del segundo previo al acto no tengo un mal recuerdo, y hasta creo que estuve bien. Me hirió con algo frío y afilado, posiblemente un cuchillo. Lo sentí clavarse en el punto exacto, sin error, en mi cintura —en la parte de atrás, la más rígida—, y me resigné a desplomarme. Caí como una dama, delicada y sobria, y muy consciente. No me alarmó el espantoso dolor; no me alarmaron la rigidez ni la pena. Estaba, creo, acostumbrada. Sí me alarmé un poco por él, por su futuro. Ya no tenía un abrigo tan al alcance para correr a protegerlo; bueno, tal vez ya no lo necesitara. Tampoco sería tan sencillo ahora correr, aunque más no fuera hasta la puerta, para pedirle que se abrigara. Pero igual me preocupé. Algo podría pasarle, cualquier cosa, y yo no estaría allí a su lado. Está bien. Tarde o temprano llegan dolores y sobrevienen pérdidas a las que hay que resignarse. Tal vez sea necesario estar más preparadas. Que valga como un consejo, Jazmín, o una advertencia. De mi herida manó sangre en abundancia y se desparramó por el piso; y aún ahora, si se mira con cuidado, la sangre está allí, ahí cerquita, con nosotras. No mires, quedate conmigo. Hablar de esto... no, no me conmueve tanto. Sólo que me da un poco de frío en las piernas, pobrecitas, y qué le voy a hacer. Ayúdame a taparlas. Les tengo afecto. ¿Te molesta que hable así? No, pero dejame decírtelo. A veces tengo esos sueños tan comunes, esos en los que una va por ahí y se cae de repente en un pozo, esos en los que te sacudís con un pataleo brusco y te despertás de golpe, y sonreís. Yo también sonrío, con gratitud. Porque por un instante conservo la sensación del movimiento de mis piernas que ahora, como tantos otros movimientos, habita solamente en el mundo de los sueños. Y es curioso hablar de un “despertar” en este punto de la historia. Aquella vez, con la herida abierta, terminé por desvanecerme. Pero no del todo. Recuerdo que él aún estaba allí, y que había recogido algunas cosas sueltas, y que tal vez se despedía por un tiempo, cuando me sacudí. Lo miré. Estaba de espaldas saliendo por el palier. Me estremecí. Creí por un segundo que al fin me había vuelto loca, porque me pareció en el último instante que estaba viendo *yo también* el destello de sus cabellos *de mujer* iluminando el pasillo, y

me pareció que su figura se transformaba ante mis ojos y se hacía femenina e increíblemente bella. Pero comprendí que no. Hice un esfuerzo por despejar la mirada, justo cuando él desaparecía, y entendí la razón —a esta altura novedosa y contundente— de lo que creí haber visto: un rayo de sol traspasaba de punta a punta el corredor antes oscuro.

Había amanecido.

SEGUNDA PARTE

DEL DÍA

Cuando llega el aire de septiembre me encanta respirarlo todo, Jazmín, y sentir en mí misma ese maravilloso cambio del mundo. Es también como tu aroma; cuando vos te me acercás, a veces, yo siento un anuncio de la primavera. El clima cambia por el aire más que por ninguna otra cosa; es así la naturaleza. Aires grandes, o pequeños; primero nos envuelven ellos y después se despliega lo que vemos. Yo me emociono primorosamente ante cada nueva renovación; me emociono bajo la luz del sol y en el aire tibio, y así, hasta las mismas lágrimas suelen ser alegres y fragantes. Me lleno de reminiscencias y también de anhelos, y todos ellos son como brotes nuevos, felices e inocentes. Me llega una y otra vez la misma evocación plena y colorida del principio de todas las cosas. Es un cielo cubierto de naranja por un toldo. Una evocación de la escuela, en la que teníamos un patio que, en la perspectiva de mi tamaño de entonces, evocaba a su vez al mundo entero. Un patio a cielo abierto; se accedía a él cruzando un gran comedor, sombrío, sonoro, lleno de ecos y de baldosas dispuestas en damero. Al final del salón había un ventanal, y al lado una puerta. El ventanal resplandecía, un poco demasiado, y yo no miraba a través de él directamente, pero sabía. Y al acercarme al patio desde el interior –que aún conservaba la humedad de antes y la quietud– me daba por correr, llegar a la puerta en un segundo y allí detenerme a contemplar, y ver. ¿Y qué veía? Septiembre desplegado. El cielo intenso y las nubes brillantes. El sol a pleno, las medias blancas, los guardapolvos. Un cantero a mi derecha, como un calentador natural irradiando olor a tierra, los sonidos de todas nuestras voces, la soga que golpea

clap y clap y clap y las nenas saltando. Y sobre todas las cosas, el aire cálido e inmenso que llega desde más allá, que viene excediendo infinitamente la dimensión del patio, del mundo entero, y que está ante mí; y yo me quedo de pie en el umbral con una sonrisa que me despeja la cara. Me lleno entera de aire, y sé tempranamente que nunca voy a olvidarlo, y compruebo eso una y otra vez a lo largo de la vida, estación tras estación, año tras año.

Después, las maestras nos cubren de naranja. Las maestras son sabias. Son probablemente viejas, o tal vez tan sólo grandes, y muy amables. Son todas mujeres, y yo lo doy por sentado y pienso que siempre fue así y que no hay otra forma. Son todas “señoritas”, así como ellas mismas —y la costumbre— nos enseñaron a llamarlas. Un par de ellas tiene hijos chicos; otras tienen hijos grandes. Supe más tarde de una que no tuvo ninguno. Lo supe luego; no se había casado. Vivió toda su vida con una única hermana, las dos dedicadas a cuidar a su madre. Siempre tuvo canas esa señorita, desde que yo era pequeña, y unos ojos celestes muy claros y también muy serios, y nos inspiraba un miedo tremendo a todos al pasar a su grado; pero al final, es a ella a la que más recuerdo. Supe también que, ya cansada y a través de tantos años del mismo cuidado, un día murió su madre. Murió tarde, habré pensado; pobre señorita. Me dijeron que después ella viajó. Y quise saber más. Hizo muchos viajes. ¿Qué habrá visto en ellos? Quién sabe. Yo veo sus ojos azules bajo las canas, pero no sé qué es lo que verá ella. La veo también acercarse a las sogas del toldo, cuando aún permanezco de pequeña en el umbral del patio. Ella sonríe dulcemente, como pocas veces, y desata la primera soga —la primera de una larga hilera de sogas y maestras— para correr el toldo. Entonces la gran tela naranja se desenvuelve ante mis ojos y empieza a cubrir el patio, y suena, y retumba, y hace que el aire sea más cálido aún; y la sombra que extiende es fosforescente y viva, y por un momento extingue los ruidos de los juegos. Es una señal muy bella para mí. Yo, de un salto, bajo al patio y me mezclo entre las medias, y allí extendemos otro elástico, y saltamos otra soga, y no pensamos que los juegos puedan terminar alguna vez. De hecho, no han terminado. Ni yo misma, aún en esta silla, termino el juego. Tal vez muy pocas cosas se den en plenitud, y probablemente la mayoría de ellas están allá en la infancia. Pero yo creo que este

aire me las acerca; lo que *fue* alguna vez plenamente, aún es, cuando lo evoco, y seguirá siendo mientras te lo cuente.

Jazmín. A plena luz el mundo ha cambiado, y yo también he cambiado. Me gusta el movimiento de la gente y de las cosas. Disfruté muchísimo de poder volver al aire libre, de verdad, muchísimo. Las recomendaciones de los doctores estuvieron un poco de más, pero las recibí con simpatía. Eran sinceros, y tenían con cierta lógica que yo me deprimiera, que sintiera rechazo de mí misma, que me condenara o me consumiera el rencor. Pero eran gente buena, demasiado acostumbrados a esa profesión en la cual lo más difícil no siempre es curar sino hablar. Yo los alivié, les iluminé un poco el rostro y también el ánimo, y así uno de ellos llegó a abrazarme en nuestra despedida, y a tratarme con mucho afecto y mucha ternura. Creo que me quiso agradecer algo; yo, por mi parte, le di un beso espléndido y lo hice feliz. Era un joven residente lleno de encanto; cuando lo besé, lo retuve un instante junto a mis labios y le dije: "Si volvemos a vernos cuidate de mí, precioso. O estate preparado". Y nos reímos los dos. Se puso colorado en un segundo, todo rojo y caliente, y yo le hice ojitos perversos y después le extendí mi mano, como una lady coqueta y radiante, y así me dejé llevar en mi silla y así nos separamos para siempre. Me gusta decirlo así, "para siempre". No implica nada más que aquello de todos los días: buscar la compañía de los hombres, también en lo que podría haber sido. Aunque no fuera. Nada más.

Y ahora, a rodar.

La ciudad es ruidosa y abierta, y a veces la gente cree que la ciudad está preocupada. Pero las ocupaciones que tiene en verdad están ocultas, o bien disimuladas, y lo que una ve cuando se deja llevar es muy distinto a lo que ve cuando avanza, cuando camina, cuando cree llevar un objetivo apresurado. Yo no tenía ninguno, y ninguna prisa además. Rodaba por entonces despacito, por las calles, por los paseos, por los espacios abiertos; y me deleitaba. Me gustaban sobre todo las veredas lisas, las que no me producían traqueteos en las ruedas, y

por ellas iba sonriente y despreocupada; me sentía deslizar y las cosas iban apareciendo ante mis ojos lindas, florecientes y perfumadas. Yo miraba todo y veía mucho, personas de todas las edades, coches, plazas, vida, ebullición y movimiento. El género humano es muy curioso visto sobre ruedas, cuando casi no participás de nada. Yo no puedo decirte que sintiera amor, no. Tampoco podría asegurarte que permanecer entre la gente fuera deseable; pero yo estaba “entre” la gente casi como de visita, recorriendo su parque por caminos señalados, sin participar en la vida interna de su ecosistema. No quería perturbar a nadie sino tan sólo disfrutar del espectáculo que se me ofrecía. Y el espectáculo era brillante, y móvil.

El mundo humano se divide en dos géneros y tres edades, como todos sabemos. Las más bonitas son las mujeres, los más fuertes son los hombres, los más tiernos son los niños y los más molestos son los viejos. Con esas nociones básicas podés interpretar todas las figuras. Yo las recorrí a plena luz y, empezando por las chicas, las vi sacudirse y andar en grupos, pequeños, uniformados. Las vi también contagiarse las reacciones y mirar para el mismo lado, reunirse a coro alrededor de un teléfono, gritar en el patio del shopping y comprarse ropa de a dos; las vi lucirse y reír, las vi probar qué pasaba con ellas mismas a la luz del sol y frente a todas las miradas; y también las vi olvidarse, las vi intentar confusamente otra cosa, las vi dedicarse con timidez a alguna actividad privada, pero no, no pude verlas con todo el detalle necesario porque yo misma, fascinada por el juego de colores y sabores y aromas y carpetas y viseras, volví mis ojos a la mejor subespecie, a su variedad más destacada: a las chicas promotoras que florecen en las esquinas; y me enamoré de ellas y no quise detenerme ya en ningún otro ejemplar. Nunca me quedé mucho tiempo cerca de ellas, ni siquiera un breve minuto, porque entiendo bien la solidaridad y los riesgos a los que te expone semejante trabajo, y aunque no pudieran imaginarlo yo sabía tanto o más que ellas mismas cómo se produce una vida, materialmente, con la propia imagen; yo sabía cuánta verdad hay en eso, y cuánto compromiso. Una vez, sin embargo, una promotora me dirigió la palabra y me ofreció divinamente un..., bueno; un servicio de urgencias médicas. Pero también se sonrojó ante mi sonrisa y ante mi agradecimiento, y yo me atreví a

tomarla de la mano y a decirle que tenía unos ojos encantadores. Al día siguiente le llevé de regalo una base *Rubinstein*, libre de aceite, especial para su cutis, pero ella no me entendió. Le tuve que inventar una historia y decir que estaba trabajando en venta directa; la invité a una reunión de demostraciones, entonces quedó satisfecha, me prometió venir y al final conseguí que se quedara con la cajita. Es todo. En lo sucesivo traté de no volver a inmiscuirme, digamos, en la vida de las chicas bonitas, porque tengo esa tendencia a la pasión que a menudo se puede tomar a mal.

A los niños, en cambio, me pude acercar un poco más, y sobre todo a aquellos no tan vigilados por sus mamis. Se entretenían por lo menos un rato con los rayos de mis ruedas, y hasta hubo quienes quisieron subirse sobre mí para dar una vueltita. Comprendo que era peligroso, no te creas. Imaginate si volcábamos y nos dábamos un palo, o si se enganchaban el piecito en un engranaje, como aquel chico de tres años que un verano, yendo descalzo en la parte de atrás de la bici del amigo, metió el dedo gordo en el piñón... Las mamis tenían razón, “no molestes a la señora, a la chica, bueno, no molestes. Vamos”.

Con los viejos, en cambio, me gustó más que nada competir, y no siempre salí ganando... ¿Quién pasa primero por aquella puerta? ¿Quién? ¿Me ceden su lugar en una cola, sí o no? Ja, ja. Yo sólo quería molestar, a ver qué; y creo que logré ponerlos en más dificultades aún de las que tenían. Me pareció que era un punto crítico ése de competir por los derechos que te otorga la exclusión, y los argumentos te pueden sonar de lo más patéticos cuando aún no te acostumbraste, cuando aún no cruzaste la barrera. Pero parece que llega un momento, si durás lo suficiente como para crecer tanto, en que cierta lógica se invierte y vivís el final de tu vida patitas para arriba sintiéndote la encarnación del componente contradictorio necesario para que *lo otro* sea, una especie de agujero negro, una masa con la energía gravitacional tan potente que se vuelve sobre sí misma y se va al carajo. Las viejas (supongo que para poder soportar una presencia como la mía) me hablaban —querida esto, querida lo otro, a vos te parece, nena, mirá qué cosa—, y estaba bien. Pero una vez una de ellas hizo silencio, me miró fijo y luego me echó todo un discurso. Empezó por decirme que

ya no le importaba nada, nada excepto su nieta. “A mí, nena, lo único que me importa es mi nieta —me dijo— pero mi nuera me prohibió verla. Así, como lo oís. Yo soy muy creyente, y tengo un altar en casa y le rezo a Jesús y le digo que a mí no me importa absolutamente nada, pero que no me quite a mi nieta, que no me quite a mi nieta, ¡que no me quite a mi nieta! Así le digo a Jesús. ¿A vos te parece? Mi hijo es un buen muchacho, pero mi nuera me echó de su casa porque yo hablaba siempre de enfermedades. Y ahora no me deja verla. ¿Yo qué voy a hacer? ¿Me oís? Decime”.

Pero esperó en vano; yo sólo moví la cabeza.

“A un doctor le conté que escucho ruidos en casa cuando me voy a dormir. Oigo ruidos. El doctor me mira y me dice: Señora, ¿usted tiene miedo? ¿A qué le tiene miedo, señora? Y yo le digo: Yo no tengo miedo. No tengo más miedo”. La vieja hizo después una pausa teatral y amagó irse, esperando que yo la detuviera. No la detuve. Entonces se dio vuelta, me clavó los ojos, y me agarró del brazo: “¿A la muerte le voy a tener miedo, doctor? Ay, doctor. ¿A mí *qué me importa* la muerte? Yo me quiero morir dentro de dos años; dos años y ya está. Así le dije. Tomá”. Y asintió firmemente con la mandíbula.

En fin.

Parecía satisfecha y realizada. Me dio la sensación de que eso había sido destilado del conjunto de su vida, y no me sorprendió que estuviera viva, porque aún conservaba sus dos anhelos más preciados: tener a alguien consigo y significar algo. Supongo que de haber vuelto a ver a esa señora, habría oído lo mismo. Pero no la vi más.

Vi, en cambio, el modo en que se pone en marcha esa acción, el modo en que la gente intenta fomentar sus vínculos y fijarlos con signos claros ante la otra gente, igualándose, prometiéndose, amándose y respetándose por el resto de sus vidas. Digamos que los vi de la mano, los vi del brazo, los vi del hombro y del cuello, sosteniéndose. Los vi llevarse unos a otros de aquí para allá, y a veces detenerse y a veces continuar; pero jamás los vi dudar, no ante la otra gente. No

los vi mezclados, los vi emparentados. Tampoco pude verlos separarse sin comprometerse, tocar sin ser tocados, deslizarse sin ripio. Sólo los he visto cascajear, entre escombritos, y hacer ruido, y caminar. Los he mirado con deleite y *sin* amor; los registré con asombro, y nunca los compadecí, ni aún cuando se miraron entre ellos limpiamente y muy de cerca, ni siquiera entonces, cuando se abrazaron para un beso, ni aún así sentí tristeza por ellos, porque brilla el sol, Jazmín, y bajo el sol los veo moverse y todo lo que se mueve termina por alegrarme. Pero lo más hermoso está detenido, y sin embargo no es triste; tan sólo es brillante y necesario y tal vez secreto, a pesar de la multitud. Lo hermoso aparece en medio de ella, cuando la multitud misma se abre indiferente a grandes pasos, y eso hermoso tiene la forma de un cartel de acrílico y papel afiche; la forma de una publicidad de revista de modas.

Entre las curiosidades azarosas de las lenguas hay una que hace que un pronombre femenino del francés suene “e/” —su contrario— en nuestro idioma. Las estrategias de mercado llaman *elle* a una revista de mujeres. Pero el rasgo distintivo de nuestra historia hace que sea Él, secretamente, la imagen de la gráfica, su foto de tapa, y que esté ahí, bajo el sol, y que yo lo vea. El fondo fuera de foco parece un exterior de cielo, y la expresión de su cara es enigmática y profunda, pero verlo a él en la foto es tan extraño y a la vez tan claro, y pienso en muchas otras cosas. Hago además algo muy poco habitual, y eso es lo que te digo: que me deslizo sobre ruedas hasta la superficie traslúcida, que no está alta, y me quedo junto a su imagen, muy cerca —y ella tan grande—, y al mirarla desde ahí puedo ver los gránulos combinados, y cada pixel de información cromática que la imprime, y lo veo separado de mí por una lámina transparente, y me apoyo en su acrílico y éste, a diferencia del vidrio de los cuadros, llega a hervir bajo el calor del sol, y yo lo toco. Sentí, Jazmín, que la intención de esa foto fue brindar una ilusión a las consumidoras, una evidencia de lo perfecto y lo deseable en proyección, un soporte del desplazamiento del deseo en el mercado, en sus comunicaciones integradas; nadie podía esperar menos de aquella campaña. Sentí que estaba bien; estaba bien que todo a su alrededor pasara junto a ella con la velocidad necesaria y la hiciera parte del *clip* de la ciudad, que la mostrara sólo un instante en una ventanilla, unos segundos al cruzar la calle,

en combinación de realidad y de oferta de la imagen. Pero para mí estaba detenida. Y yo, detenida junto a ella. Y tan próxima. Me había estremecido al verlo a la distancia; ahora me conmovía. Me pareció que había errores en la imagen, errores que nadie se merece, o bien errores que ni él ni yo deberíamos dejar pasar. Yo he ganado experiencia en reparar ese tipo de fallas y, contando con una ampliación semejante, no tuve la menor duda; aún sin llevar el humectante en mi cartera —porque entonces no tomaba aún ese tipo de precauciones—, me costó poco y nada encontrar el tono exacto de la base. Sin ninguna prueba previa, extendí la crema sobre la piel granulada. Luego, las líneas bajo los ojos; y sus cejas, que nunca fueron un problema; y al final el *rouge* oscuro, profundo para el día e inquietante, sin ningún riesgo sobre labios agrietados.

Pero hacía demasiado calor para nosotros, y temí que algo se derritiera, o se me quebrara el lápiz o se hiciera pasta. Al final me manché los dedos. Los ojos se me irritaron por el brillo y la atención; me ardieron y solté unas lágrimas. Y todo fue para peor, porque instintivamente me los froté y me ardieron más, y seguro me quedaron rojos y patéticos, enchastrados de rouge y desubicados. Así dolida me dejé llevar atrás y lejos (tal vez haya gritado), y mientras rodaba en retroceso y me separaba de él tuve una sensación desconcertante. Distorsionada por mi llanto, mi parpadeo y mi irritación, su imagen mutó. A los dos metros aún me estaba mirando, impasible, claramente discernida tras el acrílico y las manchas; tres metros más allá, fondo y superficie se combinaron y se hicieron un horror de poca correspondencia en sus formas, un derrame de maquillajes que parecía construir, él solo, un rostro terrible y único. Pero más lejos aún, en la extrema distancia, la virtud de la vía pública ya lo curaba todo y volvía a quedar simplemente —intención de venta a salvo— la imagen de una figura atractiva algo opacada por la suciedad de la calle, y el nombre clarísimo por sobre todas las cosas, el nombre fijo en caracteres firmes. “Elle”, como un espejo, *el / le*, que define, señala, sugiere, invita, comprueba y me hace amar, me hace desear e incluso comprar esta revista. Aquí, Jazmín, en esta caja. También está. La revista, varias veces vista, tantas veces; nosotras juntas.

Hermosa, ¿verdad? No digas nada, me lo imagino. Si él no fuera hermosa, no tendría este privilegio. Más de una vez, una y otra, muchas veces he pedido que me lo describieran —oye, ven, mira, dime qué ves en esta foto, cuéntame—. Oh. He mendigado esas palabras que tantas veces fueron diferentes y otras tantas no. He salido a pedir que me hablaran sobre lo que veían; pero no hay caso, Jazmín, la gente habla de sí misma. Yo también. Recuerdo una serie de ojos de lástima; la mayoría de los hombres no pudo entender qué era lo que les estaba pidiendo. Ellos decían “la tapa de la revista, hay una chica; yo ya la había visto a ésta, es muy linda, linda, sí... linda”, tilt. “No te puedo ayudar”. Nada más allá de un reconocimiento. Misterioso reconocimiento. Pero también hablaban de sí mismos. Puede que los hombres ejerzan cierto dominio en el reino humano y aún así no resulten los ejemplares más interesantes. Del resto de la especie, en cambio, obtuve otras respuestas. De chicos solidarios, de mujeres piadosas, de profesionales de la estética y de muchachas pequeñas (y bonitas). Me hablaron todos de la boca oscura y entreabierta que lucía ese delineado perfecto. Veían por el hueco dos hermosos dientes blancos. Me hablaron también del cabello, dorado tal vez, y envolvente, y de una leve brisa que recuerdo que lo hacía flotar con particular magia, con particular encanto. Dijeron que la luz habría sido seguramente trucada, que el fotógrafo se habría decidido por la saturación y por el juego de contrastes porque aquello no era posible, porque nadie cuenta con un cutis semejante. Pero dijeron también que la modelo había contribuido, sin duda, porque igual hay que tener ángulos perfectos para que una sombra te ayude, y te dibuje esa forma, y ese pómulos en ocre y esa maravillosa penumbra alrededor de los párpados. Seguramente... un encanto de nariz; nadie puede tener nada en contra de una chica como ésa. ...Nos encanta que sea tapa de revista, qué otra cosa podría ser. Divina. Los ojos. En tono poético, hasta parecieran de metal. Porque no son el mar, ni son el cielo; tiene algo *hard* en la mirada —a pleno sol, en pleno día— y a quién no le fascinaría tener una onda así, toda la onda. ...¿la conocés; es amiga tuya? Decile que es re-diosa... Pero obtener más de las respuestas no era fácil. Tal vez yo haya sido indiferente a las confusiones, y también insaciable, y pedí más, y más y más, y no tuve ninguna justa medida.

Cambié de sitios, cambié de sistemas. Reconozco haber ofrecido una imagen de sumiso patetismo al circular, mi vista en alto y la revista extendida, demandando un poco de atención, un minutito de su tiempo, unas pocas palabras, una ayudita por favor. Un niño demasiado suave (y muy chiquito) señaló la foto con el dedo y dijo “mami”. Y una nena preciosa, con bucles oscuros y ojazos negros, terminó por señalarme a mí. A ella le tomé la mano. Con ella nos quedamos un rato largo aferradas, aunque no entendiera. La señora que la estaba cuidando se emocionó, si bien es cierto que no hizo mucho más, nos miró a las dos y soltó unas lágrimas, y trató de disculparse; pero yo sacudí mi cabeza suplicante, porque había vuelto a ser tocada, y ya no pregunté más, ya no pedí nada, excepto otra vez única, solamente: la vez que le pedí a él mismo que describiera su imagen; pero en esa ocasión sonreímos los dos.

Sí, claro. Tuve muchos días felices en mi vida. Todo el mundo los tiene; sobre todo en el pasado. Volvimos a estar juntos, él y yo; ¿te sorprende? Sí. Ocurrió tiempo después; todavía no llego a esa parte. Pero no puedo hablar de mí sin traerlo; me he dejado ganar de tal modo por las delicias de la relación, en la que siempre está él, que tanto al principio como al final termino por concebirme según mi posición respecto de la suya; aún no me he podido quitar.

Todo está bien; ya arribaremos a nuestro reencuentro. Pero en esta ocasión que te adelanto, cuando yo le pregunté por la foto, le agregamos a nuestro vínculo otra coincidencia feliz; por eso te digo que sonreímos los dos. Estaba encantador aquella tarde. Llevaba un traje sastre a cuadros con un cinturón por fuera que le ceñía el talle, y se daba un toque exquisito con esa cadena plana *Ralph Lauren*, dorada, prendida a la solapa por una argolla que se le metía en el bolsillo del pecho. Recuerdo la cadena por los destellos brillantes, brillantes como sus ojos, sus dientes y su pelo peinado con gel. No cruzaba las piernas en la silla —su vieja silla— ni apoyaba la espalda; estaba abierto, los codos sobre las rodillas, todo el torso hacia adelante, la luz de frente, cerca mío, escuchándome. Yo le contaba una historia rara que había leído en un diario, una de tantas, cruzada con esa otra del espejito-espejito (porque me pareció que tenía una pizca

de cada cosa: envidia, belleza y fantasía). Sí. Una crónica extraña de alguien que desaparece y sin embargo su lugar no puede ser ocupado. Espejito-espejito. Hice una pausa, saqué la tapa de la Revista y se la expuse. Él cerró los ojos, encandilados un instante por el reflejo de la cartulina ilustrada, y luego la tomó entre sus manos. Me pareció que le agradaba como si fuese un reencuentro —eso que nos sorprende y nos conmueve de las fotografías olvidadas—. Agregó una frase y un suspiro: "...mirá...", y luego habló de él, sin que yo se lo pidiera, y me dijo lo que allí veía, y yo cada vez más cerca; una foto bella, de las primeras, donde había quedado registrada su sorpresa de empezar a poder, de lucir. Su mirada aún fría, aún incrédula, con más intención de ver que de ser vista; y aquel *touch* de ironía en la boca, que le hacía recordar ahora lo que estaba pensando aquella vez. Yo me deslicé hasta él. Habló también del desconcierto, tan común frente a la propia imagen (mirá la cara que tengo), pero bueno, éste de la foto era él claramente, y hasta parecía convocar para nosotros aquel día celeste en exteriores, y hasta parecía exhalar el mismo vaho de su loción. Brillante el hombre de la imagen y más brillante aún el hombre de la cadena y su sonrisa conmigo, y yo encantada. Son lindos momentos; momentos en los que nos miramos para atrás y atrás nos estamos viendo en caja, más atrás aún, cuando la experiencia de las diferencias estimula el reconocimiento y una cree que pierde y que también perdura. Pero él estaba conmigo, Jazmín, bajo el solcito de la ventana, tan reposado y yo contra su espalda. Me arrullo y me consuelo en estas cosas, florcita; y me olvido de que vos te habías sorprendido. Sí, él estaba ahí, donde te digo, y no era la primera vez que volvíamos a estar juntos.

No busqué su compañía como algo perdido; no tuve ni siquiera la intención, te lo recuerdo. Tampoco la necesidad. Mi hogar no es un lugar cerrado, aunque resulte menos atractivo que el ancho mundo que lo circunda. Yo salí al mundo con mis ruedas, y vi todas esas cosas; así también me deslicé por aquí adentro, pero pensando quizá que no habría mucho para hacer. Tras los muros la vida bulle, y tras los muros creí encontrar algo para preguntarle a la gente. Aquí adentro, en cambio, no hice casi nada. Alguien habrá limpiado las manchas del piso en mi ausencia, y habrá reparado los destrozos; todo parecía en orden y

tenuemente iluminado cuando me permitieron regresar, y no tuve más que abrir de un golpe las cortinas para que se disipara la última humedad. Las plantas del balcón florecieron, y el ambiente lució renovado. Algún día de lluvia, después, me ganó el aburrimiento y recurrí a esta caja. La forré con este papel tan bonito y me sentí muy complacida, porque hace falta tanto destreza como buen gusto. ¿Ves? Tiene franjas multicolores, pero estas motas las hice yo con un pincel, iguales a las que hay en el cabecero del dormitorio, que también recibió mis afectos de *bricolage* casero. Decía la publicación de *Deco* que “renovarse es soñar”, en alusión al arreglo del respaldo de la cama, pero yo extendí la idea un poco más allá y también pude adornar con la caja, según me viniera en gana, otros lugares (como aquel sector de la puerta reciclada donde, si te fijás bien, hice un juego de combinación en papel corrugado y cartón *passepapier*). Al final quedó todo precioso. Siempre fui muy aficionada a los tonos pastel, que al mismo tiempo me parecen cálidos y frescos. Pero supongo que el problema de este tipo de decoración es que no toda la gente que entra en tu ambiente “hace juego” y queda bien; el tono es como la conjunción de *look* y estado de ánimo, y algunas presencias no encajan. Sin embargo esta regla no se aplica a él, o tal vez yo la deduje simplemente de su presencia. ¿Habré hecho bien? Un día cualquiera alguien regresa a tu vida, y vos, ¿qué pensás? Que es natural. Que debía ser así. Que es demasiado sorprendente. Que no estás preparada. Que lo estuviste esperando. Que lo olvidaste. Y ése no es el punto. El punto... ¿no será el temor que tuve de mí misma? Yo no quisiera explicártelo así, pero me sentí de pronto avergonzada, avergonzada de mí y de mis cosas. Es que me pareció al verlo regresar que yo misma y todo el entorno—tal como era, incluso la hora, el día, y mis propios sentimientos—, todo había sido previsto para que él reapareciera. Yo no tenía una mesa puesta a la luz de las velas, ni su vino preferido, ni estrenaba mi vestido nuevo, ni me acompañaba con música y sahumerios; sin embargo, se hacía evidente una intención que yo habría jurado no tener. No. Por eso respiré profundo y me estremecí de miedo, porque pensé que de ser así, todo pasaba a depender exclusivamente de su aprobación; y casi no quise mirarlo, no quise que me ganara esa ansiedad, esa expresión de expectativa que yo sinceramente no...

Pero él es mucho más que un buen muchacho.

Hace falta haber sido insegura, o hace falta comprender la debilidad, la debilidad íntima que no se resuelve, para tener idea de lo que él me habría podido hacer y no me hizo. Ni siquiera se expuso; tampoco me expuso a mí, ni a la contemplación ni al tiempo. Se me acercó directamente, sin señales de que le importara otra cosa, y se colocó a mi alcance. Me colocó él a su alcance, con un leve cliqueo de mis ruedas, a pocos centímetros de su cara, y me tomó con las dos manos las mejillas. Cuando por fin nos miramos, él sólo tuvo que acercar sus labios a los míos, y besar.

Se lo veía bárbaro, Jazmín. Evidentemente no la había pasado tan mal: ni se resfrió ni tuvo gripe ni lo pisó un coche. Así que ni gesto que hice por comprobar si lo trataba bien la vida, o si se hacía de comer, o si había engordado. Más maduro lo noté, más hombrecito, y la misma voz de siempre, con sus escalofríos y sus vibraciones. Muy pronto estuvimos envueltos en nuestras cosas; él se descalzó, me hizo unos mimos y jugamos de nuevo a seducirnos. Y yo, tan encantada estaba de que sólo tuviera ojos para mí que le mostré la casa: mirá cómo quedó el living, mirá la pieza, mirá el baño. De casualidad, todo olía a *scones* recién hechos, así que le preparé el café con leche, desplegué mi mejor mantel y me dediqué divinamente a mirarle las manos mientras comía, experiencia culminante de la vida en cuanto a hombres que meriendan en mi casa. Luego, como siempre, llegó la relajación y la intimidad. Cuando tuvo su cabeza en mi regazo le hice un único pedido: que se apoyara más arriba, porque allí donde estaba me resultaba difícil sentirlo. No dijo nada, y se enterró un poquito en mi panza, acá; yo le acaricié el pelo y le di más besos. Esa vez nos entendimos sin mucha palabra. Le fui desabrochando la camisa y metiendo las manos por la espalda y por el pecho; mi silla se trabó contra el sofá. Él se incorporó un poco más sobre mí, con el torso descubierto, y yo le pasé la boca y las uñas por la piel, y lo despeiné todo, y él me apretó los brazos, y así... Pero no quiero un relato erótico; no tiene gracia, ya sabemos.

Bueno. Tendría su importancia; porque además de que nuestro reencuentro se realiza en el sexo, ahora hay que incorporar la silla de ruedas y un par de

posiciones paralíticas. Pero no; son sólo curiosidades. ¿Qué agregarían? ¿El sexo discapacitado? Ése no es el tema; aunque el sexo siga siendo el centro de la relación y su garantía de vitalidad. ¿Sabías lo de la "vitalidad", no es cierto? Es fantástico. Me refiero a las actividades físicas, aeróbicas, que son como maravillas afrodisíacas. Sí; de verdad: si andás en bicicleta, nadás, corrés o practicás *step*, mejorás la resistencia cardiovascular y cogés mejor. En serio; parece que un buen flujo sanguíneo al cerebro te distribuye mejor las hormonas y te aumenta la lubricación vaginal. Y además, te activa el hemisferio izquierdo del cerebro y eso te produce euforia durante un par de horas. De allí que lo mejor después del *gym* y la ducha es aprovechar la cama; incluso hay rutinas para los músculos claves que te permiten posiciones más creativas... Y no sólo eso; también lograrás orgasmos más rápidos y mucho más prolongados. Así de simple. Así decía la revista: el sexo es "divertido" y asombrosamente "saludable": disminuye el dolor de cabeza, combate la arteriosclerosis, mantiene la densidad ósea y aumenta el número de anticuerpos en el torrente sanguíneo. Perfecto. Yo leí todo eso aquí, sentadita, en mi silla.

Ahora hacete una idea de nuestra nueva sexualidad.

Ahora dejame hacer silencio.

Ahora, si querés, hablemos de odio y resentimiento.

...

No volvió a instalarse en casa; yo no lo recibí para eso. Sin embargo nos vimos mucho, y recuperamos algunas costumbres. Inventamos otras, ¿qué más te puedo decir? Que nos seguimos amando; por qué no considerarlo. Amor, orgullo, confianza. Él se encontraba en pleno ascenso en su carrera, hacía contactos y establecía relaciones. Y yo, por mi parte, aún era capaz de deambular por las calles; de modo que podía seguir el desarrollo de esa carrera desplegada en los afiches, multiplicada y maravillosa. Ya no me sorprendía reconocerlo en las fotos; todo lo contrario: ahora yo podía interpretar las cosas que él me iba

contando según sus imágenes de la vía pública. Llegué a intuir qué aspecto de sus relaciones lo preocupaba con sólo mirar sus fotos; y también a la inversa: qué gestualidad prevalecería en la próxima sesión según el giro que tomaban sus vínculos. Pero no hace falta imaginar demasiado para saber que, si en el común de las vidas, los lazos tienden a la tensión o a la disolución, en una vida tan particular como la suya toda relación que estableciera tendería al estallido, al quiebre.

En un principio, lo suyo fue simple ingenuidad y asombro respecto de los hombres. Yo podía verlo, en mi fantasía, responder a sucesivos avances masculinos con la misma perplejidad de nuestras viejas salidas nocturnas, cuando todo comenzaba. Pero también podía suponer que ahora, a plena luz y a cara descubierta, comenzaría a optar en mayor medida por la fuga. Bueno; eludir hombres.

Fugarse. Desaparecer. Tocar y salir corriendo. ¿Y cómo atrapar a la gacela que tengo en la mira —dirían ellos—, que atraigo con el zoom de mi cámara hasta captarle incluso lo oscuro de su pupila? Ella se dilata, se contrae, se fuga. Es un juego peligroso, pero los buenos chicos no corren con ventaja. Yo comprendo el encanto y la hermosura del juego de escapar; pero ahora estaba rodeado de hombres, ahora era más peligroso. Otra vez el deseo de los otros, otra vez. Otra vez la inquietud, otra vez; pero ya basta. Yo no quería que nos volviera a doler. Ahora no, Jazmín. Ahora que lo veía impreso y glamoroso, vestido con galas o de perfecto tailleur, ahora que lucía un pilotín y dos collares, ahora que iba promocionando un labial *Natural Beige*, ahora me dolían también a mí los acosos. Los ultradelineados, el trench vinílico, el vestido de plumetí, su camisa con jabot o crêpe elastizado, ahora decía basta; ahora no. Porque siempre el embellecimiento ocultó sus riesgos: las cejas mal dibujadas; las sombras, el pincel humedecido. Pero ahora, si el rouge se desborda no se limpia con hisopo. Ahora basta. Si el delineador se sale de carril habría que arriesgarse, habría que correr; habría que saltar y escapar y evitar el dolor y quitar el sobrante con crema, o el exceso de rubor con papel tisú, con algodón, con esponjita. Pero no, ya no; ya la base oscura nos dejaba manchas, y la piel necesita descansar,

descansar. Lo insalvable de resolver es el pelo, el deseo, la vergüenza; un baño de crema para atenuarnos, un baño de luz, unos mechones mal marcados ante los que no queda más que dar otra forma, con brushing, y volver, volver, volver a intentar, con lamentos, con cuidados míos y suyos, con tijera de frizar o con rulos. Pero quedó oscurísimo. Dios mío. Subir el tono, conformarlo a él. Descongestionar la irritación —mi irritación, la suya—, el gel con alcanfor, el talco mentolado; el agua oxigenada para el dolor, y el jabón suave.

Nunca lloramos sobre el maquillaje, no. Ahora menos. Ahora basta. La nariz colorada por el llanto se disimula con polvo volátil, pero por favor, por favor, yo quería aliviarle la piel, los sentimientos, la angustia con compresas embebidas en té de manzanilla, las manchas que mueren en *gommage*, en la perfumería del shopping, el internado de fin de semana y el correo de belleza.

Pero ya basta. Basta.

Creo que quise decirte algo. Sí. Algo, supongo, no andaba del todo bien.

...

Esta casa fue un refugio contra la intensidad del mundo. Mi cuerpo también; refugio de chapas o pobre refugio, refugio al fin. Me hago cargo. Me hice cargo, una vez más y como siempre, en el silencio y en la urgencia. Pero cuando la demanda se tornó demasiado insostenible, cuando surgió en él la necesidad de pasar a otra instancia, entonces volvió a mí la olvidada sombra de la noche como un presentimiento. Al principio, la sombra fue el reinicio de mi deterioro físico. Retornaron mis dolores y recaídas. Pero después comprendí que todo coincidía con lo que él me contaba: que había vuelto a salir por las noches, a deambular y a perseguir. Sí, Jazmín; él salía de nuevo, pero ahora lo hacía solo; y luego volvía a mí —que ya no me movía de mi casa—, y me lo contaba todo.

Me detengo un instante, y reflexiono. Reflexiono sobre esta causalidad imaginaria —que hayan retornado mis dolores al mismo tiempo que sus salidas— tan sólo porque ésta es una historia y una tiende a poner en relación una

secuencia con la otra. Pero yo disfruté siempre de los relatos que él me hizo de estos nuevos “paseos”, tal como ahora disfruto del día: como una intuición que se hace posible por contraste con la noche. Y también disfruté de mis silencios. El problema simplemente es que mi deterioro avanzó, avanzó mucho; y así disminuyó mi capacidad de respuesta. Sí. Creo que mi sexo se fue desvirtuando, se fue haciendo cada vez más feo y, tal vez, empezó a degradarse.

...

Él no sentía piedad por mí, ninguna piedad. Alguna vez quiso aclarármelo mientras hurgaba en mis posibilidades menguantes, pero no hizo falta. Sin embargo, vos viste lo difícil que es mantener afuera todo eso que está ahí, más aún durante el día, cuando te invaden tantos ruidos y tantos horarios. Al menos estando yo dispuesta, sus alteraciones se disolvían pronto. Pero qué decir de aquellas veces en las que mi cuerpo no respondía; él pasaba de la incomodidad a la tensión, y de la tensión al enfado. Hasta ahí, de todos modos, era soportable, Jazmín. El problema real nunca fue cómo me encontraba yo, sino qué cosas le podían ocurrir a él. Porque había veces en las que él llegaba —de afuera, del trabajo, de los hombres— *en fuga*. Acudía a mí escapando; y eso sí que era un trastorno. Se lo veía tembloroso, perdido. Excitado. Sufría agitaciones, dudas. Le costaba hablar del tema —un hombre, una mirada, una propuesta—; le resultaba siempre estúpido y sorprendente. Cada tipo, cada insinuación o cada oferta le parecían provenir de... de algo así como “el Mal”. ¿Y cómo explicarle, entonces? Hay una cosa al respecto que es claramente un error, porque bueno, del “mal” sabemos algo, y de lo que él creía huir ni siquiera era un motivo para ofenderse así. Yo no creo que semejante belleza haya estado cerca, en aquellos días, del mal decadente, de esa especie de soborno denso que adopta tan múltiples formas. No. Yo creo en la inocencia de algunos de esos pobres hombres, al fin y al cabo; sobre todo en función del éxito que él tenía. No me malinterpretes, Jazmín, estoy hablando de algo muy, muy particular. Esa chica ante la cámara —esa chica en la mesa del buffet o sonriéndote en exteriores— viene a ser como la quintaesencia de un misterio deseado y poderoso. Fijate. Si ella es algo que los

hombres no pueden ver *completamente*, ella es una mujer, como vos y como yo. Hasta aquí vamos bien; eso vende y al menos podrían comprar. Pero, ¿si ella fuera aún algo más, algo que ellos no pueden ver pero que se produce *justamente porque* ellos miran? Ok. Aquí esta la tapa de la revista. Circulemos. Ahora bien, si ella está ahí, ante los ojos de esos hombres, y esos ojos están *produciendo* lo que no ven, pero a la vez perciben que pueden acceder a ella, acceder para *otorgarle* algo de sí mismos; exactamente acceder para “darle” algo a quien está efectivamente al alcance de sus manos... Entonces lo intentarán. La chica se dará a la fuga, muy probablemente. Y ellos imaginarán que es una fuga hacia el vacío, y sospecharán que de ese vacío *deberá* simplemente retornar. Ok. Diez puntos. Pero no. Porque *esta* chica muestra de sí algo que parece un destino, hasta en la fuga o incluso por la fuga misma. Ella escapa *hacia algún* lado, y ya no importa si regresa o no, ella tiene otra instancia. Eso es el colmo. Esa instancia invisible y real es el colmo (si la mina al menos fuera un tipo, ellos verían algo, algo concreto y dimensionable, “peló un trozo así” , dirían, y se resarcirían con la carcajada). Pero no. Esta chica tiene en su vida misma un exclusivo *baño de damas* —el sitio intransferible adonde la ven ir y de donde la ven volver—, pero le da un uso privado, apropiado, sólido, a esa posibilidad, esa posibilidad construida con los ojos de los otros. Todo esto es algo consistente, firme e implacable, que la mirada de ellos —muy a su pesar— sólo puede sospechar, y permanecer afuera, una y otra vez. Y eso, Jazmín, yo no sé si les devuelve impotencia, o deseo, o todo junto. Pero no tienen ya tanto lugar para “el mal” como él pensaba. Los imagino mucho más débiles y hasta suplicantes frente a *ella*; ella, que de no haberse confundido tanto con supuestas “ofensas”, habría comprendido. Pero una cosa es decirlo y otra cosa es vivirlo. Él no era un dios —al menos por entonces— y aún tenía el espíritu pequeño con el que había sido formado. Él estaba todavía enceguecido. Él todavía pensaba según su género, masculino, concreto, lento y pleno, sustitutivo. ¿No resulta claro, Jazmín? Bueno, ¿qué lenguaje puedo usar para señalar esto? Tan luego yo, una fémina impedida... ¿Podría yo acaso reponer su lógica? Oh, callate la boca vos, mujer viscosa, que estás pensando con la concha. Con perdón de la expresión; ésa siempre ha sido una mala palabra.

...

En aquellos días felices, sin embargo, nos colmábamos mutuamente y yo sentía que nuestra relación era un encuentro muy claro. A veces tenemos la sensación de saber de dónde venimos y de dónde viene el otro; y cruzarnos en el camino es una alegría. Hasta nos gusta imaginar que los caminos tienen un propósito, y que este propósito bien podría ser el de encontrarse. Pero si esas cosas existen fuera de la imaginación, no me han sucedido a mí. Al principio casi de un modo imperceptible, pero luego en forma cada vez más evidente —como un cartel cruzando el cielo— la presencia de otras razones, de otros acontecimientos ocultos, empezó a manifestarse. Traté de explicarte antes que esos hechos no tomaron la forma de un oscurecimiento, y quizás no hayan tomado ninguna forma sino que fueron tan sólo un desplazamiento del sentido. Así ocurrió que todo lo luminoso y alegre y bello siguió siendo materialmente inmutable y, sin embargo, soportaba ya otro significado. Alguien me explicó lo mismo una vez, pero con mucha más gracia. Me dijo que lloraba todos los días, que veía su presente y lloraba mucho. Lloraba porque no estaba segura de merecer las cosas buenas; decía que no había hecho nada por merecerlas en verdad y que eso debería salir a la luz tarde o temprano; decía que temía el día en que eso quedara de manifiesto, porque era un error, un malentendido. Se lamentaba, penaba por su suerte —por su buena suerte— y estaba buscando la manera de formularlo con exactitud. Creía que de poder concebir con claridad el problema, se calmaría; la vida se ajustaría a su verdadera condición y nunca más le temería a un futuro reclamo, a una rendición de cuentas que no pudiera levantar. No le estaba pidiendo gran cosa a la vida, me aclaraba, y era injusto tener que sufrir de ese modo lo que le había sido otorgado. Esa mujer era mi madre, a quien yo jamás le reclamé nada. Su extraña enfermedad se debía estar incubando cuando dijo estas cosas, como un error en la sangre, como un malentendido. Desde el primer mareo y el primer análisis hasta su muerte, sólo transcurrieron nueve meses. Yo la vi esforzarse mucho en ese tiempo, Jazmín, sí. No tanto por seguir viviendo como por concebir aquello de lo que hablaba. ¿Llegó

a hacerlo? ¿Es una gracia preguntar si nueve meses bastan? Yo no estoy segura de lo que estoy diciendo, pero creo que sus últimas palabras y sus últimos pensamientos estuvieron conmigo. Fueron un gran reclamo de su parte —paradojas de la vida—, un reclamo hecho por ella. “Yo me voy, me estoy yendo, pero vos sos joven y tenés tu vida”, parecía decirme. Si algo en verdad les debemos a nuestras madres, si hay algo realmente que una *deba* saldar con ellas, yo traté de que quedara blanqueado aquel día. Se fue mirándome a los ojos y yo la sostuve. Sé que estuvimos muy cerca; en mis pupilas se reflejaba su rostro. Nos parecemos —nos parecíamos— muchísimo; ella como una versión más perfecta de su hija, y no a la inversa. Así quedé sola al concluir la jornada. Soy una versión menor de aquella mujer, y no heredé ni su gracia para hablar en público, ni su despreocupada elegancia, ni la distinción de su belleza ni su inteligencia. Pues bien; si algo quedó de ella en el mundo, tiene forma de error, ¿no te parece? Esto que soy... es casi un homenaje; me alivia, me hace bien, me enorgullece. Digo al fin que ella pudo concebirme. En su honor, y gracias a lo que he aprendido, yo —su heredera— concibo también la oscuridad que encierra el día, su malentendido, y la concibo con errores, en una forma tan inexacta que puede llegar a ser la consumación de la forma que ella deseaba. Cuando por fin el hombre que estaba a mi lado guardó silencio y la luz del sol que se filtraba por la cortina de mi cuarto le iluminó la boca, la boca cerrada, yo supe que había otro relato detrás de esa calma y así fue como regresó el dolor.

Regresó lleno de gracia, como una aguda nota musical, y tal vez también piadoso, porque me atacó por primera vez en las piernas. Yo las consideraba muertas, pero no deberíamos creer tan definitivas las cosas ya que no se sienten; suelen estar conectadas todavía con nosotras, y alimentadas, y un poco parásitas dirás vos; sí, pero bastante atentas. Pensé, cuando pasó la sorpresa, que el dolor era un indicio de que había algo más en movimiento, ahora también adentro mío. Las zonas afectadas se desplazaron, se expandieron, y luego se focalizaron. A veces eran muy generales, y se convertían en un completo malestar sin distinciones; en el otro extremo del arco, yo me habría arrancado, se ser posible, esa porción de hueso, ese determinado órgano, ese miembro. Pero no estoy hablando de ninguna pérdida, ni de ninguna afección específica o enfermedad

particular. Yo lo llamo “deterioro” para darme a mí misma una idea de proceso natural; me genero así una sensación de pertenecer, como si yo fuera una parte más de todo el resto de las cosas expuestas a la erosión, a la existencia. No es muy inteligente; es un pensamiento pretencioso —esa expresión... “existencia”—. Esos fueron los términos que usé con él cuando ya no pude ocultárselo.

Tonta de mí; creí que mis dolores le provocarían culpa. Por eso me preocupé, reflexioné, le di esa explicación, y él se apenó de mí. “Hubiera preferido una escena, un griterío o un llanto, y no esta sarta de estupideces”, me dijo. Luego me trajo unas drogas inyectables, me enseñó a usarlas y me pidió que, si no tenía nada mejor para decir, me callara la boca.

Amén.

Es una vieja lección que ya te conté: hablar solamente de enfermedades hace que te echen de tu casa. De ahí en más, me limité a quejarme con exactitud —dónde duele y de qué forma— y a tratar de calmar el dolor. Y bueno, Jazmín; esas drogas son el marco que sostiene aquel período en mi memoria. Me hicieron mucho bien; me convirtieron en una especie de ser solar casi puro: me despertaba ya de día y me diluía al caer la tarde, y lo que recuerdo en general de esos pasajes, entre uno y otro estado, es un fulgor blanco, y unas imágenes que se funden en la luz a las que yo les resto importancia —y siento que tiene más valor todo lo que viene que todo lo que se va—.

Dentro de este marco quedan encerrados aquellos relatos suyos; lo que no sé es si el placer que evoco también proviene del marco, o de su contenido. ¿Qué es lo que él me cuenta ahora, durante la transición? ¿Qué me cuenta cuando un sedante de colores mezclados se expande por mi cuerpo? Me cuenta su fascinación y su rechazo. Y a mí, que soy tan optimista y tan alegre por naturaleza, me da un placer reposado que es mucho más que un alivio; es un placer del alma, es aquel abandono del cuerpo a la pura actividad anímica... psíquica... La mente y sus sueños, en los que tanto afecto es expresado. Ninguna sombra oculta el fulgor místico, aunque sus relatos hablen a menudo, y otra vez,

de la secreta noche: yo los elevo al cielo, Jazmín, y también los hago y los elaboro por él —con él y en él—, y juntos somos una ofrenda. Me cuenta también del día, de sus hombres con rostro, jóvenes y viejos, lindos y feos; me cuenta sus acercamientos tímidos o compulsivos, estratégicos o espontáneos; me cuenta una mano sobre el hilado de mohair de su espalda; me cuenta el golpe de efecto durante una sesión fotográfica, cuando la diosa bailó y sacudió el satén tan cerca de aquel lente, el rumor y los gemidos, y la aparición del mundo empresarial. Sus relatos hablan mucho de señores elegantes, con el porte inconfundible del poder, que le superponen la *doudoune* sobre el trajecito; y describen la presión masculina por debajo del cuello, los humores que el ejemplar emana frente a la hembra; un toque de más, una palabra de más, una propuesta. Incluso en un coche con puertas trabadas recibe un reclamo por favores dispensados, pero su carcajada logra desconcertar al hombre grande, pues hacía tanto tiempo que el señor no dudaba... ¿quién es esa chica? Oh, bueno... La apresurada declaración de amor de alguien que decía no animarse a tocarle ni las manos, por favor; el suave resentimiento de las demás modelos frente a “la mejor” —en compañía de los hombres—, cómo puede hacer distancias tales con nosotras.

Pero ella, en realidad, no sabe dirigirse a sus compañeras y hasta parece tímida. La angustiante excitación, irresoluble, de penetrar un baño, un vestidor, y de oler esos cuerpos y esa lencería que, sobre su propio cuerpo, él no puede percibir. Tremendo. Un sacudón hormonal y cardíaco, el incremento, la presión al techo y al piso, el cruel ahogo y para colmo, los brazos femeninos que lo toman, que le dan aire a la más bella —princesita desmayada—, y él entonces debe deshacerse, debe darse a la fuga también de eso, también de las mujeres, las hermosas; él debe venir a mí desorbitado, debe reclamarme, debe volver. Ha despertado ya admiración, identidad y gloria entre las chicas que viven “por ella”, que de pronto se imaginan más libres, tanto menos comprometidas, tan felices de ver cómo hay algo que sale bien sin preparación y que queda por encima. Eso estaría en todas nosotras, dirán ellas, que espían de reojo, que imitan su tono con los hombres, su misterio ante las cámaras, su potencia muscular y sus distancias. Ellas son tan parecidas entre ellas y tan distintas, tratando de obtener de nuevo para sí una vida privada y una ventaja diferencial para su imagen, y

resuelven precariamente su adaptación a la disponibilidad cuando las campañas todavía no se componen para ellas sino *con* ellas (si responden). Ellas son tan perfectas en su silencio; lo único para decir es dicho por otros —enuncia el globo entero en su lengua aldeana: the new american fragrance, *pour homme*, fiori by Constantini, Silvia meu amor, dixit Versolato, agua floral manzanilla, Shiseido, Saga Mink of Scandinavia, **Herrera for men**, Beijing, Wella fax wagen cuore, fashion@internet.siscotel.com—. Está bien, ragazza, pide tres deseos y te lanzamos al mercado. Él se da a la fuga. Milagros. La que huye no ha sido encontrada, pero vuelve sorpresivamente, creen las otras; creen que es la misma, en aquella gráfica, en la fascinante cámara lenta, entre las colas que pasan en el cine con sonido surround.

Una de nosotras, una de ellas —o algunas—quisieron verlo más, verla en privado, quisieron saber qué estremecimiento, qué fantasía loca, qué transmisión. La que llegó a hacerlo era bella, era pura, era suave, era dulce ante sus ojos. Era casi irritante. Tenía un exceso de rímel, o un exceso del lagrimal, pero se sostenía, y él soportaba transfigurado lo más novedoso: mirar los labios encarnados y la extraña sofocación de la pequeña, aquella cercanía, la conmoción profunda, su confusión. Estaban en un rincón privado de un *spa* con jardines laberínticos, fragancia de verde y flores muy potente, y había en él una debilidad de la que no tuvo la destreza necesaria como para huir a tiempo. El sol le secaba las mejillas a la principiante y lo hacía demasiado cerca de él —sobre quien no se delataban imperfecciones—. En la extrema cercanía podía ver un arco de sudor sobre los bigotitos decolorados de la chica, la naturaleza por encima, la intensa impresión de perderse por un detalle; perderse por un detalle, decirse *esos labios ya son míos*, permitir que se mezclaran, casi no abrazar a la dulce niña salvo por los hombros desnudos, tocarlos sobre los breteles de la remerita, sentirlos redondos, un olor a aliento casi neutro. La niña tiembla, él tiene los ojos abiertos pero ella no resiste y se le cierran. Qué es lo que está sintiendo, qué roce en sus pechos preciosos, qué le pasa a la niña; se separan. Entonces la ve, y me dice en el relato que al fin comprende que la había quemado. Era como si ardieran los labios de la pobre criaturita. Un beso centelleante. Ella tiene los ojos cerrados y la

boca detenida, como muerta; él no se mueve. Él ve que ella los abre de nuevo para mirar y que está enrojecida; su mirada parece una reacción alérgica y rompe a llorar aún mirándolo, viéndolo claramente como la mujer más bella y más fuerte y más entera; aquella que ha descendido y la ha envuelto y la ha herido. Crecen en él la furia y en ella el miedo. La joven corre hacia atrás; él la persigue, la alcanza, la detiene. La niña tiembla pero no se debate, sólo ruega y dice “no quiero, no quiero, no quiero”. Él le aprieta el hombro, se lo marca, se lo irrita. Le grita claramente: “Buscate un hombre”; y al fin escapa, él.

Escapa.

Temió por ella. Un tiempo. Luego supo que había rechazado dos trabajos, y ya nadie volvió a llamarla. Quizás un novio muy celoso; esas cosas pasan.

Pero yo los veo enmarcados en el letargo del sedante y lo que vuelve y vuelve es la irradiación de las plantas del jardín que se expande, que va para arriba, que te adormece. No hago mucho caso; nunca le hago mucho caso al relato paralelo, al relato oscuro en sus detalles. Sé que es tan violento como es suave mi calmante. Él sale solo por las viejas calles a buscar viejas respuestas, a mitigar sus ansiedades, y las encuentra. De todos modos me fascina que me cuente sus salidas nocturnas, ahora sí, tarde a tarde, incluyendo los planes para cuando yo ya esté completamente blanca, completamente dormida. Comprendo que es un reverso de lo otro, y que a su vez yo lo doy vuelta. Sé que sigue siendo certero y fulminante. Pero agrega, agrega ahora una pasión distinta. No huyó directamente a mí del laberinto del *spa*; no pudo llegar aquí, no quiso, no lo sé. Se habrá ocultado, habrá esperado, le habrán vuelto una y otra vez aquellas gotitas de sudor a la mente; tal vez haya transpirado él mismo, en forma ridícula, frotándose. Al salir a buscar víctimas, me dijo luego, comprendió que no se saciaría tan sólo con un hombre —o dos, no importa la cantidad— aunque siguiera resultándole necesario. El rito renovado es el alimento del espíritu. Ahora sintió que en su espíritu había más lugar; seguramente algo en su interior debió haber crecido. Carne humana para soportar los trabajos y los días, está bien; pero a sus fugas se les suma un componente nuevo; lo detesta y lo ama, porque es femenino. Siente que habría podido...¿darse? ¿Suplicarle a aquella damita

como le suplicaban a él? Cree sentir que pierde; que si no resuelve pierde; que si no se resuelve, se pierde. No es posible que fuera una afección del deseo; me tenía a mí, en quien no pensaba. Pensaba más bien en las otras niñas bellas, en la naturaleza del leve calor de sus cuerpos, en sus ropas interiores blancas, en sus esfuerzos privados por soportar con una sonrisa el malestar premenstrual durante las sesiones. Piensa en sus miradas pidiéndole un consejo, en las manos de ellas sosteniéndolo en aquel desfallecimiento; ve en su cabeza una hilera de espaldas delgadas, de piernas tersas; se inunda de aromas, se toca y no se satisface —no puede sentir nada de sí en la soledad, ni siquiera una leve reminiscencia de lo que sabe que despierta—. Él no puede detener una mínima imagen excitante en el torbellino de su fantasía para al menos descargarse; ya no puede frenar, no encuentra el tiempo ni el espacio. Pero sucede. Sucede a la vez la furia de los hombres, el asco, la nostalgia; y sucede su evasión de las mujeres, la horrible tensión de que se le devuelva a él lo mismo —casi exactamente—: aquello que él desea y que tiene otro lugar, eso que es *sin acceso* y si lo toca, lejos de someterlo, lo deshace. O lo traslada. O lo aleja. Él mismo... no ser una respuesta...

...

Ve a una mujer de la calle. La ve sola, arrastrando los pies en la vereda sucia. Sabe que es mujer como sabemos que es de día, pero es de noche. Me alcanza a narrar el episodio en mi fundido a blanco, en la intuición del crepúsculo sobre una tarde más, mientras yo entro en letargo. Se confecciona en mí el acontecimiento muy pulcramente; yo siento mi cerebro estúpido, me creo un lavarropas con la blanca espuma y las ropas negras. La tipa es vieja, roñosa y horrible. Su cuerpo es un compendio de asquerosidades; un olor aberrante, una mata de pelo aplastado bajo el gorro de grasa que él le quita. La silencia con brusquedad, la golpea. La enceguece momentáneamente, movido por la costumbre de otras ceremonias, para que vea lo que haya que ver más tarde, al concluir; y se dedica al cuerpo hinchado, tapado con capas de lana de un color sobre el otro, sin sentido. El hedor lo descompone, pero se resiste a agregarle

vómito a ese cuerpo que parece un excremento. Cuando empieza a desvestirla, la mujer de pronto se detiene y ya no bufa, ya no berrea; sus pequeños ronquidos parecen más bien un signo de interrogación anonadada. ¿Cómo es posible? No hay nadie más, éste no es un destino; no puede ser una burla, o una mera humillación, esto no es un divertimento. No es posible que sea un ataque sexual, no a semejante monstruo, y esta persona que la violenta no pertenece al submundo, no puede estar sometiéndola, no puede desvestirla. La tipa alcanza a tocar, a sentir, en su atacante, una textura sedosa y cara; eso no es posible. No era posible. Sí eran posibles, en cambio, los pies llenos de costra y los tobillos reventados en llagas, y cortados, estrangulados por algo así como hilos de acero invisible; sus manos espantosas, sus brazos magullados, su cuello dividido en pliegues y pliegues de inmundicia, y la asquerosa podredumbre de las lanas más finas sobre la piel. Pero esa piel *no* era posible, no; no una piel tan blanca. No eran posibles los senos mal puestos sobre la barriga, pero aún inflados, aún redondos y lechosos con puntas claras. Dos pechos sanos en la vieja horrible *no* eran posibles, no sobre esos pliegues carnosos de panza también blanca, inesperados. Él hunde sus manos bajo esas tetas y las siente calientes y se espanta. No percibe por el momento más olores, y cree haberse acercado lo suficiente como para descubrir el color rosado de los pezones en punta por el frío y por el tacto. Sacude algo parecido a una bragas, la violenta, las retuerce; se las clava a la tipa entre los labios de algo que tal vez fuera una vagina antes de desgarrarlas. La palidez es asombrosa, la tersura primera del vientre y la ingle, y aquel horror de una especie de sexo natural que le explota cerca de la nariz y le inyecta una pestilencia de orina, de heces, de flujos ácidos y añejos; es una sensación de sarcófago de pronto abierto, y el acto ya se convierte en una violación de tumba. No quiere ahora descubrir más abajo; tiene las piernas del animal sujetas para que no las abra. Se repliega sobre sí mismo, se separa, y la mujer es todavía una masa compacta, hinchada y reluciente. Le descubre la cara. La mujer, inmóvil, abre sus ojos y súbitamente algo se le ilumina. Ya nada le cabe esperar; eso de allí arriba es el diablo: esa figura femenina indescriptible, incongruente, erguida sobre toda la infección que ella considera su propio cuerpo. La vieja yace tirada; se le aflojan al final los músculos que la habían mantenido

en orden y su masa se expande, se licúa sobre la mugre de abajo, y queda abierta, una teta para cada costado, una pierna aquí y la otra allá, los brazos en cruz, la boca relajada. En su centro, la oscuridad. Él, en medio. Se miran largamente, de extremo a extremo. Él afirmó que en esa instancia estuvieron unidos. Yo no lo creo. Sé que se equivoca, que nadie que todavía ronde por las calles alcanzaría a ser tan espantoso para constituir su punto de equilibrio. No, nadie todavía. Yo entiendo que él tuvo que concentrarse, que tuvo que detener su mirada en un punto fijo muy oscuro, que incluso se vio obligado a darla vuelta, y recién entonces, al expandir en su mente la imagen final de esa abertura de desechos penetrados, pudo —se permitió, logró— acabar con ella.

Así era el contenido de aquel bouquet, de aquel manojo de sueños. Así llega a mí, que intento que mi memoria de estas cosas no sea apasionada. Él y yo, juntos, tomábamos el té, comíamos facturas, a veces cocinábamos.

Yo ya no salía más. Estaba bastante impedida y algo más expuesta a las fatigas. Pero en este territorio interior siempre me manejé la mar de bien, y ciertos despliegues aún venían a cuento. Bastante entusiasmo, por otra parte, aunque las horas de actividad fueran más cortas; pero no importa. El tránsito al letargo también era atractivo, y logramos que incluso fuera duradero. Problemas hubo siempre, sobre todo cuando comenzaron estos endurecimientos y estos moretones. Preferimos no insistir sobre ellos, que por otra parte eran fatalmente dolorosos, y así fuimos repartiendo poco a poco mis inyecciones por todo el cuerpo. Confieso que... me hice un poquitín adicta; no, no a los sedantes, no. Yo no tuve jamás —a Dios gracias— ansiedades ni palpitaciones ni la más leve convulsión por alguna abstinencia. Soy muy partidaria, en estos casos, de lo concreto: si el dolor físico era concreto, entonces podía inyectarme. No; yo me hice adicta más bien a sus anécdotas. Si toda descarga es placentera, entonces podía ser que a él también le gustara contarme sus aventuras; pero no me importa. Es divertido juntarlo todo en una serie que remite al infinito: mil cuentos más uno. Mil días más uno, mil relatos de muerte que apaciguan y aplacan mis dolores hasta la próxima jornada. La variante femenina —por

llamarla de algún modo— de los cuentos era más bien sórdida. Esos ataques pútridos, no sé; una distorsión de La Bella y la Bestia bastante horrible. En cambio, aquellos argumentos conocidos —los otros, los heroicos, de mujer a hombre—me tranquilizaban. Estos no tanto. Pero no podía pedirle a mi chico que hiciera todo-todo bien, de qué estamos hablando. Por otra parte, esos incidentes con mujeres monstruosas eran una manía personal, muy suya, y hasta pareció darle sus frutos. Por un tiempo. A mí, insisto, no me parece muy sincero de su parte el hecho de hallar tan fácilmente la fealdad; yo creo que su trabajo lo tenía un poco embotado. Y no se calmó aún lo suficiente —lo esperable—, porque al tiempo volvió a manifestarse su ansiedad. Pero ahora, Jazmín, bueno, no puedo evitar culparme. No hace falta que me expliques que no hay razones objetivas para que yo sienta esa culpa. Pero la siento y la sentí.

Sentí que era de mí que no se satisfacía. Que ya el proceso de mi deterioro me estaba degradando en tanto sexo —sé que no es muy posible, pero bueno—. Yo traté de no negarme, llegué a fingir (un “plus”, a fingir de más, no en serio); un par de gritos, un sentido festejo. Pero no era el modo. Toda esa mezcla. No era así. Me estaba empequeñeciendo. La mezcla, quiero decir, se volvió rutinaria; dejé de ver lo que había para ver y cuando eso ocurre, la dimensión de lo oculto te sorprende al develarse. Sí; toda esa mezcla. Él es ella que fuga; ella es él que se estremece, que odia el deseo y viene a mí; él es aquella portada, con aquel tipo que vuelve a buscarla; él atrae y aniquila; él se resiente de la belleza y de la fealdad; él es un éxito, una euforia, pero no puede con él mismo, no puede detenerse. Y entonces considera, finalmente, Jazmín, la *entrega*.

Hagamos silencio.

¿Es eso? ¿Es la entrega?

Hay... hay algo en lo que él no creía, aparentemente. No creía que la promesa de su imagen tuviera en verdad potencia. Pensaba que sólo se debía al traslado que los otros hicieran, sobre su imagen, de las propiedades y las carencias de las demás mujeres —del presente y de la historia—. Pero en sí mismo eso no era una potencia, pues él por su cuenta aún no había considerado,

como supuso que hacemos todas las mujeres alguna vez, la posibilidad de su entrega.

¿Es eso? Será así... Así lo dijo. Yo abrí los ojos, y pude verlo.

Estoy tan cansada, Jazmín. Una vez más. Hay cosas que me cuestan un enorme esfuerzo, y no parecen ser las más pesadas. Pero se remiten a mis propias facultades. Yo, que podía verlo, lo vi. Pero eso no es gratuito ni siquiera en la memoria, pues trato de volver a verlo ahora en mí como lo vi aquella vez, y trato de entender lo que pude haber entendido antes. De nuevo. Yo soy realmente pequeña, incluso más pequeña que entonces. A veces creo tener derecho a olvidarlo todo, a que me lleven tranquilamente hasta el ventanal más grande y me dejen allí —alguien cualquiera, que lo haga, que no sepa qué es lo que está haciendo, pero que lo haga—. No te voy a pedir eso a vos. ¿Para qué haríamos a esta altura una cosa semejante? Ya hemos gastado mucho. Decía... Hemos gastado, también hemos disfrutado; y bien. Si es el momento de pagar, voy a pagar. Esto es tan sólo una distracción, mirar a un costado, ver cómo ha quedado esa cortina que tanto trabajo me dio para elegir; verla otra vez allí, bonita y abierta. Y verte a vos conmigo, también bonita, pero un poco replegada. No te preocupes. No me voy a poner a hablar de vos; sólo que me gusta que me estés mirando así. Al menos me mirás y yo no me pierdo. Las imágenes tienden a fundirse, pero se funden en mí. Vos me... me protegés, sos el punto fijo, como los bailarines que dan muchísimas vueltas mirando el punto fijo, el ansia, las calzas sobre los músculos de las piernas, los glúteos, la cosa redonda, la redondez, Jazmín, la elonga...ción, yo no estoy tan bien como quisiera, el cabello de mi bailarín, los zapatitos de punta, qué es, qué era lo que, qué pasa en los tobillos, quién levanta en sus brazos a la doncella cisne, Jazmín, los motivos "naif" del estampado, parece que hay demasiado, la lengua no me, que esto no alcanza, Jazmín, no las pastillas, Jazmín, con el vaso de jugo, la naranja, el cielo cubierto de naranja, dame un poco de eso ahora, dame eso ahora, ya se me pasa, qué tontería...

...

Dios, qué tontería.

Es una pena. Esta mancha aquí, con lo pulcro que venía todo. ¿Y ahora cómo sigo? Ah, sí; por aquí mismo, por lo que había visto. El muchacho conmigo y su firmeza seductora. De alto impacto; estremecedor. No entiendo por qué algunas situaciones tardías te remiten de pronto a otras más antiguas, a aquellas que ya te parecen tan extrañas, casi ajenas. Tampoco entiendo por qué fuimos desligando las cosas del principio con las del final. Mirá, Jazmín, alguna vez sentí un precioso nerviosismo cerca suyo, cuando ni siquiera sabía quién era, cuando apenas si imaginaba que de dejarlo insistir un poco más conmigo, lo conseguiría. Es un recuerdo muy remoto. Yo me estaba ocupando de otra cosa, estaba concentrada en una tarea que debía terminar de inmediato —ya no sé bien qué; recoger mis pertenencias diseminadas en la mesa, juntar moneditas de más para dar un vuelto, buscar desesperada algún ticket urgente, alguna tarjeta—; estaba así concentrada cuando noté su presencia. Me corrió la vibración por la espalda, y empecé a prestar atención yo también a mis movimientos, de pronto alerta, de pronto más rápida, más acalorada, y mi mirada más dispersa, más tentada de recorrerlo a él que de recoger mis propias cosas. Lo que yo quería era escuchar cómo respiraba, verificar aunque fuera un poquitito que él me prestaba atención. Tenerlo junto a vos por vez primera, cuando todavía es un desconocido, es eso; una se olvida, pero el momento tiene todas las condiciones de lo puntualmente único, todo el encanto y todo el impacto: este señor, este muchacho, está muy cerca; qué lindo es; ¿le gustaré? Maravilloso. Tiempo y tiempo, y eventos y partidas y vínculos, y contratos y salidas, anhelos y destrucciones, como cien años, como todo lo que está en proceso de perdurar, como lo que no se repite y tampoco se toma en cuenta, lo vuelvo a ver y está muy cerca, qué lindo es; ¿le gustaré? Pero veo que ya no tengo la misma confianza ingenua de la primera versión, confianza en mí y confianza en él. Allá a lo lejos, yo estaba del todo disponible para la imaginación; lo que ella me plantease yo lo intentaría. Aquí, en cambio, yo ya había acumulado dudas, dudas incluso respecto a la capacidad misma de mi sexo, y esas dudas probablemente hayan afectado de ida y de vuelta mi imaginación y con ella el orden de mi sexualidad respecto a él. Allá a lo lejos y hace tiempo nada sabía aún de este chico, y la confianza entonces era

extrema, y podía pedir todo, total... El "todo" tomaría forma más tarde, lejos del momento de depositar mi confianza. El *todo* tomaba forma ahora, frente a mí, al verlo. Sí, estaba muy cerca, pero pude abarcarlo por entero, una vez más, estremecedor; los hombres no han perdido ningún encanto para mí. Sí, es muy guapo, inolvidable; está más allá de la capacidad que pueda yo tener para describirlo, pero eso quizás nos pase a todas cuando intentamos pautar un atractivo masculino; no es exactamente ninguna parte destacable de su cuerpo, ¿no Jazmín?, salvo esas piernas, (¡por acá!), esos hombros (¡así!), y esa boca (¡...!), y esa mirada, y ese pelo, y esa voz, y esa espalda, y ese lunar, y esas pestañas. Es un potro. ¿Yo le gustaré? Bueno, eso resultaba ya tan difícil.

Ser única no es precisamente gustarle; puede ser que yo hubiera olvidado algo en el camino que me llevó de una instancia a la otra; probablemente me distraje. Pero puedo adivinar que algo de lo suyo se estuvo proyectando sobre mí, y que aquello que lo hizo regresar siempre a buscarme corresponde también al universo de la imagen, a mi modo de verlo, a mi modo estar, desde allá lejos y desde aquí cerca, desde las rutas, desde las bañeras, y las noches, y las fotos y los días, siempre una última instancia de satisfacción posible, siempre una respuesta al otro deseo de ser visto. Y sin embargo ahora no se calma; cuando mi cuerpo ya no alcanza para tanto, él no se calma, no se sacia. Yo ya no debo abarcar todo lo que se ha venido acumulando sobre él, tanta historia; ahora debe estar esperando de mí algo que me sería imposible dar. Esto me afecta, curiosamente, a mí también; a mí, que hasta pude darle a él una herida de mi cuerpo, que hasta pude dejarlo clavarme en otro lugar, porque siempre me imaginé dispuesta por completo, sí, así me imaginé para él. Ahora ya no me imagino cómo satisfacerlo. Nosotras creemos... Él supone que algo más se desplaza, en un movimiento que a mí me suena demasiado analítico, pero al él le cabe, él cree que encaja. Él supone que ya no es mi entrega, mi disposición, sino la suya la que falta. Nosotros creemos que yo no podría disponer de él, que su entrega a mí —inválida, carente— es inimaginable. Nosotros no podemos ya idear expectativas que nos muevan hacia la consumación. O es él que no puede, o soy yo que no responde, o es una idea rara, o bien, es mejor creer en algo. Creemos en una vivencia posible, y es que dadas como están las cosas, la postergación

indefinida de la satisfacción se va a sentir destructiva y aniquiladora; eso no puede pasar. Toda esta identidad que a veces es reconocible en el cumplimiento, o que se vuelve a armar para que se cumpla, ¿adónde se encuentra ahora? Que yo lograra ser lo que él creía que necesitaba es tan dificultoso. Pues bien; ¿cómo sería lo otro? Ya era hora.

Estirarse y estirarse, dicen, como una gata. Yo lo ayudé a imaginar su nueva perspectiva erótica lo mejor que pude. Su horror más grande al fantasear con un hombre no fue el asco, sino el dolor. Las cosas se mezclan. Los tipos suelen fantasear el goce sin imaginar dolores físicos. A nosotras, en cambio, nos violentan de entrada un poquito más, a qué negarlo; ya está escrito en el *parirás a tus hijos con dolor*, perra suerte; la primera vez te puede doler, pero después es fantástico. Ahora, ¿cómo convencerlo a él?

Bueno. Aquí lo dice; un poco de autoayuda.

No; no es gracioso. La clave de la autoayuda parece ser siempre la insensibilidad: cómo evitar el dolor. Veamos... Un cuerpo flexible aleja la posibilidad de calambres y permite experimentar nuevas posiciones. Adelante. La elasticidad mejora la expresión y la creatividad. Adelante. La facilidad de movimientos implica mayor espontaneidad. Adelante. El estiramiento que enseñan en las clases de yoga crea una buena base. Adelante. Imaginar posiciones que te gustaría experimentar haciendo el amor y hacerlas como si te estuvieras estirando. Y más. Relajar ayuda a la liberación. Sí, auxilio; adelante. La relajación se puede aprender. Permite disfrutar mucho más de las caricias. Tomémoslo en cuenta, las caricias. Adelante. Pararse y sacudir el cuerpo por partes durante diez minutos para liberar la tensión, siempre respirando hondo. Hondo. Adelante. Cuanto más libre te sientas, inclusive de emitir sonidos, tanto mejor. Tanto mejor. Emitamos un sonido. Pensemos en estas pautas. Respiremos hondo. Adelante.

Porque el dolor no es ningún mito, y desestimar la técnica es más bien una tontería. Con el consuelo de “si otros pueden, yo también”, lo ayudé a poner en práctica estos consejos. Fue un trabajo bastante intenso. Yo observaba sus movimientos y le sugería posiciones, siempre practicando. Bueno, imagínate, juguemos con la fantasía, busca unas almejas, o fíjate hasta dónde te llegan los talones. Buscar la expresividad, en cambio, fue más bien cómico, porque yo terminaba siempre por caer en opiniones subjetivas: “me parece que esa pierna expresa mucha... mucha *energía*; ahí hay más pasión, el brazo allá te da más éxtasis, pero no pongas esa cara...” Bueno, recordé todos los bailarines y las calzas y las vueltas; algo te dije antes. Imagínate sola el resto.

En cuanto a la respiración, la verdad es que demostré un gran don para la pedagogía, porque en el fondo yo siempre supe adónde apunta la cuestión. Me la explicó una vez una obstetra. “Ustedes las mami”, les decía a sus grupos de primerizas, “se me concentran en la respiración y no me están gritando todo el tiempo, ¿estamos? Los aullidos no sirven para nada. Un solo grito, una liberación *al final* de la exhalación, acá abajo, ¿me siguen? Otra vez. Ahí va. Doler, les va a doler igual; no se ilusionen —porque después me miran como si yo les hubiera mentado—. Les va a doler. Pero ustedes me respiran así y me gritan solamente al final; se distraen un rato, yo trabajo, y sale el nene. Todo tranquilo; no nos desesperemos.” Las retaba a todas; las cagaba a pedos y las mami le tenían un respeto monástico.

Yo no lo reté a él, pero le dimos mucha bola a las respiraciones rítmicas, costodiafragmáticas; una maravilla. Lo único que no practicamos fueron las caricias; el tema lo ponía nervioso. Él se lo pierde, pensé; pero lo comprendí. No es fácil estimular el placer, una noción tan lábil. Está alojado vaya una a saber dónde; suele ser bastante sorprendente e imprevisible, excepción hecha de los clásicos. Aunque siempre mantuve una duda, y disculpame que la traiga aquí, entre nosotras: ¿El sexo anal puede ser considerado un “clásico”? Estuvo de más. Este lenguaje. Todo esto estuvo de más. No, no todo, Jazmín, no todo; de algún modo había que encarar el tema. “*Cuanto más libre te sientas, incluso de emitir sonidos, tanto mejor*”. Así es el placer; ésta es mi lengua. Lo demás es silencio.

...

Buscó un hombre para comenzar. Nunca supe con qué criterio lo habrá elegido, pero puedo imaginar esa búsqueda de diferentes maneras, aunque en todas él mantiene su capacidad de elegir. Debió haber sido un hombre tierno, por qué no. Una entiende que ese primer hombre, de quien tal vez conservamos muy poco, deja igual su marca; te da y te quita, según se dice. Bueno. Él tiene que haber probado una y otra vez, tiene que haber intentado creer, darse confianza, tratar de encontrar un marco para vivirlo todo como cierto, para dejar que ocurriera en verdad. Hubiera sido horrible que pasara por ello sin pasar; horrible que al terminar —o un rato después— sintiera que nada había sucedido; desastroso que lo olvidara todo, que tuviese que volver a empezar. Me pregunto... No, ya no me pregunto. Sé que tiene que haber sido así, es lo más simple y lo más humano: buscó un hombre grande, en el mejor sentido de la palabra. Seguramente un hombre maduro pero también un gran hombre, un hombre entero. Un hombre que se sorprendiera, como cualquier otro, cuando la increíble criatura le confesara su virginidad. Alguien a quien poder reclamar cuidado, sin mucho escándalo. Es decir: un hombre que creyera en su inocencia pero que la evaluara como la mera condición del inicio, y no como una perla en el fango, un trofeo, una posibilidad de enseñar algo o demostrarse algo a sí mismo. Nada de eso. "Los dos queremos pasarla bien, lo mejor que se pueda, y disfrutar". Buenas consignas. Un buen hombre, o algo por el estilo.

Yo tengo los tiempos de aquel acontecimiento clavados en la memoria, porque de alguna extraña manera los hemos vivido juntos. Ocurrió una tarde inesperadamente apacible, cuando yo aún estaba despierta sin sedantes. Todo se había calmado aquí, conmigo. Él hacía tiempo que había partido, y yo ya no lo esperaba. Me las arreglaba como podía por mí misma, y no tenía demasiadas complicaciones. Pero aquella tarde me alivié espontáneamente, y sonreí a solas, porque me pareció que las lecciones de relajación y respiración se me habían

encarnado sin pensarlo, y se me levantaba el diafragma solo, y se me hinchaban las costillas, y los músculos del cuello se me aflojaban placenteramente en cada exhalación. Yo tengo esos tiempos adentro, y conservo también las dos experiencias, la mía y la de él. No es demasiado; no lo es. Se combinan, aunque quizás no pueda dar cuenta de la combinación con mis palabras; pero es como aquellos relatos o aquellas imágenes que al mismo tiempo son inocentes y terribles, que aparecen livianas y siniestras. Sí; todo está allí, está aquí, con dos lógicas presentes, una en la otra, sin anularse; sosteniéndose. En la experiencia de él suceden cosas desagradables y martirizantes. Es una experiencia cerrada, en la que casi no hay otros términos que los del desprecio por sí mismo. Yo los uso, y en algún lugar los vivo. Un pene brillante y horrible, encarnado; una pija que no tiene ni siquiera la estilización de los *graffitti*, que late, huele, escandaliza y repugna. Te lo pasan por las piernas, por la espalda, te lo ubican acá abajo; todo el tipo sudoroso, todo que se pega. La precaución secreta de una crema lubricante, que no hiciera falta para lo que el tipo está viviendo, enceguecido y asediado por su propia imagen; la pasta incrustada de un modo improvisado, su consistencia diarreica, la repulsión del acto. No podemos percibir casi otra cosa que un agujero endurecido y negado que sólo sirve para la mierda, invadido por otra mierda que no nos es propia; la imagen interior de un culo que ni labios tiene, que no puede esconderse. Un violentísimo palo que quiere abrirse paso; mi nariz incrustada en un cuello inconsciente que no sé por qué también tiene una capa de pasta sobre él, como de cera, una extensión de mucosa que no debería estar allí; las manos del tipo tratando de abrirme los cachetes, la entrada ofensiva del espanto en el recto, acostumbrado solamente a la expulsión. Una sacudida de terrible sufrimiento, la angustia desesperante de que algo se te desgarre y saber que eso será una infección; la invasión del lubricante y de la mierda en una herida interior sin cura, el apretón que le doy al tipo en el cuerpo y el tipo que se excita con su movimiento y la mete hasta el intestino, donde todo parece convertirse en una deposición trabada y lacerante; y entonces él me empieza a batir, a meter y a sacar, y todo se me abre, y me voy a ir de adentro para afuera, rota, infecta, arrancada, me voy a vaciar, voy a parir mi mierda entera con dolor, me voy a morir de angustia. Me abre y me rompe y nunca nada

más por siempre se me va a cerrar; mi esfínter deshecho, una pena de tripas y de sangre y de crema con aceite y deyección y semen, porque además eso, con palabritas de afecto, y baba y escupida, la masa final es una alquimia de supuraciones donde además él puso su propia leche. Mi dios. Todo sangra, y no para de doler.

Así es la vida.

Lo otro es también elocuente. Decíamos que ser penetrada tiene tanto de estremecimiento como de comunión, tanto de goce loco como de absorción de lo distinto. Me fascina sentirme así de relajada y entregada, yo en mi silla. Tanto tiempo que ha pasado, Jazmín, y volver a lubricar por todas partes, volver a ser un cuerpo muy predispuesto, y recibir, para mí, para mi adentro; darle cabida, tratar de cerrar para sentir, sentirlo tanto, eso con lo que se me mete, se me mete adentro y yo me absorbo un tipo, me lo hago mío, me hace todas las cosas y yo me lo acomodo, me lo succiono; otra vez en la enloquecida consumación de tener un cuerpo alucinante al frente, con esas piernas duras y ese lomo partido perfectamente al medio, brillante en los músculos y en la espalda, alrededor, adelante, atrás, tenerlo adentro, al mismo tiempo otro, al mismo tiempo mío, al mismo tiempo yo; todas mis zonas, que además se me mezclan como sólo a una mujer, o no tan sólo a una mujer pero sentido *en mujer*, lo exterior y lo interior, pequeñas cosas todas compuestas de belleza, y su energía y la mía, yo tan linda, él tan hermoso, tan duro; mi concha de labios con espuma, succión y beso, mi clítoris brillante, mis pezones de él, su miembro como un brazo potente, su ternura de ojos entregados, su percepción sólo de sí y mi percepción con él. Milagros de cuerpos que no cobran sentido sino alegría pura, pura cosa vibrante inexpresable de textura líquida, y carnal, y humana y amorosa.

Mi agradecimiento debería ser eterno por haber vuelto a sentir una cosa así.

Por su parte, me imagino que él habrá desestimado al otro participante, a pesar de sus reparos en el momento de la elección. Lo habrá considerado un igual, sin demasiada exactitud en los términos, pero no podemos decir que lamentamos su suerte. El hombre se acostó con una diosa. Que la diosa se

creyera una cloaca no le quita mérito; el tipo qué sabía, y aún qué sabe. Si guardó sus impresiones en la intimidad, si nunca quiso contárselas a un amigo, el señor es una especie de santo. Pero probablemente no haya encontrado un modo de referirse a la experiencia; no están muy acostumbrados a eso. Si se vio obligado a hablar con su compañera de cama al terminar, el tema me excede. Por nada; es un simple defecto mío, que no puedo imaginar muy bien que ellos acepten esas charlas del después. ¿De qué hablamos? Hablamos solas. Pero ya está, no importa. Es la tercera percepción la que queda colgada, pero ya llegará un hombre que intente decirte lo que siente; debe ser muy lindo, debe estar lleno de impulsos contradictorios, ¿no? Hacia adelante y hacia atrás. Y ellos sólo se deben impresionar, decía, de sí mismos; deben tener una capacidad bastante grande de venir hacia nosotras pensando sólo por ellos, claro, de avanzar, de ingresar. Ser hombre...

A mí, cuando ellos hablan, me gusta escucharles la voz.

...

Quedé sorprendida. Quizás me haya preparado para agradecer, pero fue más fuerte la sorpresa. Me sentía muy plena, y tuve una especie de prefiguración de un momento hipotético y futuro en el que ya no tenga más necesidades; solamente me "sentía estar", sin movimiento alguno, como si yo fuera toda redonda y rellena, no sé si me explico. No es muy complicado. Sentí que me quedaba así, ya sin hambre, ya sin sueño, ya sin ansias, ya sin nada. Completa, esférica; saturadas todas mis partes, sin ninguna parte en todas partes, sin posición, sin huellas, toda una. Era bonito, tranquilo; pero no era cierto todavía.

Escuché el giro de una rueda, clic, y vi la pequeña sombra que se extendía desde mí en el trayecto de luz de un crepúsculo cercano. Desperté a la conciencia, sí, a través de un dolor que pertenece al mundo de lo habitual, con sus transformaciones y sus ciclos. Me pareció entender que el dolor es aún un límite, un corte de separación. Y supe, además, que él estaba por venir a mí.

Las cosas recobraron su forma, como aguardando también el regreso

inminente. No sé por qué supe que volvería; yo no lo esperaba. Pero el viejo dolor me hizo volver a mí, reconocirme.

En la medida en que yo puedo reconocirme, él tiende a aparecer.

Ahora estaba cerca; ahora debería encontrarse conmigo. Si de algún modo había quedado abierto, ya nada podría hacer yo por repararlo.

Hubo ruidos en el palier; ruidos de entrada. Quise ir a recibirlo; hice fuerza con mis brazos pero no me moví, las ruedas no giraron, la silla no se deslizó. Escuché sus pasos lentos; y quise hablar, pero no hablé. Me raspé la garganta con el aire, con el trastorno del esfuerzo; sentí mi laringe reseca, traté de concentrarme y salivar, con pequeños intentos de trago, pero todo me hacía doler. Lo oí entrar al baño. Anhelé a la distancia el ruido del agua que corría; probablemente el bidet y luego la ducha. Algo para beber. Era eso. Me esforcé mucho hasta que logré hacer palanca con los codos, hasta que sentí algo así como ronquidos en mis articulaciones. Temblaba. Las ruedas giraron de pronto como en un espasmo repetido, y el sonido de rulemanes me acompañó, me dio un ánimo algo trágico, y yo pensé que esos rulemanes eran un acompañamiento musical para la *escena*; y sentí que algún género de ficción se tomaba revancha, y tuve que resignarme, como toda heroína indefensa, a quedar a mitad de camino y a merced de la amenaza oculta. Está bien; quise reír para darle batalla a esa sensación, pero el género es muy hábil cuando se lo propone. Me venció en el momento exacto, en medio del living, cuando ya había tomado aire. La puerta del baño se abrió a mis espaldas y yo tuve que exhalar y esperarlo. No tardó nada. En un segundo estuvo sobre mí y me tomó la cara por detrás, rodeándome las mejillas. La escena respondía por mí. Sobre todo en el detalle de los ojos desorbitados, mis ojos abiertos, que es lo que correspondía. Yo no quisiera ponerle un nombre a aquella sucesión metódica de actos; yo sé que jamás lo había vivido, pero también sé que tenía la forma adecuada de una horrible fantasía de violencia sexual, muy temida y muy completa. La paradoja de no sentir ningún placer aunque pareciera que sí, aunque en algún lugar horrendo del

interior de la memoria me reconozco fantasmagóricamente excitada, incluso al confesar el odio que se vuelve contra mí misma, porque por supuesto que el sufrimiento no tiene ya medidas. Quizás por eso, por el mismo exceso, el acto parece disfrutarse solo; es superior a mí, me dicta, me mueve tal como nos mueve el vértigo cuando en verdad tenemos terror. De mi garganta, finalmente, salió un gemido agudo, apenas audible, como si pasara a través de una mínima hendidura, la única hendidura abierta. Es irreproducible. También es familiar; se desgarró desde el interior de algún sueño profundo y olvidado, como diciendo “estoy acá”, como si saliera a su encuentro. Sus manos poderosas se me incrustaron a ambos lados de la boca y la estiraron, más y más. Sí; yo sí tenía riesgo de labios agrietados, tan resecos; y se me fueron separando, y de las pequeñas incisiones brotó la sangre y la sangre me ardió, y también me humectó. Sentí mi carne marcada; mi carne era muy blanca, y el sol siempre le sacó unas pecas delicadas. Me da nostalgia pensar en ellas; ahora las recuerdo bonitas, y esta actitud hacia esas marcas me enternece, porque a mí nunca me gustaron. Pero yo fui una mujer hermosa, a mi manera, con pecas en la cara y todo; una mujer así. De la torsión que él le produjo a mi cuello no tengo sensaciones, pero sí de las raíces de mi pelo, de donde me había tomado; eso es tan agudo, Jazmín. Mis vértebras se resintieron, pero yo lo supe después. Lo agudo me atacaba las raíces, te decía, con exactitud; en la nuca y en las sienes. Así no hay relajación posible, porque la carne se resiste por sí sola, y esa resistencia es natural y aumenta todo dolor. Todo dolor. Me desgarró la blusa blanca y la ropa interior, que también se fue abriendo contra su misma elasticidad. Fue una suerte, menor quizás, que yo nunca usara corpiños con alambre; siempre amé mis pechos dulcemente y también con orgullo. Desde que mis piernas —mis dos piernas— se paralizaron, tal vez los haya amado más. Y está bien amarse así, pero me dolieron tanto. Hubiera preferido que me aplastaran la cabeza antes que sentir aquella presión sobre los senos, Dios mío; y yo con los ojos abiertos para ver el terrible enrojecimiento y luego los manchones negros, y el peor horror, Jazmín, que querría evitarte pero ya... Las venas grises sobre el blanco de mi busto, las venas luego violáceas. No, claro. Algo triturado y descompuesto me brotó... Luego me doblé. Una fuerza impresionante me arrancó

de la silla. Con mi cara contra el piso vi que al fin yo estaba salivando; lo vi en un pequeño charquito coagulado entre mi boca y mi nariz, que había golpeado con demasiada violencia sobre el suelo. Alguna sensación del movimiento de mis piernas pude tener, más que nada por la repercusión sobre el resto de mi cuerpo. Las telas sobre las piernas eran suaves, y cedieron pronto, pero no hacía falta una presión muy grande para comprometer mis huesos debilitados. Me volteó por fin, levantándose y soltándose. Caí con el virtuosismo de las muñecas articuladas en manos hábiles; no de pie, pero con toda la expresividad del mundo. Él quedó a contraluz y sin embargo no era una figura oscura, aunque su imagen me resulta inexpresable; no responde a la lógica común, ha quedado un poco soñada y un poco loca. Creo que sus convulsiones me indicaron que me estaba penetrando. Yo me sentía toda hinchada, roja; demasiada sangre en mi cabeza. Él me sujetaba por los hombros y, con su movimiento, mi tronco parecía batir contra el suelo como una lámina de plástico, blum, blum, así de sonora. Luego creí percibir una humedad en mi interior, toda una humedad indefinida; no logro separar las sensaciones, no podría decir por dónde me la estaba poniendo ahora, aunque entró varias veces y de distintos modos. Creo que me rompió. Creo que lo hizo con las manos. Me desgarró el ano y la vagina. Creo que no lo sentí, pero lo supe. También me golpeó. En la mandíbula y en los ojos. También me aplastó. Incluso me retorció las manos y los dedos; mirá qué detalle, disculpame. Es que habré intentado defenderme, o al menos hacerle algún daño. Él no usó otra cosa que su cuerpo, a medias desvestido. Ay, si mis uñas, por lo menos, si por lo menos con mis uñas... Pero creo que ni siquiera. El deseado desvanecimiento, el manto de piedad —merecida o no, ya no importaba— venía hacia mí demasiado lento, como aburrido. Tuve tiempo todavía de verlo subir los pantalones; eso parece que está escrito, que siempre ocurre. Pero hubo algo de él, sin embargo, que me pareció piadoso y fue que me levantó, deshecha, y me arrojó sobre mi silla en lugar de abandonarme en el piso. Eso fue para mí como una devolución. Cerca ya del límite de mi conciencia y de mis sentidos, le di un significado a ese acto, me dije que él no había olvidado quién era yo, me dije que yo seguía siendo, sí, todavía. El no me había olvidado y yo significaba algo. Yo seguía siendo, él se iba. Cerré los ojos a la escena.

Así pude desvanecerme.

...

Dicen que el mundo de los sueños es también un mundo de afectos. Yo no me pregunto de qué están hechos ellos, los afectos y los sueños. Me basta con que los últimos sueños me hayan ocurrido; ratifican que al menos tuve un afecto, un pobre afecto abandonado a la soledad: soñé conmigo misma. Y en el sueño no había nadie.

Bajo un velador muy coqueto y amarillo, yo leía un reportaje a cierta actriz a quien le preguntaban si sufría mucho actuando, y respondía que sí; sí, decía que nunca actuaba mujeres felices, "porque ésas no tienen historia; yo actúo mujeres que parten como una Magdalena de dolor y van hacia la felicidad", y mientras soñaba que leía un reportaje en una revista yo misma fui siendo una Magdalena de dolor que iba en camino hacia ese sitio por una calle empedrada. Pasito a pasito sobre las piedras frías me recordaba a mí misma como si cada piedra me hubiese golpeado en un concurso de feria, en un tiro al blanco vacío, y como si, sepultada, hubiera tomado conciencia del mundo. Me quise mucho, quise recomponerme. En la recomposición puse toda mi habilidad y mi pasión, y me entregué por entero a ella, como quien comprende que por fin llegó el momento de realizar la gran obra de su vida. Me vi deshecha y me rehice, empezando por la mínima acupuntura y la estricta homeopatía, con aguja uno, aguja dos, pétalos y flores; pistilos, corolas, incluso espinas. Mi flor engalanada se vistió de fiesta; luego con blazer duro, de color sufrido. Luego, con tapado de tweed, con lazo ajustado a la cintura. Y un gabán caramelo cuyas hebras se enlazan en la rueca y la pobre durmiente se pincha el dedo con el huso envenenado. El suéter se desteje. Por fin. Desnuda y destejida, pero hermosa, volví a tejer mi delantera hasta la sisa; y, sobre las costuras del raglan, bordé punto cadena con el mismo hilado. Ya entera y terminada, me sentí segura. No deshice el punto aquella noche, ni ninguna otra; no quise que nadie más viniera —ya no sería cuestión de reconstituir mis tejidos cada mañana—. Dejalos como

han quedado, dejalos como están. Estaban bellos. Estaban de nuevo sanos. Me maquillé una pinturita, con crayon *eyeliner* y pecas falsas, mi toque *revival*, mi toque del pasado. Me hice el “segundo párpado”, así, por debajo, y todo el look de mi mirada recreaba a Nefertiti, a causa del ojo egipcio —negro bajo el sol caliente— y del busto que aún se conserva en piedra, a través de los milenios. Con tijera de frizar, los bucles; sobre las cejas, adheridos, trocitos de celofán. Con mi delineador de labios me dibujé una boca, y con mi boca no dije nada pero la estiré en un beso, por mero gusto y por simple práctica. Me di un baño de crema y comí frutas. Luego me calcé una cartera, muy blanca y muy clásica, tipo *Kelly*, y así quedé del todo cubierta, perfecta y recompuesta. Supe, además, que llevaba en mí algo oculto. Y eso es lo que más amé en el sueño; te juro. Lo oculto. Tras mis ropas, sobre el pecho... No se veía pero era. Era.

Sobre mis pechos recompuestos, un corpiño de encaje.

No he tenido más sueños desde entonces. Fue el último. ¿Será que no volví a tener afectos? Es muy posible; pero no creas del todo esta pose *hard*. “Afectos”, dicho así, es muy general, como un mundo de cosas. Yo soy más bien pequeña y muy poco abarcativa. Pero no te entristezcas, porque no volví a tener afectos excepto el tuyo —el mío por vos—. El nuestro. Si nos queremos así, está bien, Jazmín. Gracias. Lo cierto es lo de los sueños, que ése fue el último y que ya no tengo más. Se supone que mi estado actual es la más perfecta adaptación; ya no quedan en mí discordancias ni tumultos. Bueno; pero entonces, ¿qué es lo que queda? Porque aún no me siento “redonda y rellena” como me pareció aquella vez, sobre todo en la vigilia. Todavía no. Aunque al cerrar los ojos y dormir es verdad que no siento nada. Nada; no hay, no queda. Nada. También es cierto que dormir me ocurre poco. Ya veremos. Si aquel sueño fue hermoso es quizás por mi nostalgia. Lo que sí recuerdo bien fue el despertar, muy extraño, muy irreconocible. Sí. Despertar fue el tránsito brutal entre aquella armonía y esta desorganización. Me refiero a mi cuerpo. Podría decirte que yo misma era un caos.

Fui tomando conciencia, de a poco, de mis partes; cómo estaban, e incluso dónde. Realmente su ataque me había dañado. Sentí la intensidad terrible del

contraste entre lo que había ocurrido en mi mente y lo que pasaba ahora en mi cuerpo, y esa intensidad me habilitó al dolor, una vez más, y también a la desesperación. Pero, Jazmín, lo peor fue verme...

Había aún hebras de sueño sueltas a mi alrededor, desparramadas aquí y allá como visiones rápidas que yo trataba de seguir. Sin embargo, poco podía conmigo misma; mis vértebras maltrechas, incluso las órbitas de mis ojos... ¿qué rotación podían permitirme? Impulsada por esas visiones, aún vívidas, hice lo imposible por moverme y buscar, buscar algo con qué reponerme. No sé qué pasó. Supongo que detrás de cada mínimo movimiento me acechaba el desmayo y la descomposición. Pero el punto es que sí había algo; había algo por hacer, algo que yo debía hacer de cualquier modo, y lentamente fui hacia ello. Lo conseguí. Aquí está. Una de las últimas reliquias de mi caja. Podés mirarte en él, si querés. Tiene la virtud de reflejar tu imagen; vaya virtud, como la de cualquier espejo. Lo bueno o lo malo están en una misma. Vos podés mirarte sin miedo. Vos sos realmente linda.

Mirarme, verme reflejada, fue monstruoso. Es casi paradójico que haya sido yo la que al fin encontró la máxima fealdad, la fealdad extrema. Eso es lo que vi en mí; no creo haberme juzgado mal. Yo vi que la fealdad es una torsión de la belleza; incluso existe solamente junto a ella, adosada a su lado: la conserva, la recuerda y la señala. Lo mismo que sucede con el día y con la noche. Eso vi. Me impresionó. Esa cosa espantosa era yo, reflejada. Había temido, mientras buscaba el espejo, confirmar que estaba toda rota, golpeada y deshecha. Pero al encontrarlo me choqué con una imagen de mí misma que hablaba de otra cosa.

Bueno, ya no quiero ponerla en palabras; no tiene nombre. Es como yo. Soy yo. Y este espejo, te dije, es su reliquia. Doblemente, porque es familiar. Una herencia más. Llega hasta mí con el tiempo y con la historia, de generación en generación. ¿No es bonito? Mucho. Su envoltura nacarada. Incluso este espacio acá, ¿ves? Un recipiente para una esponja que alguna vez usé, pero que se perdió. Siempre le tuve un cariño especial a este espejo, desde chica, desde que

lo robaba para jugar a la “señora grande” a escondidas de mi madre. Es un espejo con tradición, y tiene esa cosa de objeto de museo, ¿no te parece? Sí; hace que me parezca enigmático –al contarlo– el hecho de haberlo conservado; pareciera que soy yo el destino final de aquellas mujeres que se miraron en él. Pero es una mera ilusión provocada por las palabras. Podría haber elegido cualquier otra cosa que conservar; la última caja vacía de mis fármacos, sin ir más lejos, que también hallé aquella vez en un cajón. No la conservo. No he vuelto a usarlos; ahora me inyecto sólo sedantes leves. Aquellos de entonces se han ido sin dejarme ningún cariño; ni siquiera son una pérdida, son una huella del final de los relatos, porque ya no volví a escuchar en mi sopor ninguna voz que me motivara con sus palabras y su cadencia, y que contribuyera a llenar de algo el espacio blanco. No más narraciones. No hay ahora ninguna tonalidad que se adivine en el fundido, no hay color. Mi imagen fue monstruosa también por eso, porque todas sabemos que la luz artificial es traicionera a la hora de arreglarte. La luz del sueño pierde su verdad en la vigilia y realmente los colores cambian. Aquel maquillaje no pasa la prueba, aquel arreglo ha empeorado aún las cosas y sólo resta quitar, quitar, quitar. Sucumbí también a esa traición cuando me miré en este espejo, y eso fue demasiado.

...

Él no volvió a visitarme; sin embargo supe muchas cosas. Supe, por ejemplo, que ha incurrido en la multiplicación. Sí: él multiplica; multiplica su propia imagen y luego la entrega al mundo. Yo creo que es algo así como un extravío bíblico: me recuerda al viejo Cristo frente a las masas, cuando se quería ir y lo seguían todos; los discípulos pidiéndole que despidiera a la gente porque no había comida, y Jesús multiplicándoles los panes, ¿te acordás? Tenían cinco panes y dos pescados, una miseria, y él acomoda a la gente en grupos de a cincuenta y de a cien. En la película esta parte es genial: el Cristo agarra los pancitos y los pescados, levanta sus ojos celestes al cielo y, cuando pone lo que tiene en los canastos, la cámara desciende y vemos que están repletos. Música. La multitud comió hasta saciarse; se recogieron doce canastos llenos sobras. Sí,

eran doce los canastos. Los que habían comido los panes eran cinco mil. Los que vimos la película, millones. Eso es lo que yo llamo “multiplicación”.

Por eso la de mi hombre me parece la más perfecta, porque no multiplica cosas sino imágenes; es una multiplicación de identidades dada a la humanidad. Incluso en la de Cristo no interesan las diferencias entre un pan y otro pan; no creo que los canastos tuvieran mignones, y flautas, y francés, y árabe, y centeno. Al pan, pan. De cinco a cinco mil. En cambio en la de él, su propia imagen se multiplica en mil imágenes diferentes. Cinco y dos son siete, la numerología y la cábala: el viejo Dios se complace en el número; pero mi buen muchacho hace más que eso, hace figuras: el pan es su cuerpo; sus ojos son la luz, la luz... “que ya estaba aquí y por la cual se hizo el mundo, y este mundo no la conoció”. Él es la luz del mundo: un varoncito visto como mujer... Él es *el que es*; la palabra de Dios. Y más aún, más que su palabra: su misma imagen, sin el viejo pecado de la semejanza.

Bueno; también se dio a la gloria, podría decirse. Él —ella— es un éxito. Un éxito casi completo, sí, en el mundo de la moda. Ya no se fuga, y parece haber encontrado por fin una sustancia para la entrega.. Y digo “entrega” en términos de *carne*, remitiéndome una vez más a Aquel Otro para hablar de él. Creo que no tengo retorno; a veces mi mente sólo se extravía en delirios apocalípticos. Porque no me queda ya ningún término seglar para dar cuenta de ese mundo suyo del que estoy separada, ése que gira inconcebiblemente rápido allí afuera mientras me mantiene a mí detenida, como si aún yo fuera su centro. ¿Qué demonio estaré anunciando? Es mejor el silencio. Tanta disciplina, tanta mortificación sobre mi propio cuerpo me han dejado así de mística.

No hagas caso. Todo parece extraño, pero no lo es.

Me confundo un poco porque estoy sola, mientras que aquel que estuvo conmigo ahora está en todas partes. Yo... Nada. Mi propio lugar no tiene importancia, de todos modos. Yo pude haber sido diferente.

...

Yo no me parezco más a nadie, Jazmín, ¿te diste cuenta?

De mí se van borrando todas las huellas de lo genérico y de lo humano. Es un poco impresionante; cierto. Pero es también maravilloso. Como un milagro. Disfruto finalmente de esta cosa en la que he devenido; incluso te diría que mi tránsito por estos últimos tormentos se torna cada vez más fascinante, irresistible, como una promesa hiriente de plenitud y saciedad. Pero aún puedo hablar; aunque sé que cuando llegue a la plenitud, ya no hablaré. Por eso aprovecho para decirte ahora lo que realmente es extraordinario.

Jazmín: he vuelto a gozar.

Sí. Según avanza mi proceso de destrucción, según crece ese impulso sembrado por él con su agresión, el goce retorna a mí. Luego de quedar desarticulada y rota fui perdiendo los sueños, dije, los afectos, los anhelos, y me reconocí a mí misma en el horror extremo y no he vuelto a recomponerme, pero... Pero. Yo recibo desde aquí adentro los efectos de lo que él hace con sus víctimas afuera (de noche y de día) y entonces a menudo me completo, y me completo en un completo y tremendo goce —que esta vez es ciertamente indescriptible pero total—. Porque así como yo me someto siempre al dolor y me elevo en la virtud que ello produce, así él y yo seguimos conectados. Ya sin vernos —eso no importa— yo siento en mí toda su agresión y su entrega; y con cada acto suyo se borran más y más las huellas de mi ser y mis carencias. Sé que mi hombre ha mejorado su disposición infinitamente; sé muy bien que ha aprendido a obtener placer, un placer tan profundo como el contrasentido, porque el placer total en mí arrastra su dolor y lo arrasa y lo sacrifica. Yo sé, intensamente, cuándo y cómo él es penetrado, una vez más, cada vez mejor y más profundo; incluso algo de la energía masculina del pulsor de turno se me hace sensible y sé que el tipo se quemará, que se quedará sin habla. Y entonces yo también hago silencio, Jazmín; y solamente gozo. Por él, con él y en él. Lo gozo todo.

Sé también que ha crecido. Sé que puede llevar a los hombres hasta el límite; sé que ellos se sienten convocados a morir, y la sensación de muerte me produce un colmo de excitación y entonces ya ni veo, ya ni me muevo, ya ni respiro, ya ni me distingo de las cosas: mis últimas energías hacen una torsión completa y en esos momentos se cierran sobre mí misma en un círculo —como un anillo alrededor de un planeta, a la vez luminoso y a la vez oscuro—. Pero eso no es todo. Sé que con sólo verlo a él por las noches los tipos vomitan y se desangran; sé que es una completa desmesura. Lo siento en el fulgor de mis propias noches sin sueño y sin vela; yo misma palpitando los latidos estremecedores de las víctimas y el crepitar de la piel que parece arrugárseles y quedárseles seca ante su vista. Dejo de escuchar, se apagan los sonidos, excepto mi respiración que es casi un ronroneo que me acaricia. Y también recibo para mí la contracara de sus encuentros, todo el horror producido por más y más viejas monstruosas, horror que ya no contiene ningún resentimiento. Claro; ya no importa la fealdad de sus cuerpos, porque ese parámetro de espanto lo he absorbido yo. A través de mí, todas las víctimas femeninas son también horripilantes y majestuosas, y nos rinden culto, con sus postreras miradas, por el don de no ser prácticamente nada en esta vida. Pero se engañan: ellas *son algo*; yo no soy nada. Simplemente, él les quita ese *algo* para mí, y sólo devuelve la mugre y la deformidad y la carne blanda a la tierra que las ha parido; y si no están rotas las rompe, y si no están inflamadas las hincha, y si no están humilladas las somete a una horrible degradación. Durante esos clímax, mi vieja herida de cuchillo se expande, pero ya no tiene un lugar preciso, y ningún límite. La herida soy yo. Todo soy yo. No sólo recibo todas las resacas; las expulso. A veces he tenido que llegar al límite de mis posibilidades físicas para limpiar este lugar luego de mi paroxismo, cuando todo ha pasado, porque no me es posible soportar el asco que dejo, mis propias inmundicias. Están más allá de mí cuando retorna la calma, como está más allá de mí evitar que suceda y evitar gozarlo.

Sé también que él se ha permitido, por fin, otros encuentros y que ya no huye más del contacto con mujeres. Está bien, Jazmín, se dice que la sexualidad humana no tiene límites. Cualquier cosa puede ser inmensamente placentera. Yo no lo había comprendido hasta ahora, pero al fin me maravilla. Es que he tenido

siempre (y él también, quizás) una tímida moral para nuestro sexo. Sin embargo, el encuentro entre mujeres se me hace a mí menos ortodoxo y menos vulgar, a pesar de la profusión pornográfica. Llego a sentir que entre nosotras, a veces, ocurre algo diferente si evitamos las condiciones de la excitación oficial, la de los espectadores. De todos modos, nada se ha dicho en término y forma al respecto. No puedo hacerlo yo. ¿Qué lenguaje debería emplear? Este mismo, supongo; alguna vez funcionará.

Hay algo más. No me olvido.

Sé que él alguna vez me hirió. Sé que alguna vez me violó y me destruyó.

Sé que alguna vez sintió el desprecio y la amargura masculinas; pero también sé que fue tierno y bello, y que me amó y me dio de sí. Y me dio a mí (y a otras) algo de lo que él tenía, de lo que había recibido; y que alguna vez lo dio con coraje y con entereza, que lo dio incluso con el riesgo que nosotras desconocemos, el espectral riesgo de perderlo. Sé que halló parte de su gloria en ser lo que fue, y lo que en algún sitio también debería seguir siendo. Sí, Jazmín, es posible también que haya algo en los hombres que no comprendamos. Será menor, será una merecida condena, lo que vos quieras; pero es. Quizás.

Y así como es cierto que él no sintió piedad por mí, yo sí la siento por él; y creo que mi piedad nos engrandece a ambos. Pero ya ves qué pequeña soy: no más que una clásica heroína, no más que una chica con buenas intenciones dispuesta al sacrificio.

Mírame a los ojos.

¿Me ves? He venido empeorando un poco más desde que empecé a hablarte, ¿no es cierto? Sí. Pero está bien. La caída de pelo no importa gran cosa, aunque haya dolido. Eso es bien extraño: que doliera. No debería haber ocurrido; pero de todos modos ya está, ya ni siquiera me hacen falta las inyecciones, ya no siento ni una sombra de sufrimiento, me ganó una insensibilidad serena. Unas pocas pérdidas más, y estas manchas aquí, tan feas, y luego acá, llegándome a

la cara, cubriéndome de este horror agrietado y supurante. Nada. Sólo que, por el simple hecho de que hayas soportado verme así, sé que te debo algo; no lo niegues, te lo agradezco. Siempre tuve unas manos deliciosas y aún las tengo: dame. Mirá, Jazmín; ¿no soy al fin la imagen de mi madre, de la mano de una jovencita? No hagás caso.

Esta debilidad se debe a su cercanía. Él... ya es inminente.

Todavía no.

El crepúsculo aún pertenece al día, y yo todavía hablo, Jazmín. Yo digo cosas.

Lo digo a él; aún lo digo a él porque él no está completamente listo. Él, completo, es todavía *otro* que se me está haciendo adentro y hacia quien voy al encuentro. Sí, qué tontería; también en este acto me remito a una olvidada maternidad, azarosa o dictada, y también resistida. Me viene de afuera y de antiguo, pero la siento en el alma: he estado concibiendo, con palabras, como sea, a alguien. Y estoy a punto de darlo a luz.

Viene a mí, lo sé, lo siento, me contraigo. Sólo eso duele ahora, Jazmín, ¿no es hermoso? El último dolor es, como él, el más amado y el más esperado.

Me concentro en la respiración entonces, estúpidamente, para que la naturaleza opere. A veces es tan difícil dejarla hacer. Ah. Esto, sin lugar a dudas... es una contracción.

Respiro. Unos segundos.

Voy concibiendo con dolor, como estaba escrito. Qué plenitud y qué felicidad. Él está llegando. Vos deberás irte antes de que oscurezca —ya viste el peligro que encierra la noche—. Una vez más termina el día y sobre lo que viene después no hace falta hablar. Sabés que ya no te podrás quedar; pero, si te sirve de algo, llevate la caja. Mirá qué papel más bonito; mirá estos motivos. Sí. Podés tomarla así, sencillamente: ¿qué hay en ella que valga más que su envoltura? El contenido es perfectamente desechable, excepto tal vez por el espejo, en el que aún pueden reflejarse cosas buenas y agradables, como tu cara. Lo demás,

sinceramente, es casi nada. Terminé por decirte tanto... tanto, pero sólo te presenté como prueba de los hechos estas pocas curiosidades. ¿Son elocuentes? ¿Entonces es verdad que los objetos hablan por sí mismos, y lo hacen mejor que nosotros? Si vos podés creer en eso —como creen ciertos artistas— entonces sí: el contenido de esta caja es una vida presentada ante tus ojos. Pero no sé por qué me imagino que, a la hora de rejuntar objetos, más te hubiera valido que yo eligiera unas muñecas, siempre tan estéticas, y que las sentara sobre este regazo mío apenas consistente, y diera cuenta con ellas, en retablo, de una vida y algunas muertes. Un teatrito, un diminuto circo negro. Conmovedor. Pero no ha sido. Se necesita para eso no sólo hablar de maquillajes, sino un maquillaje real. Y hacer que el cuerpo parezca un objeto, pero sin desintegrarlo, y no decir nada; y declarar que el propio arte es el mejor. El más valioso. Yo no lo hice.

Algo ocurre.

Aún no.

Tranquila; en esto podés confiar en mí. No sé si en lo demás. Pero tomala. Es tuya ahora. Pensá que esas cosas pueden haberse caído adentro. Si no las hubiera iluminado como las iluminé... si no hubiésemos planteado una cierta melodía... No serían nada. Por eso me preocupé por el ritmo de mis frases como los artistas se ocupan de sus ritmos y contrastes. No habría podido presentarte tan sólo una montoncito de restos. ¿Quién habría confiado en ellos?

Y de todos modos podés no creerme. Eso no hablaría mal de vos.

Pero es cierto. Algo ocurre.

Otra contracción.

Respirar... quince segundos.

Y ya no puedo saber qué pensarás. No puedo saberlo. Me encantaría, pero ahora estamos yendo hacia adelante. Las últimas palabras son las primeras. Son... una tontería, Jazmín: como la mirada ingenua frente a un recién nacido —

tan feíto, siempre, y tan precioso—. “Tiene tus ojos, tiene tu boca, va a ser enorme...” Fantasías. Él no dice nada; sólo llega.

Impresionante. No vas a poder verlo. Tendrás que huir. Pero será hermoso. Y que ocurra de este modo: sin apartarme ni un centímetro del lugar prefigurado para nosotras. ¿Debí hacerlo? Ni me consuela ni me deja de consolar; no es “la” realización, la única, esto de parir. Pero para mí, es una. No sé qué pensarás vos, Jazmín... el soplido de mi aliento sobre tus pétalos... La frescura de una mañana sobre vos. Tu aroma de noche... Fuiste un regalo; flores en la habitación. Y tu nombre masculino, que es un nombre de mujer. Gracias, Jazmín. Yo te he nombrado tanto...

Quince, diez segundos...

No más soledad. Él se acerca.

Me importa todavía una cosa. ¿La podré saber? No, ya no, ya no. Lo siento.

Ya viene. Lo siento. Está llegando...

Ahora o nunca, mujer. Rápido.

Tenés que correr.